



PROZODIA

de

◁ IMPRESIONES ▷

DOCTOR

Belisario

PORRAS

Dibujos de Noé Solano V.

DR. BELISARIO PORRAS

TROZOS DE VIDA

(IMPRESIONES)



1931

IMPRENTA ALSINA (Sauter, Arias & Co.)

SAN JOSÉ DE COSTA RICA



AL SEÑOR DON BELISARIO PORRAS.

Dedicarle la Segunda Serie de MUNDO HISPANO-AMERICANO, como complemento del breve estudio que acerca de su personalidad va en las páginas de la Obra, es satisfacer una deuda impuesta por la admiración que nos inspiran sus dotes de hidalguía y su amplitud de criterio.

Los próceres y grandes señores que en los períodos de la Historia tuvieron a honra y gala amparar y proteger a los cultivadores de las Letras y las Artes, verán desde las regiones de ultratumba que su noble tendencia civilizadora no se ha extinguido, ni se extingue, pues la continúan brillantemente varones esclarecidos para los que hay siempre un recuerdo de predilección, cual el que hemos hecho en su honor.

Y en un mañana, más o menos lejano, cuando sus descendientes evoquen las glorias suyas, al repasar los conceptos vertidos en este libro que se le dedica, se sentirán orgullosos de pertenecer a una estirpe que mereció de literatos, modestos, sí, pero honrados, una distinción señalada, denotadora del tácito reconocimiento de su alma noble y generosa.

LOS AUTORES.

Dedicatoria del libro MUNDO HISPANO-AMERICANO, de Madrid.





BELISARIO PORRAS

La apertura del Canal de Panamá y la grandiosa Exposición que con tal motivo va a celebrarse, son dos acontecimientos históricos que hacen se concentre la atención mundial en ese país que, figurando como nación independiente desde hace muy pocos años, está llamada a ser, por su situación, uno de los grandes centros del comercio universal, y sitio obligado para que se detengan cuantos aprovechando la nueva vía que pone en comunicación a ambos Océanos, quieran admirar grandezas de la época actual, fruto del genio de este siglo.

Y quienes penetren en el seno de ese país panameño, sabrán prontamente que esa República es la única nación en donde no se conoce eso que se llama Deuda Pública, aterrador fantasma de todos los economistas y sangría que agota a los Estados más fuertes.

Aprenderán también que en Panamá está sólidamente cimentada la democracia y no menos bien difundida la cultura, ya que en la consecución de ello pusieron sus viriles entusiasmos hombres de tan notorio valimiento como el insigne que presentamos al público desde estas páginas, y en quien se simboliza este período notable de la historia de ese pueblo tan admirado.

Porque no ha de olvidarse que don Belisario Porras, además de ser Presidente de la República, es decir, ocupar el más elevado cargo de esa nación, es una verdadera mentalidad, honor de la América hispana, glorioso por diversos conceptos y sobre todo por el que suponen su cultura vastísima, su talento práctico y su civismo nunca desmentido.

Don Belisario Porras ha llegado a esa alta jerarquía suprema por sus indiscutibles merecimientos y tras de haber servido a su patria en el terreno

público, y de manera especial como diplomático, pues nunca se olvidará en esa nación la brillantez con que ha representado a Panamá en diversos países y en los Congresos donde ha concurrido.

Abogado eminente y conociendo a fondo cuanto con la ciencia del Derecho se refiere, el señor don Belisario Porras es el estadista que puede guiar los destinos de un pueblo y marcar la pauta a seguir por los demás ciudadanos, mediante el inculcamiento en éstos del sentimiento de justicia, amor al trabajo y al estudio y esas nobles ambiciones que deben sentir los hombres dignos para ir en pos de un mejoramiento progresivo que se represente en el de su patria y que se traduzca en hechos sensibles.

Hoy don Belisario Porras es, sin disputa, una de las figuras más interesantes y más simpáticas del mundo latino-americano, y a él convergen las miradas de quienes, sabiendo que América es para la Humanidad amante del progreso, buscan un sitio donde ejercer sus capacidades y desarrollar energías que quizá en otros sitios no hallan fácil adaptación.

El espíritu organizador y metódico de don Belisario Porras, juntamente con sus iniciativas progresistas y elevadas, son garantía para el porvenir de Panamá, y por ello, al rendir tributo de pleitesía al insigne varón que preside esa República, felicitamos a ésta por su acierto al enaltecer a quien tanto vale y tantas virtudes atesora.

Del libro *Mundo Hispano-Americano*, de Madrid.





PRÓLOGO

¿Qué valor tendrá la actividad espiritual de aquellos que ocupan sus ocios en legarnos por escrito una especie de desdoblamiento de su personalidad, propia para ejemplo de los venideros, estímulo de los pusilánimes, enseñanza de los patriotas y encausamiento de los afectos e ideales que deben reinar en la vida colectiva de los pueblos y de las instituciones? No sé si porque grandes lapsos de mi vida están vinculados a labores historiales, biográficas, sobre todo, a título de cronista, me seduce, por cierto, ese género de literatura, compleja y fácil, efímera y a la vez sustancialmente duradera, en cuanto complementa y fija la verdad de los hechos individuales y colectivos, ese género de libros autobiográficos, digo, que se prodigaron y se prodigan con caprichosos y variados propósitos.

No faltan espíritus unilaterales, por no decir atacados de eso que vulgarmente llamamos envidia, que no quieren ver en tales obras sino vanidad, hipocresía y egoísmo. Una nación sin anales no merece figurar en el concierto de las civilizadas; y a la vez la historia no puede brindarnos impresión completa de veracidad sin el elemento de las declaraciones, siquiera sean póstumas, de los personajes que actuaron en la dirección de los destinos públicos o en los sectores de las ciencias, artes, industrias y otras manifestaciones culturales, como fuentes que son de las grandezas de la patria que reclama, aun de sus hijos muertos, cooperación omnímoda y eterna.

Así lo entienden quienes atesoran valor cívico y moral, suficiente para estampar los recuerdos de su vida; y por eso la data de la autobiografía se remonta más allá de las calendas griegas y durará hasta el fin de los siglos. No se crea que causaron los COMENTARIOS de Julio César sorpresa de invención, así como las MEMORIAS napoleónicas no dejaron de ser una vulgaridad muy resobada en el mismo sentido. Nihil novum Reconócese que existe, sin em-

bargo de esto, un prurito excesivo de supervivencia en muchos cerebros cultos, en virtud de lo cual nos relatan sucesos e ideas que maldita la cosa que interesan al público, ni menos a la suerte futura de la patria; pero el porvenir se encargará de hacer con esos libros una fogata chisporroteante de virutas. Mientras tanto, vengan autobiografías, vengan libros anecdóticos, vengan epistolarios íntimos, vengan narraciones de viajes, vengan visiones de almas ansiosas de celebridad que nos cuenten los diversos modos de concebir los valores de la existencia humana.

En nuestros días abunda esta literatura, y a fe que se multiplican las muestras como por arte de encantamiento, y que todas dejan algún sedimento aprovechable. Precisamente corre por esas librerías de Dios, a la sazón, el tomo IV de MEMORIAS, con el título de APUNTES DE RECUERDOS del Conde de Güell, Marqués de Comillas, obra comenzada hace cuatro años; el literato R. Blanco Fombona, ha pocos meses nos dió DIARIO DE MI VIDA; el Conde de Romanones anda haciendo las delicias del público español con sus NOTAS; M. Roudeleux, con su libro personalísimo, proporcionó hace poco materia para muchas críticas; lo mismo que acaba de realizar el almirante Dartige du Fournet con SOUVENIRS D'UN MARIN. ¿Pero qué mucho si el mismo tenor Caruso, no con alaridos desesperados de salvaje, ni con tonos de cisne agonizante, ha expresado en unos capítulos las emociones que las cosas del vivir cotidiano produjeron en su espíritu de artista?

A engrosar el movimiento autobiográfico viene hoy este nuevo volumen del Dr. Porrás. Yo no lo esperaba, pero me alegro mucho de su aparición. ¡Muy bien! Lo malo es que tengo que prologarlo; pero lo haré por fuero de correspondencia amistosa y más que todo por tratarse de asuntos de una república a la que amo con amor de misionero y con hidalguía de español.

A la verdad, muy ajena de estos quehaceres corría mi vida por Barcelona, la reina de las Exposiciones Internacionales, cuando vino a mi poder una carta suya, en uno de cuyos párrafos se dice: "Ultimamente, en momentos desocupados, me he dado a derramar sobre el papel algunas de mis impresiones, a las cuales he dado, o quiero darles forma de libro. TROZOS DE VIDA las he intitulado, y allí le van a usted en paquete aparte. Léalas, y si merecieran el honor, sea usted

el prologuista de eso que, en verdad, quiero considerar como *particular de mi vida*'. ¿Cómo?—me dije, en leyendo la carta;—yo prologuista de un libro del ex-presidente de la República de Panamá? Resueltamente, ¡no!

Confieso que este pensamiento, muy íntimo, fue anterior al recibo del paquete, que tardó en llegarme unos dos meses. ¿Y por qué semejante negativa? El Dr. Porras pasa en algunos círculos de aquella república como un liberal ultradoctrinario y violador de los derechos de la Iglesia, y claro está que al actuar un fraile de padrino de la obra y el que presente al mundo literario e histórico a semejante autor, rebosa los límites de lo absurdo, y más si se trata de uno de los hijos de San Agustín, que tienen por herencia de sangre la integridad de la fé y la primacía de la lucha en las disciplinas teológicas.

Me llegó el libro, leí el índice, hojeé-lo primero las cuartillas que podían relacionarse con la materia del liberalismo, y cata aquí, lector, el resultado. Porras es liberal, muy liberal, y hasta democrático, según repite él en varios lugares; pero entiéndase que su liberalismo es político y no directamente irreligioso; o por lo menos, si profesa ideas de libertad prohibida por la Iglesia, aparecen muy destañadas en este volumen, y me parece que proceden del desconocimiento o incomprensión de los principios filosóficos y morales en que descansa el Syllabus y otros documentos pontificios. Digo que resulta don Belisario no rojo sino rosado en TROZOS DE VIDA porque casi todos sus alardes de proselitismo se refieren a asuntos administrativos del partido, como puede verse principalmente en el artículo LA FISCALIZACIÓN MUNICIPAL.

El liberalismo, como partido político, mantiene muchos postulados que riñen con el dogma y de los cuales hace caso omiso la Iglesia, porque, como forma de gobierno, todas las escuelas caben dentro del ideario religioso. Profesa, con todo eso, tal escuela otras ideas opuestas a la Religión, que ninguno debe seguir, ni aun a título de católico-liberal. En cuanto a la democracia, vamos, se le da un alcance a este sistema político que no posee; liberalismo y democracia, a veces, se repelen a empujones.

Destácase, pues, nuestro autor como libre, pero no como impío; la religión es su madre y la libertad su esposa; y si tropezó alguna ocasión el mandatario contra las aras de la fe, debióse a que anduvo

o con los ojos vendados o conducido por indignos compañeros de gobierno. Véanse dos artículos nada más, de su obra: EL CRUCIFIJO vale como relación de cierto viaje que hizo a la isla de Coiba, en compañía de algunos prohombres de la República, con el fin de explorarla y establecer en ella una Colonia Penal. Cuenta que se dispusieron a bañarse y dice: "Arreglaron una lancha y nos dirigimos al lugar indicado. El grupo era numeroso. Todos iban resueltos a recibir la suave caricia del agua. Al llegar comencé a despojarme de las ropas usuales para ponerme mi vestido de baño; al quitarme la camisa, saltó el CRUCIFIJO de oro que llevo desde mi niñez sobre el pecho, prendido de una cadena, como un sagrado recuerdo de mi abuela que lo colocó en él . . . Varios amigos de los que estaban en la lancha, al ver aquello, comenzaron a reír, algunos tapándose la boca. Para ellos era inconcebible que yo, Belisario Porras, de ideas amplias, liberal convencido y Presidente de la República, merced al voto liberal, pudiera llevar esa insignia, a la cual los fanáticos rinden culto . . . Yo ante aquella explosión de inmotivadas risas no pude contenerme y con el CRUCIFIJO en la mano me dirigí a ellos y les interrogué así, a cada uno de los que se habían reído:

Yo creo, le dije al primero, que tú debes tener en tu casa algún retrato, por amor o como recuerdo, alguna imagen a la cual rindes culto, ¿no es verdad? Sí, doctor,—me contestó.—En mi casa tengo el retrato de usted y el de mi madre. Yo tengo—dijo el segundo—el de Bolívar. Yo el de Napoleón. Yo,—dijo el de más allá—el de Santander, el hombre de las leyes. Yo,—dijo otro—el de Ricaurte, el héroe de San Mateo. Y así sucesivamente, todos los allí presentes. Les pasé el CRUCIFIJO y les dije: Bésenlo, que es superior a nuestras madres y a nuestros padres, y a Napoleón y a Bolívar y a Ricaurte y a Santander y a todo hombre vivo o muerto, que haya venido al mundo o venga en lo futuro. ¡Bésenle! . . ."

Otro artículo perfectamente cristiano y bello lleva el epígrafe de LA DIVINA PROVIDENCIA. No lo extracto porque deseo vivamente que el lector saboree ese manjar de entendimientos altísimos y fuertes.

Con todo lo cual, se ve que ya estoy juzgando las bellezas contenidas en el libro sin haber dicho que se reduce, no a una narración seria y completa de su vida de escritor, jurisconsulto, ciudadano, estadista y Presidente de la República por espacio de tres períodos,

sino a lo que su rótulo indica: TROZOS DE VIDA, o sea, una serie de anécdotas, a veces llenas de vis cómica elegante; y otras, de aspecto moralizador, literario, cívico, etc., con tendencias sanas y honestas, pletóricas de patriotismo siempre, dando la impresión en todo de que la trayectoria de su vivir, amplia como el mar, oxigenada como las cumbres de los Andes y difusa como el radio de la honda concéntrica, ha dejado para la posteridad, arriba, una bóveda luminosa de pensador; abajo, gestos de envergadura de gigante; y por dondequiera, pruebas innegables de que sus conterráneos han contraído con él algo así como una deuda sentimental e ideológica que ha de recoger la Historia de la República al borde de su tumba para proclamarlo Padre de la Patria.

Así es que en el panorama de la posteridad, su nombre poseerá matices dramáticos, cubicación, digamos, de dinamismo eficaz, efluvios de intimidades populares y sencillas, ímpetus vehementes de copulación fecunda de civismo y estremecimientos de nostalgia ante las desgracias inevitables que produce esa fatídica diplomacia de los pueblos fuertes y tiranos que se ceban con fórmulas ancestrales en las carnes vírgenes de aquella mi querida República. La introspección y psicoanálisis personal que nos ofrece en TROZOS DE VIDA nada presenta de esterilidad ártica, sino gérmenes categóricos del tiempo y del espacio de los trópicos y de la cultura hispanoamericana, con ideas abstractas universales, humanitarias, impregnadas de sentido civilizador, vibrantes y propias de un organismo vitalizado que deja traslucir al través del humorismo y del gracejo epirótico el fuego poderoso de su temperamento de titán. Ignoro yo cómo ha de juzgar esta obra, aparentemente tenue y frívola, la conciencia contemporánea; pero sí ha de excitar en los laboratorios de la juventud reacciones de análisis especulativos para estudiar la actuación conjunta del magistrado supremo de la nación que representa la honradez y el progreso. Para mí ya no es enigmático el porvenir del Dr. Porras: se ha conquistado el tributo espiritual de todos.

De más a más, cuando el lector, repasando estos episodios y viajes y proyectos y luchas y fracasos de la vida compleja y difícil de don Belisario, cuya mano estrechó y resobó la Lisonja y en la cual hincó sus viscosos colmillos la Envidia, cuando advierta que su pluma se desliza por el plano suave de la sencillez, de la veracidad

y de la gracia, sin rugidos de fiera herida y sin lloriqueos de mujer, y cuando en medio de la belleza eterna de las cosas y de los amores amplísimos de la patria y del progreso, note que no resuman sus artículos esencias de ajeno, no podrá menos de admirar la figura de quien perdona como cristiano y olvida como niño. Ciertamente que alguna vez se adivina en su pluma la pulsación de un escritor nervioso; mas no cita nombres ni apellidos, y pasa adelante mojándola en anilina de ironía aristocrática, cuando no el óleo de misericordia.

Otro de los aciertos que culminan en el presente libro consiste en la ausencia de erotismo innoble y brutal, que con tanto descaro se suele prodigar en ciertas narraciones epigramáticas de los americanos tropicales. No aparece el sátiro por ningún lado. Ni una alusión de baja estofa. Ni una palabra malsonante. Porras como escritor, resulta limpio, amigo de la institución de la familia, respetuoso con el sexo femenino, galante sí, pero enemigo del piropro grosero, didáctico, amparador del desheredado de la suerte y digno en todos los párrafos. Algunos de sus dichos pasarán a la categoría de proverbios. No faltarán quienes al verse en trances apurados y medrosos, han de repetir aquella su frase sublime: "Pienso en Dios y en mi Patria".

En resumen: la *Crítica de la historia política* verá aquí al estadista discutido.

La *Historia de la crítica literaria*, al escritor discutible.

Y todos, según las cartas del mismo, verán que este libro es una colección incompleta de partículas de su vida, escrito en la ancianidad aprisa y en momentos desocupados.

Finalmente, Porras se supera así mismo, contándonos en *EL BUSTO DERRUMBADO* que sus enemigos políticos destruyeron el que el partido erigiera en su pueblo natal; pero este libro resulta un monumento superior al otro, y el futuro cronista de Panamá ha de escribir su biografía, densa, crítica y documentada, y así, quedará sobre plintos de bronce su estatua de cuerpo entero.

Monumentum aere peremnius, que diría el clásico latino.

FR. P. FABO DE MARÍA,

Agustino recoleto.

Barcelona, 18 de febrero de 1930.



PRÓLOGO

Hace algunos años, desde tribuna que supo de muchas de nuestras ilusiones, y refiriéndonos al autor de este libro, el doctor Belisario Porras, escribimos: "Nuestro Presidente es uno de esos hombres singulares que de tiempo en tiempo aparecen en el seno de los pueblos, dijérase que para ser el centro obligado de la atención pública de sus contemporáneos, ya por las simpatías que despiertan ante las persecuciones de que por lo común son víctimas, ya por los odios o reacciones que inspiran cuando, a su vez, actúan de triunfadores. En efecto, sobre él ha pasado el oleaje terrible de venenosas cóleras, y, ahogado literalmente en un mar de desgracias, ha salido de ellas convertido en un ídolo amado hasta de los mismos que le precipitaron y en su dolor se complacieron. Un hombre así, que debe de conservar fresco el recuerdo de tantas vicisitudes, que posee un talento claro, que ha leído y viajado mucho, que conoce a los hombres y es suspicaz, nervioso, apasionado y de temperamento dominador, tiene que haber realizado muchas y muy singulares acciones . . ." Y en el mismo trabajo agregábamos: "Cualquiera que sea el juicio que la posteridad emita acerca de la obra política y social de nuestro actual Presidente, habrá de decir de él que fue, como efectivamente lo es, un espíritu progresista y enérgico con energía indomable; que sus hechos de gobernante lo acreditaron, como en realidad lo acreditan, de poseer clara comprensión de los problemas vitales de que pende la suerte del país; que poseyó, como es evidente que las posee, grandes ambiciones—legítimas—de dejar su nombre vinculado a útiles reformas materiales y administrativas, necesarias para el progreso económico de la nación; dirá, en fin, la historia lo en que ahora parecen estar ya de acuerdo sus contemporáneos, a saber, que fue uno de los más distinguidos istmeños de los últimos cincuenta años".

Al decidir pergeñar este prólogo a su libro de memorias, hemos vuelto a meditar aquello que acerca del doctor Belisario Porras dijéramos casi dos lustros atrás, y en verdad que no hemos rectificado nuestra opinión: para nosotros ese es el esqueleto espiritual del ex-presidente de nuestro país y tal como lo vimos entonces se nos dibujó en el anecdotario que acabamos de leer.

Un libro de anécdotas es una obra muy dentro del carácter, de la idiosincrasia del doctor Belisario Porras. Su amor al plasticismo en el estilo, su dicción viva, concreta, alejada por instinto de las abstracciones, como corresponde a un hombre de acción—que hombre de acción ha sido y aún diríamos es el doctor Belisario Porras—se adaptan perfectamente al tono, a la “eironía” de la anécdota.

Este resucitar de recuerdos de la propia vida que constituye el libro de memorias, reúne amables ventajas literarias. En primer término, resulta siempre interesante, sugestivo: se diría que conquista al lector, que lo atrapa, que lo envuelve en una atmósfera de la que no le es grato salir. Y cuando a estas memorias, a estos recuerdos—no vagos, no imprecisos, no borrosos, sino prendidos a la frase onomatopéyica, descriptiva, más expresiva que en el vocablo en sí, en su raíz, en su hondura, en lo que se esconde pero que se adivina—les puede el lector hallar procedimientos de confrontación, ya en los personajes, ya en la estela que de esos personajes quedó, el atractivo se centuplica por el magnetismo de lo cercano, por el placer de la comparación.

Por de contado que a la par de estas ventajas de sugestión se encuentran algunos inconvenientes: el de la nimiedad entre ellos. Es fácil hacer el libro de memorias nimio, ahogarse en el detalle de interés personalísimo o asfixiarse en yoísmo agudo sencillamente intolerable para el lector.

El doctor Belisario Porras soslaya con su peculiar agilidad mental estos inconvenientes, porque nunca fue hinchado, ampuloso, ni en sus escritos, ni, lo que es muchísimo más difícil, en su oratoria, y a la hinchazón y ampulosidad lleva el yoísmo mal conducido.

Entre los máximos atractivos es imprescindible colocar también el de la condición del autor, la que se puede afirmar ha sido el resumen de su vida, y lo sigue siendo: el doctor Belisario Porras es un hombre público.

Se habla con cierta frivolidad del hombre público como ente representativo; se califica a éste o aquel personaje, que en un determinado instante se destaca en la vida de un pueblo, de hombre público. Se nos antoja que somos en exceso liberales, concediendo lo que se podría considerar un máximo título. El hombre público reúne tales prerrogativas de hombría, casi tales definiciones de sexo, que deberíamos ser recatados al aplicar esta idea y corporizarla. En alguna parte hemos leído que esa calidad de publicidad es tan delicada, tan sutil, que descubierta en el hombre indica una distinción, y agregada a una mujer se transforma en un dicitario. Y ello obedece a que la publicidad en el hombre se espiritualiza y en la mujer se materializa. Pues bien, tipo de hombre público, de espiritualización de la cualidad, es el doctor Belisario Porras y de aquí que sus memorias, su anecdotario, estén aromados de ese perfume inquietante y pleno de sugerencias.

Sería muy difícil lograr una definición justa, perfecta, de lo que significa el hombre público; habría que ir reuniendo calidades bien diferentes de las del hombre de ciencia o del mismo literato, porque en el hombre público existe una agudización de ciertos sentidos cualitativos que no se hallarán en otro tipo humano. Goza de una sensibilidad especial, de unas intuiciones exquisitas, de una comprensión tan singular que asombra hasta el grado sumo. Nos atreveríamos a concretar que ese aire externo inexplicable, del que anotamos detalles y no podemos justificar cerebralmente conjuntos, son características del hombre público, ser de excepción y de sobra digno de estudio admirativo.

Nosotros encontramos en esa agilidad y habilidad para escoger los títulos de las diversas anécdotas que integran este tomo, un arte extraño y soberbio, un dón que dice viveza, predominio de atención, un empuje que no desmaya, un secreto que al mismo autor le sería imposible describir. ¿Por qué eligió tal frase, por qué alteró la prosodia de tal modo, por qué acomodó su ortografía forzando la pronunciación . . . ? Se nos dirá tal vez que ello se debe a conocimiento del medio, a sus dotes de observación, a su costumbre de escuchar a los elementos populares, que guardan esas contracciones y esos sugestivos disparates idiomáticos . . . Nó; hay algo más, hay mucho más, y eso es el precipitado de las cualidades esenciales del autor.

No es cuidado, limado, el estilo del doctor Belisario Porras en este manojo de recuerdos; y sin embargo, se leen páginas de una pureza lingüística finísima, como aquella dedicada a LA NAVEGACIÓN HACE CINCUENTA AÑOS. Quizá si el buril hubiera intervenido en la confección de este libro, la frescura, el aroma se hubieran desvanecido un tanto, y esta es una obra de aroma. Hasta sus repeticiones, sus empleos duros del gerundio, conservan vigor, virtud, la primera del escritor; y que hay que reconocer sin discusión al doctor Belisario Porras.

Al hablar de anécdotas, recuerdos, parte principal del libro, hemos dejado a un lado unos capítulos altamente curiosos en los que se descubre esa publicidad, calidad del autor, saltando sin ropajes entre la colección de añoranzas. Pensamos que si faltaran esos capítulos a que aludimos, perdería la obra mucho de su encanto, porque es positivamente reveladora. Este libro de anécdotas es también un libro de justificaciones. Y un libro de justificaciones, de razones, tiene que ser todo libro de hombre público, porque esa justificación, ese ánimo de convencimiento es su razón de existir, es la base de su edificio vital.

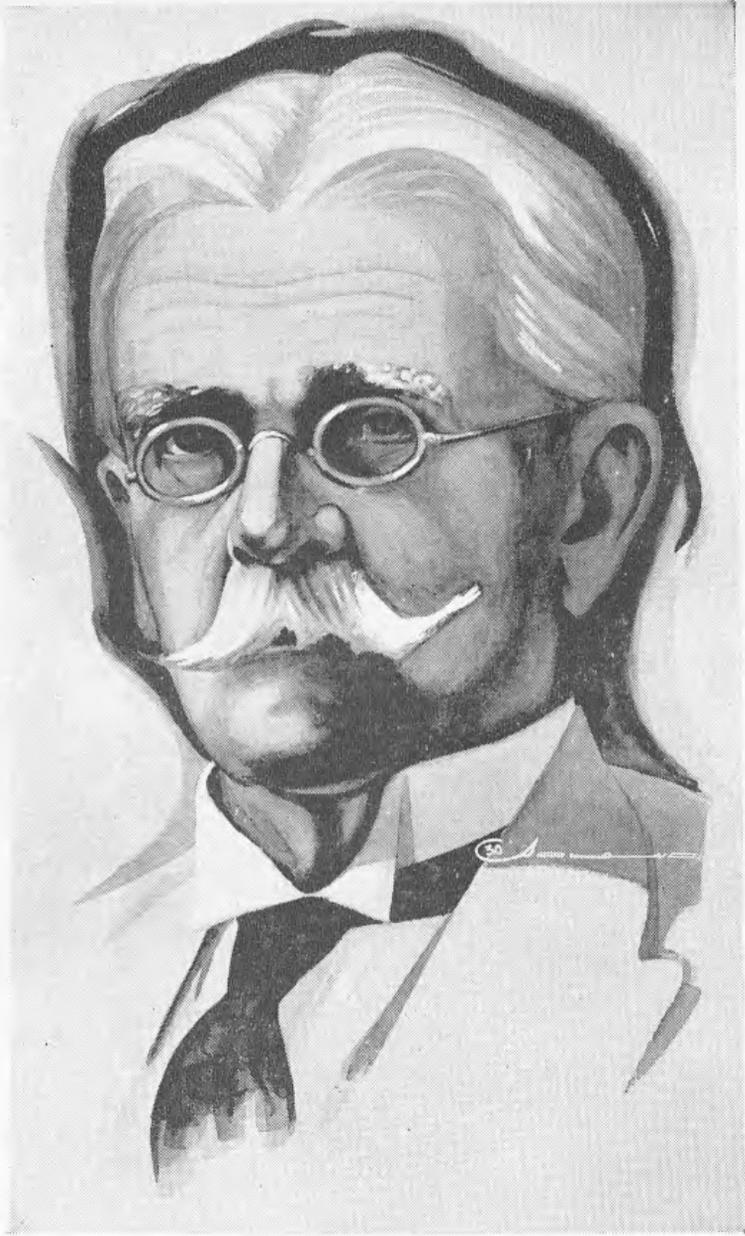
El hombre público no es el escritor silencioso de gabinete, en la cómoda biblioteca, aquel que siente el placer de su producción y goza con el aplauso de la capillita de entendidos, de privilegiados; que casi se rebaja, se considera inferior, si le comprende todo el mundo: el hombre público vive para que se le vea, para que se le comprenda; y cuando no se le comprende, él explica su sentir hasta llegar al convencimiento. Y si halla oposición, combate, esgrime todas las armas, que su placer es este dinamismo, esta ansia de lucha para hacerse entender. He aquí evidente el por qué de esas justificaciones secas o las otras combinadas con la anécdota, en las que es tan rico el libro del doctor Belisario Porras.

No olvidemos los retratos . . . ¡Qué facilidad encuentran estos cerebros plásticos, amigos de la concreción, para el retrato literario! Y, de veras, que en estas páginas del ex-presidente los hay bellísimos. Retratos en un rasgo; retratos en multitud de menudencias, retratos de sutilísima ironía—ése chorreante de gracia de Pihuila!;—retratos que se graban todos como en animada mascarada, con sutil acierto.

Y con los retratos, los paisajes; en el fondo de este tipo de escritores hay una exquisita impresión del paisaje, un sentido de lo pintoresco francamente delicioso. Se destaca la anécdota en el paisaje y, su más extraordinario mérito, no se concibe sin su paisaje. Nos parece que éste es el más elevado elogio que del anecdotario del doctor Porras hemos podido hacer.

No es nuestro temperamento el más apropiado para la lisonja. Posiblemente no nos hayamos colocado en el plano más indicado para escribir el prólogo de esta obra. Nuestras cualidades las presentimos bien diversas de las del autor de este libro. Tal vez por ello nuestro examen sea más conscientemente imparcial, porque no nos creemos cegados. Hemos pretendido en estas líneas, que sirven de antesala al libro, buscar algunos distintivos a la personalidad respetada de su autor. Y al dar remate a nuestra tarea, no satisfechos, pero sí convencidos de que algo hemos dicho que pudiera ser apoyo o punto de partida, para lucubraciones de otros cerebros amigos al ahondar en personalidad tan sugestiva como la del doctor Belisario Porras, no queremos prescindir de repetir aquí algo que escribimos en el mismo trabajo al que aludíamos al comenzar, y es esto: "De insistir en otros rasgos característicos de nuestro presidente señalaríamos de manera especial su exquisito dón de gentes, su charla amena, insinuante, pintoresca y siempre animada con que sabe ganarse a todos los que se le acercan; diríamos algo de su genio jovial, de su refinada sensibilidad, de sus grandes cóleras y de sus grandes complacencias con tanto espíritu mediocre e incoloro que sube y baja a diario las pacientes gradas del capitolio; pero tendríamos también que erigirnos en maestros de psicología práctica para determinar con exactitud cuáles de estas condiciones suyas de corte intelectual y efectivo, son el producto natural de su psiquis y cuáles de una autoeducación constante, esmerada y sistemática". Lo que dijimos en aquella época del hombre podemos, sin variar una coma, dedicarlo a su obra. Los personajes como el doctor Porras cabe decir que viven su obra, porque su vida retratada en el anecdotario es su libro cumbre.

J. D. MOSCOTE.



DOCTOR BELISARIO PORRAS

(Acuarela de Solano)

MI
FILIACIÓN
AL
LIBERALISMO.

I
(EL DR. GIL COLUNJE.)



ERA el año de 1865. Adolescente todavía, apenas podía darme cuenta de lo que pasaba en el ambiente nacional. Sin embargo, algo de sublime agitaba las alas de mi espíritu y en sueños se me presentó, más de una vez, la imagen de la Patria en toda su majestad altiva y bella. Vientos de renovación soplaban de uno al otro extremo de la República. En la Constitución de Río Negro, tajada luego por la mano brutal de la tiranía, garantizada estaba la vida de la democracia. Todo estaba asegurado en aquel libro que era un monumento creado por cerebros iluminados con los rayos del gigantesco sol de la Libertad, que más tarde fue eclipsado para siempre en el hermoso cielo de Colombia... Los que gobernaban eran hombres que reunían todas las virtudes ciudadanas. Las ideas liberales dormidas hasta entonces, se abrían paso e iban filtrándose en el espíritu de los que, como yo, todavía estaban en aquella edad risueña en que todo se mira a través de brillantísimos lentes, sin llegar a comprender siquiera los profundos arcanos de la vida.

Mi padre, aunque alejado del maremágnum de la política activa, era conservador, poderoso motivo para haber seguido

sus huellas en aquel campo; pero no fue así. Bastaron ciertos hechos que habré de mencionar, para sentir que en mi corazón y en mi mente germinaban otras ideas, robustecidas más tarde con la savia vivificante de las doctrinas sustraídas de los textos, muy raros por cierto, que llegaron a mis manos, allá en la soledad de mi pueblo natal, cabe la sombra del hogar materno.

Luego, el conocimiento íntimo que tuve de dos hombres,—dos de aquellos que en la época de que hablo eran todo corazón y cerebro,—decidió de manera espontánea mi filiación al liberalismo. Hoy, después de tantos años, rememoro los acontecimientos y ante mis ojos surgen excelsas y sublimes, en la gran majestad de su grandeza, las figuras de esos dos Caudillos del liberalismo que respondieron a los gloriosos nombres de GIL COLUNJE Y BUENAVENTURA CORREOSO. Fue de la mano de estos dos preclaros hijos del Istmo, grandes, en toda la acepción de este vocablo, como traspasé los umbrales de la adolescencia y entré a formar en las filas del Partido que más tarde me tocó defender en los campos de batalla, en el gobierno y fuera de él, en la prensa y en la tribuna, cuando era un delito pensar, y las libertades públicas habían sucumbido al golpe férreo que les asestara un déspota traidor.

Y he aquí mi primera impresión sobre uno de aquellos hombres.

Era yo niño cuando ascendió Colunje a la Presidencia de Panamá, y a poco de ello, en la visita que hizo a los pueblos, como solían hacerlo los Presidentes, llegó una mañana con tal carácter a Las Tablas. Vivía yo al cuidado de mi abuela, en la casa más antigua del pueblo, en la plaza, en frente precisamente de la que alojó al doctor Colunje con numerosa comitiva. Es una impresión que se grabó muy fuerte en mí, porque en mi casa eran muy partidarios de Colunje, y la ansiedad que tenían por su llegada se reflejó completamente en mi alma. Desde el portal de la casa vi llegar al grupo de jinetes y pude oír y ver cuando las gentes, tanto en mi casa, como en las casas vecinas, decían, señalando con el dedo, quién era el Presidente. «Aquel, el de sombrero blanco alón. Ese a quien le tienen el caballo. El que está ahora desmontándose...» Y al cabo de media hora todavía me hallaba en el portal, observando los movimientos de los recién llegados, cuando vi salir

de la casa al doctor Colunje, el del sombrero blanco alón, acompañado de dos personas más, una de ellas vestida de militar, con kepis y pantalón rojos y chaqueta azul con botones dorados. Tomaron la dirección de mi casa y quedé sorprendido cuando los vi subir las gradas del portal y, sobre todo, cuando Colunje llegó y me tomó la mano, diciendo: «Este debe de ser el hijo de Demetrio...» Saludó en seguida a mi abuela, que había salido a recibirlo, y entró a la sala que estaba a la vista. Allí mi abuela les brindó asiento a todos, y Colunje, tomándome sobre sus piernas, me dijo: «Mucho te pareces a tu padre»; y, acariciando mis cabellos y mirándome de fijo, repuso: «Qué ojos tienes tan grises, con ellos no podrás ver...»; y siguió: «¡Apostemos a que no ves lo que hay en aquella palma!» Era la palma de la libertad, sembrada en el centro de la plaza... Dirigiéndose luego a mi abuela indagó por mis adelantos en la escuela, el nombre del maestro, etc., etc., a lo que ella contestó que yo estaba muy adelantado, pues ya había leído todos los libros que existían en el pueblo. Al oír esto, el doctor Colunje preguntó admirado: «¿Cuántos son esos libros?» «Tres», respondió mi abuelita: «La Biblia, El Quijote y el Gil Blas de Santillana, los cuales se han conseguido prestados con algunos amigos...» Sonrió satisfecho y levantándose en peso me dijo: «Eres digno hijo de tu padre, y desde ahora te auguro que llegarás a ser algo en este país.»

La visita fué muy corta, y cuando concluyó, Colunje, al irse, me hizo el obsequio de una onza de oro y me dijo al ponerla en mi mano: «Toma, es para ti, compra con ella otros libros...» Sin duda quiso, al escribir a mi padre, que moraba ya en Bogotá, informarle acerca de mí.

Algún tiempo después llegaron hasta Las Tablas los ecos de graves acontecimientos ocurridos en Panamá contra la Administración de Colunje, levantando ecos odiosos, obra de la tremenda oposición que le hacían ciertas gentes. ¿Cuáles fueron esos hechos? Yo no lo sé, pero recuerdo que una tarde jugaba yo al trompo con otros niños, enfrente de una casa en la calle del Palenque, cuando oí pronunciar el nombre de Colunje. Impresionado me acerqué al portal y me recliné a uno de sus pilares para oír mejor. Estaban allí reunidos unos cuantos vecinos, seguramente los políticos de la aldea natal... El uno decía que Colunje había sido cruel, el otro agregaba otros

epítetos, y alguno más, aseguró que era un ladrón... No me pude contener, y con el trompo en la mano convulsa, empuñado fuertemente, lo arrojé a la cara del último, que le rompí, huyendo en seguida a más no poder... Hoy, después de tantos años, recuerdo aquella escena y no me arrepiento de haber arrojado el trompo sobre el rostro del insultador de oficio... ¡Quién pudiera siempre tener un trompo a la mano para vengar las grandes ofensas!

Mi interés político y mi interés por los hombres públicos y por mi país, nació entonces, y algunos años después, cuando fui a estudiar a Bogotá, mi mayor deseo y mi mayor emoción al realizarlo, después de ver y abrazar a mi padre, fue ver a Colunje y abrazarlo también. Era entonces Magistrado de la Corte Suprema y mi padre me llevó a verlo. Se encontraba todavía soltero y recuerdo que vivía modesta y austeramente, en un cuarto de la casa que ocupaba con su familia en el camellón de La Concepción el general don Emigdio Briceño. Me tomó de la mano y me la estrechó, tratándome ya de amigo. Me habló del frío de Bogotá y de las precauciones que debía tomar, y luego se entretuvo con mi padre acerca de mi educación. Fue él quien decidió que mi padre me colocara, no en el Colegio de Concha, ni en el de Marroquín,—conservadores amigos de mi padre,—sino en la Universidad Nacional. Fue él quien se interesó vivamente, luego, en mi aprendizaje de la Ciencia Constitucional, de la cual fue un sabio profesor cuando era al mismo tiempo Rector del Colegio del Rosario, y fue él quien se interpuso entre mi padre y yo cuando ocurrieron en mi carrera de estudiante incidentes, como el de la excomunión del Arzobispo de Bogotá en contra de los estudiantes de San Bartolomé, entre quienes figuraba yo.

Años después, al regresar yo a Bogotá con el fin de terminar mis estudios que había tenido que suspender a causa de la revolución, lo encontré ya casado. Su vida seguía siendo tan austera, modesta y sencilla, como cuando le conocí ocupando un cuarto de la casa del general Briceño. Por ese tiempo me trataba con toda seriedad, como si yo fuera su igual. La dignidad del hombre se reflejaba sobre todos los demás, a quienes trataba, jóvenes o viejos, con igual e inalterable sencillez. A veces me encontraba en la calle y se complacía en seguir conmigo por el mismo camino, preguntándome de Pa-

namá, a la cual recordaba con amor, con nunca desfalleciente curiosidad.

Como era amigo de mi casa y la visitaba frecuentemente, allí tuve ocasión de apreciar sus quilates. De mi padre era amigo personal, pero de mi cuñado don Tomás Emilio Abello era amigo personal y político. Como ambos eran amigos del doctor Manuel Murillo Toro y del doctor Felipe Pérez, y ambos frecuentaban mi casa, fué allí donde se iniciaron muchos planes que yo conocí. Allí se acordó la boleada de ciertos nombramientos nuñistas. Allí se acordó que Murillo iría una vez al Senado en silla de manos, con todo y la enfermedad que ya le aquejaba, para utilizar su voto. Allí donde oí referir cómo el general Mosquera había conseguido que Murillo le ayudara para ser Presidente del Senado la última vez que fue a Bogotá, esperándole en la noche a que regresara a su casa, sentado en el umbral del zaguán, envuelto en una capa. Sorprendido Murillo, apenas pudo preguntarle: «General, ¿usted aquí?»—«Sí»—le contestó—«aquí me tiene. He venido a pedirle el voto para ser mañana Presidente del Senado.» Era imposible rehusárselo. Allí también se le marcó rumbo en muchos casos al Partido Liberal. Por todo esto puedo dar fe de que Colunje era el hombre de la convicción. Sin alterarse afirmaba su parecer y su determinación inclinaba a los demás. Murillo era el jefe indiscutible que daba las conclusiones. Felipe Pérez era el de la ilustración, estrategia chispeante; pero Colunje era la firmeza. Cuando había alguna vacilación, él era quien alentaba con su fe. Era hombre de virtudes insospechables. Austero, sencillo y modesto, no reía casi nunca y, sin embargo, inspiraba simpatías muy hondas. . .

MI
FILIACIÓN
AL
LIBERALISMO

II
(EL GENERAL
BUENAVENTURA
CORREOSO.)

ESPUEÉS de la visita que hizo a Las Tablas el doctor Gil Colunje, en su carácter de Presidente del Estado Soberano de Panamá y que dejó en mi espíritu profunda huella, pasaron cinco años. En el ambiente político se habían sucedido muchas cosas y algunos jefes conservadores, descontentos ante el viril empuje de las ideas liberales, se daban a la tarea de provocar

revueltas en algunos puntos del interior, en donde creían contar con adeptos para llevar a cabo sus planes. Pero todo fue en vano. El prestigio de los hombres que estaban en el gobierno era de aquellos que resisten todos los ataques y por lo tanto los que esperaban detener el poderoso avance de las nuevas ideas, tuvieron que resignarse a contemplar en silencio la marcha de la República hacia la cúspide, en hombros siempre de los que lucharon por librarla de las espesas sombras de una noche sin límites...

Durante esos cinco años aproveché el tiempo en lecturas instructivas y asistía con toda regularidad a la escuela, que por aquel entonces regentaban don Isauro Borrero, colombiano, contratado por los padres de familia de Las Tablas y por mi tío Asunción, que habían buscado en Panamá un maestro capaz; por don Pedro Ríos y por don Nemesio Medina, también de Colombia.

Un día, lo mismo que cinco años atrás, se notaba en el pueblo cierta animación no común: el más alto funcionario público del Estado Soberano, general Buenaventura Correoso, encargado de la Presidencia, se encontraba en el lugar practicando una visita a las oficinas públicas.

Tres días después se presentó a mi casa mi tío Asunción Barahona en busca mía. «El general Correoso,—me dijo,—nos ha solicitado un joven que tenga buena letra y sepa escribir bien, para sacar en limpio las actas de visitas practicadas en varias oficinas. Tanto yo como el Prefecto Saucedo le hemos hablado de ti y vengo para que te vayas conmigo, si te encuentras con

»

»

abuelita me detuvo y no tuve más remedio que permanecer en la casa. No dormí más y cuando ya el día comenzaba a dejarse ver, burlando la vigilancia de la familia, me fuí a la casa que habitaba el general Correoso, y que, como ya he dicho, quedaba enfrente de la nuestra. Las puertas estaban abiertas de par en par. Mi corazón palpitaba intensamente. Me parecía que al entrar lo iba a encontrar tendido ya sin vida, sobre un charco de sangre... Por fin, convencido de que nadie estaba allí que pudiera impedirme la entrada, lo hice con el mayor sobresalto. Penetré al cuarto que el general ocupaba y vi en una silla parte de su ropa. Faltaban los zapatos y la camisa... Entonces comprendí que él había huido... Me fuí al patio y me convencí de ello viendo un portillo en la cerca de éste con dos estacas quitadas y huellas que denunciaban el paso de una persona por ese lugar. En mi desesperación por encontrarlo y servirle en algo, seguí las mencionadas huellas que se dirigían hacia el monte. Caminé un buen trecho y llegué a una quebrada. Allí me detuve escondido debajo de unos arbustos. Momentos después llegó un hombre con un caballo del cabestro y se puso a bañarlo. Era José de los Reyes Pérez, del pueblo, y yo, pensando en la suerte del general, miraba para todos lados con la esperanza de poderlo divisar. De pronto hirió mis oídos un silbido agudo y busqué en la dirección de donde creí que ese silbido salía. Inquirí e inquirí con la mirada y mis ojos pudieron así ver un hombre sobre un árbol. Es él, me dije interiormente. El hombre del caballo miró también hacia el árbol y entonces pudimos ver claramente que el de arriba hacía señas como llamándonos. Nos acercamos y mi alegría no tuvo límites al reconocer al general Correoso, a medio vestir. Se sorprendió al verme, y yo le expliqué cómo había ido a la casa creyéndolo muerto, y cómo había seguido las huellas que había dejado desde el patio de la casa y me puse completamente a sus órdenes. El hombre del caballo resultó ser amigo del general, a quien le ofreció llevarlo a un escondite en su trapiche que tenía cercano... Montaron los dos, y yo, quitándome las chinelas, pasé la quebrada y los seguí hasta llegar al trapiche. Una vez instalado el general, me llamó y me dijo: «Tú vas a regresarte al pueblo y le dirás a tu tío Asunción y al Prefecto Saucedo dónde me has dejado para que con todo secreto procuren salvarme.» Orgulloso de mi misión, corrí de nuevo, llegando al

pueblo pocos momentos después. Me costó mucho trabajo encontrar a mi tío, pues debido a que los dolegueños estaban todavía en el pueblo y buscaban a los liberales, todos éstos se habían escondido. Por fin, dí con él y le dí la razón que llevaba. Se puso muy contento y me indicó dónde podía encontrar a Saucedo, dirigiéndome seguidamente al lugar, en donde lo encontré efectivamente. Este, como mi tío, se alegró muchísimo y me pidió que regresara a la casa en donde se había escondido el general y le dijera que esa misma noche tendría listo un buque para dirigirse a Panamá. Que aguardara confiado. Corriendo nuevamente llegué al trapiche. El general Correoso, lleno de impaciencia, como era natural, me aguardaba. Le dí cuenta de mi misión y me abrazó muy agradecido. Le referí cómo estaban las cosas en el pueblo y cómo estaban todos los amigos pendientes de la suerte que él hubiera corrido...

Por la noche, mi tío y don Antonio Saucedo tenían listo el buque que habría de zarpar del puerto de Guararé, llevando a bordo al general Correoso, rumbo a la ciudad de Panamá. Así se hizo y al día siguiente entraba a la capital, en donde ya de nuevo en posesión del gobierno, terminó por completo con la rebelión de los dolegueños, encabezada por don Tomás Herrera, don Domingo Díaz, ambos de Panamá, y un señor Franceschi de la ciudad de David, Chiriquí.

Jamás he podido olvidar aquellos momentos de terrible angustia, que, si se quiere, bendigo interiormente, ya que de allí nació la amistad que me unió a aquel hombre, todo corazón, que influyó de manera tan poderosa en mi carrera política...

LA
UNIVERSIDAD
NACIONAL



IMPOSIBLE olvidar la época universitaria, cuando fue Colombia la primera potencia suramericana, tanto por la calidad de sus tropas aguerridas, como por su sistema de instrucción pública que afianzaba un Gobierno de Liberalismo doctrinario. En el ambiente nacional repercutía como una clarinada de triunfo la oratoria de Rojas Garrido, en tanto que se enseñaba el Derecho que atesoraban las obras de Camacho Roldán y otros no menos esclarecidos jurisconsultos del país hermano.

En los días a que voy a referirme, el doctor Januario Salgar era Profesor de Pruebas Judiciales y ya antes lo había sido de Historia Universal en la Universidad Nacional. Estudiábamos con él, además de otros muchos que por el momento no recuerdo, los inolvidables condiscípulos, Pedro Carlos Manrique, Rafael Uribe Uribe, Alejandro Cotes, Manuel José Patiño, Roberto Ancisar, Antonio José Restrepo, Nicolás Pinzón W., Enrique Muñoz, Diego Mendoza, León A. Martínez, Nicolás J. Casas, Agustín Solano Manotas, Forero y Forero e Isaiás Cuartas; este último, como Uribe Uribe y Antonio José Restrepo, antioqueño.

El doctor Salgar era un profesor ideal. Además de los innumerables conocimientos que atesoraba y que transmitía a sus discípulos,

tenía un carácter encantador y único... Su conversación era amena y no dejaba nunca de saturarla con un grano de sal, un chiste oportuno, dicho con la inteligencia que ponía en todos sus actos... Se le saludaba siempre con sinceras demostraciones de afecto y de respeto, y las horas que destinaba para transmitir su ciencia, pasaban para nosotros con esa velocidad con que pasan las horas de regocijos íntimos. Era un verdadero educador en toda la acepción de la palabra.

En aquella época el punto de reunión de la intelectualidad bogotana era el atrio de la Catedral. Todas las tardes concurrían a él en romería incesante todos aquellos que se preciaban de tener algún valor literario, ya que allí se discutía acerca de todo: política, religión, literatura, medicina, ingeniería, historia, y se planeaban los grandes acontecimientos de la agitada vida bogotana. Allí también íbamos los estudiantes de Derecho y no pocas veces hicimos frente a hombres de relevante talla intelectual, que nos llevaban al terreno de la discusión, tal vez para probar nuestros quilates.

Una de esas tardes llegó al atrio el doctor Salgar acompañado de varios amigos. Formaron poco después un grupo, entablado, como es de suponer, una interesante conversación que giraba sobre diferentes temas... Al tocarse el de la Universidad, uno de los grupos preguntó al doctor Salgar sobre la marcha del tan discutido plantel y él contestó que todo marchaba bien. Otro preguntó luego cuál era el mejor alumno de Derecho, el que más prometía, y el doctor Salgar, con esa sal de que hemos hablado, contestó: «Pues, señores, yo diré a ustedes, que la Universidad se puede medir por *cuartas*...» Ante aquella respuesta, muchos se sorprendieron, mostrando la mano abierta como para medir. No habían comprendido el alcance de la ingeniosa respuesta del doctor Salgar. Este con una sonrisa les dijo: «Sí, señores, se puede medir por Cuartas, es decir, se puede juzgar por Isaías Cuartas, que es hoy el mejor estudiante, el más claro reflejo de lo que es la Universidad.»

Así era el doctor Januario Salgar, el inolvidable y querido Profesor de Pruebas Judiciales y de Historia Universal de la Universidad Nacional y con él toda esa pléyade de hombres, hoy muertos casi todos, pero de recuerdo imperecedero, latente en el corazón de la Patria y de sus agradecidos discípulos.

LO
QUE ES
DEL AGUA,
EL AGUA
SE LO LLEVA...



CORRÍA el año de 1876. Sobre el hermoso cielo de Colombia,—semillero de hombres que sorprendieron al mundo en aquella época de convulsiones políticas, de oradores dantonianos, poetas revolucionarios y héroes que habían sellado con sangre el triunfo de la libertad americana,—se cernían nubes que amenazaban tempestad. La apocalíptica trompeta dejaba escuchar sus hondas clarinadas de muerte en tanto que las miradas todas se dirigían interrogantes hacia el oscurecido horizonte de la Patria. Cantos de epopeya, nunca igualados, se escucharon de uno al otro confín de la República. La juventud estudiantil abandonó las aulas universitarias y contagiada por el fervor de la época, corrió veloz a los campos de batalla. Bogotá, círculo y centro de todos los heroísmos, la contempló en silencio orgullosa de su obra. Era la madre espiritual de aquella juventud, valiente y digna, que en momentos de inminente peligro para la libertad, sabía sacrificarlo todo ante el cumplimiento de un deber sagrado. Y el Guadalupe, en cuyas faldas se libró el encuentro en contra de los conculcadores del Derecho, pareció empinarse hacia los cielos en gesto de omnipotente homenaje. Había triunfado el batallón Alcanfor. Era como la glo-

rificación de las frentes juveniles en los momentos culminantes de la vida.

Yo, que fui testigo y parte de aquel hecho heroico, no he podido olvidar nunca los sublimes momentos en que se cumplió, y hoy, después de tantos años, al evocarlos, siento como un renacimiento de cosas olvidadas que ponen un paréntesis conciliador en mi agitada vida de luchador incorregible. . .

El cuadro es siempre el mismo: Bogotá, la noble, contempla desde los balcones, resplandecientes por las pupilas de las mujeres hermosas que nos dicen adiós, nuestra marcha hacia el sacrificio. Nada nos detiene. La ironía de los contrarios, al calificar nuestro batallón de *alcanfor*, fue bellamente correspondida con nuestro regreso triunfal, después de haber desalojado al enemigo de las faldas del poderoso Guadalupe, mudo testigo de la gloriosa hazaña. Y Bogotá, la noble, nos abrió los brazos, y en su seno de madre espiritual reposaron nuestras frentes después de la batalla. Y luego, todavía con el humeante fusil al hombro, nos fuimos al cuartel a vigilar con la interrogativa mirada el horizonte de la Patria.

Mi padre no estaba en la ciudad. Cuando lo supo se afligió tanto que voló a Bogotá y consiguió de su amigo Colunje, que era el Secretario de Gobierno de aquel entonces, que me dieran la baja y me permitieran volver a Panamá al lado de mi abuela. Ambos, Colunje y mi padre, se presentaron al cuartel de San Agustín, en donde me hallaba con cartuchera y bayoneta al cinto. Mi padre habló primero: «Qué bien te ves con esos atavíos! Cómo has ganado! Estas hecho un hombre!»

Colunje habló acerca de mi baja, de mi regreso al pueblecito natal, de mi abuelita que me esperaba, de mis amigos de infancia. Habló tan hondo a mi corazón, que no vacilé y en ese mismo momento fui despojado de la cartuchera y de la bayoneta, y como todo estaba listo, baúl, pasaje y recomendaciones, dos o tres horas después rodaba yo en un ómnibus que salió de la plaza de San Victoriano para Facatativá, en vía de mi tierra natal. . .

El coronel Serrano, que mandaba un piquete de soldados que iba a bajar el Magdalena, custodiando el vapor con el correo de encomiendas, era mi protector. En Caracolí fuimos detenidos algún tiempo. Había noticias de que en Nare, más

abajo, en territorio de Antioquia, los conservadores se hallaban atrincherados, con cadenas en el río, para obstruir la navegación. Al fin, atrincherados también abordo con sacos de arena e impuestos de que salía de Barranquilla otro vapor para forzar el paso, el Capitán y el Jefe resolvieron bajar.

Era de madrugada cuando las cornetas nos despertaron con sus sonidos de bronce. Salté de mi cama y salí del camarote, echándome en seguida sobre un rifle del armero. En balde el coronel Serrano se opuso a que me expusiera a la muerte. Cuando el vapor se enfrentó a Nare comenzamos a disparar, encondidos detrás de los sacos de arena. El paso fué forzado, derrotado el adversario, y Serrano, en su parte de guerra a Bogotá, me nombró con honor.

Cuando el doctor Gil Colunje recibió la noticia, se fue a casa de mi padre y le dijo: «Lea esto, Demetrio, y vea que LO QUE ES DEL AGUA, EL AGUA SE LO LLEVA.» Y dándole el parte del combate, le señalaba con un dedo mi nombre entre los que se habían distinguido en él.

CÓMO
CONOCÍ
A
RENÁN.



U llegué a París, que tiene la atracción de todo lo bello, de todo lo grande. Iba a perfeccionar mis estudios de Derecho y llevaba en mi mente todo un mundo de ideas que anhelaba realizar. Tuve algunos amigos, entre ellos, a Pedro Carlos Manrique, mi condiscípulo en Bogotá cuando estudiábamos en la Universidad Nacional. Manrique era el tipo del hombre verdaderamente inteligente y de iniciativas soberbias. Sabía de todo un poco. En Bogotá había estudiado prestidigitación. Tenía en esto una habilidad única. Lo mismo escamoteaba un pañuelo, un cortaplumas, cualquier objeto, como hacía aparecer en una caja un huevo u otra cosa que no había metido, o mejor, que no lo habían visto meter en ella. En París perfeccionó sus habilidades con un maestro de fama mundial como prestidigitador, Boudin, a quien pagaba sus lecciones. Con Manrique se pasaba el tiempo de lo más feliz y era por todo esto por lo que en nuestros ratos de descanso lo buscábamos siempre. A su lado las horas pasaban vertiginosamente. Jamás estaba triste ni se intimidaba ante nada. Salvaba los obstáculos con una facilidad asombrosa. La palabra IMPOSIBLE no existía para este grande y noble amigo a quien no he podido olvidar nunca. Al

llegar yo a París, me recibió con los brazos abiertos. Me llevó a todas partes: al Barrio Latino, al Bosque de Bologna, al Louvre, al Barrio de San Antonio. Era mi compañero inseparable. Conocía París y las costumbres de París como cualquier parisiense. Estaba encantado de París, todo luz, perfume, amor, foco donde arde perennemente el fuego de la civilización y en donde la libertad es un sol que alumbraba el Universo.

En una mañana agradable, un día de tantos, llegué, en calidad de visitante, a la casa de mi noble amigo. Como siempre, me recibió con las más vivas demostraciones de cariño. ¿Dónde vamos hoy?, le dije. Meditó un instante. «Al Colegio de Francia», exclamó. Vamos a presenciar algo maravilloso. Hoy se celebra una hermosa fiesta en ese gran templo del saber, y es Renán, el inmortal Renán, quien pronunciará un discurso. Mas, hay un inconveniente, dijo, después de pensar un momento; no tenemos tarjeta de entrada... Con todo y esto no hay que temer. Entraremos de todos modos. La fiesta comienza a las diez y son apenas las nueve. Tenemos tiempo...

Seguidamente nos dirigimos rumbo al lugar en donde estaba situado el colegio. Nos detuvimos cerca de las verjas. Comenzaban a llegar los invitados. El desfile era interminable. Todos presentaban sus tarjetas al ujier, quien se hallaba de pie en la puerta principal. Manrique meditaba. ¿Cómo quedarnos sin oír a Renán, al inmortal Renán? De pronto tuvo una idea. Pásate, me dijo, a la extremidad de la verja y aguardame un momento allí. Por su parte, él se acercó a la puerta de entrada colocándose muy cerca del ujier. Yo, que sabía de sus habilidades en el arte de escamoteos, me dije: ¿qué irá a hacer para conseguir la tarjeta? Aquello fue una exhalación. Cuando uno de los individuos entregaba su tarjeta al ujier,—yo no sé cómo hizo Manrique,—pero ésta fue a dar a sus manos. Entrando entonces y yéndose a la extremidad de la verja donde estaba yo por fuera, me alargó por entre los barrotes la tarjeta de entrada, y me dijo: «Ahora entra tú.» Yo quedé sorprendido ante aquella maniobra de lo más ingeniosa que nos permitía entrar y oír a Renán, al inmortal Renán. Y entré también y ambos llegamos al zaguán y subimos la escalera. La concurrencia adentro era enorme. Los hombres de ciencia, los Ministros, las damas más distinguidas, todo el París que piensa y siente estaba presente en aquel salón donde Renán,—por aquel entonces

además de profesor de hebreo, era el Rector del Colegio de Francia,—había ocupado la tribuna convirtiéndose en blanco de todas las miradas. Había sido escogido para pronunciar el discurso en conmemoración de Michelet, Mickewieks y Quinet, los tres grandes profesores de historia del colegio, cuyas obras habían traspasado los umbrales de la inmortalidad.

Quedaba este glorioso templo del saber humano al Este de la Sorbona, en la calle de los colegios. Fue fundado en el año 1530 por Francisco I y luego reconstruido por Chalgrin en 1610 y ensanchado en 1831 a 1837. Antes, mucho antes, no era sino un simple colegio, llamado colegio de las tres lenguas (latín, griego y hebreo); pero en la actualidad cuenta con cuarenta y dos cátedras y el programa comprende todo el dominio de la ciencia, como lo indica la inscripción que tiene en la puerta principal: «DOCET OMNIA». Los cursos obligatorios y gratuitos son frecuentados por eruditos amigos del estudio, de los dos sexos. Este colegio no depende de la Universidad de París, sino directamente del Ministerio de Instrucción Pública.

Delante de la fachada y al lado de la calle de las estatuas, está la de Claudio Bernard, el fisiólogo, tallada en bronce, obra maestra del artista Guillaume. En el cuadro del jardín está la del Dante, también en bronce, y el monumento de Marcelin Berthelot, el químico, monumento colosal llevado a cabo por R. de Saint Marceaux. En el fondo del patio dos estatuas de mármol: la de Guillaume Budé, el sabio helenista, al cual es debida en parte la fundación del colegio, así como la de Champollion, el sabio egiptólogo, ambas estatuas obras maestras de Bartholdi. En el vestíbulo, a la derecha del patio, está el grupo de Margarita de Navarra, dictando a su hermano Francisco I el acta de fundación del colegio... Muy cerca está el Panteón, cuya inscripción en el frontispicio excita el patriotismo de los que la leen: «A LOS GRANDES HOMBRES, LA PATRIA RECONOCIDA». Allí está, el primero en traspasar sus umbrales, el gran Mirabeau, muerto el año de 1791 y a poco en el mismo año Voltaire. Está, además, Víctor Hugo y muchos más.

Renán, el inmortal Renán, fue nombrado profesor de lengua hebrea del Colegio de Francia en el año de 1870. Y era a este sabio (quien murió en 1892, en el departamento que ocupaba en el colegio), a quien todo el París que piensa y siente, iba en aquella espléndida mañana del año de 1884, a escu-

char, a oír de sus labios la palabra fácil y convincente. Renán, en aquellos momentos en que fluían de sus labios los torrentes de luz de su poderoso cerebro, recibía por los mágicos hilos cablegráficos el homenaje de admiración que le rendían de Alemania, España, Italia y de todas las naciones civilizadas del orbe. Manrique y yo, atraídos por la fama del excelso maestro, habíamos tenido que escamotear la tarjeta de entrada, sin la cual no hubiéramos tenido jamás la dicha de escucharlo...

LAS MENTIRAS
CONVENCIONA-
LES DE
NUESTRA
CIVILIZACIÓN EN
EL COMERCIO



ENTRE los condiscípulos que tuve en la Universidad Nacional de Bogotá, figura en primera línea Roberto Ancizar, hijo de don Manuel Ancizar, profesor que había sido de la misma Universidad Nacional y del Colegio del Rosario. Tuve también a Diego Mendoza, José Camacho, a Antonio José Restrepo, a Rafael Uribe Uribe, Carlos Calderón Reyes, José María Pinto, Isaías Cuartas, Nicolás Pinzón W., Nicolás J. Casas, Pedro Carlos Manrique y otros muchos que fueron, como éstos y como Ancizar, antorchas de ese gran centro educativo y amigos míos muy queridos. De todos, parece que el único que vive aún es Antonio José Restrepo, escritor singular, filósofo, orador insigne y poeta. Es de él de quien recuerdo un incidente extraordinario que tuvo lugar en la clase de Economía Política con el incomparable profesor don Santiago Pérez, quien quiso un día ponerle a prueba, por haberlo visto frecuentemente, al pasar por el atrio de la Catedral, cuando iba a dar clase, en la cantina que existió allí al lado de la capilla de esa gran iglesia.

Nos tocaba de lección el capítulo sobre *la producción*, y don Santiago se dirigió a Restrepo, preguntándole cuántos y cuáles eran los factores de toda

producción, y nosotros, que sabíamos que Restrepo no había estudiado la lección, nos impresionamos. ¿Qué irá a decir?, nos preguntábamos en secreto. Restrepo no se inmutó siquiera. Desdobló las piernas que tenía dobladas y volvió a cruzarlas, y afirmándose en su puesto, comenzó a hablar de la NATURALEZA, que es uno de esos factores, de un modo tan brillante, que notamos en el semblante de don Santiago pintado el asombro que le causaba oírlo... Y siguió hablando, como por espacio de un cuarto de hora, describiendo la naturaleza y pintándola con todos los colores y en forma que sólo ese antioqueño asombroso podía hacerlo; y seguía hablando más y más, hasta que don Santiago lo atajó, diciéndole: «Es su improvisación tan admirable y sorprendente, que por todo ello le perdono que no me diga nada de los otros factores.» Nosotros, sus compañeros de clase, no nos pudimos contener y lo aplaudimos con todo cariño y con todas nuestras fuerzas.

Otro de los condiscípulos era Isaías Cuartas, aquel por el cual se podía MEDIR la Universidad Nacional, según don Juanario Salgar. Otro, Diego Mendoza, sobrino de don Felipe y don Santiago, inteligente, juicioso y modesto. El otro, Nicolás Pinzón W., escritor brillante también y caballero. El otro, Carlos Calderón, notabilísimo, igualmente. Uribe Uribe, Nicolás Casas, Ancizar, Camacho, y ¿quién no? ¿Quién no era estudiante de primera? Como los profesores, la época era de talentos; los profesores, los alumnos... No había a quien descalificar.

Los profesores formaban el grupo más brillante que nunca antes existió en Colombia y probablemente nunca después: José María Rojas Garrido, Ezequiel Rojas, Santiago Pérez, Gil Colunje, Ramón Gómez, Juan Manuel Rudas, Teodoro Valenzuela, Juanario Salgar, Nicolás Uricoechea, Aníbal Galindo... y otros y otros...

Cada clase era una cátedra que los alumnos de otras clases deseaban escuchar siempre. Cuando Ramón Gómez hablaba en la clase de Legislación Civil y Penal sobre la disolubilidad del matrimonio, su palabra salía por la ventana a la calle de la Carrera y la gente que pasaba se iba agolpando debajo para oírlo. Y se formaba un gran grupo, y dentro de los claustros la puerta de la clase se abría y venían a ella estudiantes y más estudiantes que se iban empujando hasta encontrarse adentro. Cuando hablaba José María Rojas Garrido sobre la *sensibilidad* y el *juicio* o sobre cualquiera otro tema, era lo mismo,

y lo mismo cuando hablaba de la *Historia de los Cruzados* o sobre la *Revolución Francesa*, don Teodoro Valenzuela; o cuando hablaban Rudas o Salgar. ¡Qué tiempos tan extraordinarios! Bogotá mereció entonces que se le llamara la ATENAS de AMÉRICA; y realmente, qué hombres aquellos, apenas comparables en las artes de la paz o de la guerra, con los que tuvo la famosa República de Pericles, que contó entre sus hombres a Demóstenes, a Fidias, a Pericles, a Homero, a Tucídides, a Epaminondas, a Temístocles, a Eurípides y a Milciades. Para hablar de ellos necesitaría escribir muchos libros y esto no es posible, ni mi objeto ahora ha sido el de hablar sino de un rasgo del carácter de don Manuel Ancizar, el padre de mi querido amigo Roberto.

Nos amábamos vivamente este amigo y yo, y cuando murió su padre don Manuel, sufrí al igual de su hijo y como si yo lo hubiera sido también. Estaba tendido en el salón de su casa y yo me paseaba con el más querido de sus cuñados, don Manuel Samper, que sentía hondamente su desaparición. Don Manuel, que tenía cierto cariño por mí, me contaba de su cuñado don Manuel Ancizar muchos de sus bellos rasgos de carácter. El que de ellos me impresionó más, fué el de la asociación en el comercio de ese gran ciudadano con todos sus cuñados, con don Manuel, don Miguel, don Antonio y demás. Estos señores todos eran comerciantes educados y prácticos más o menos establecidos, y un día resolvieron asociarse y asociar a ellos al eminente cuñado que tuvieron, don Manuel Ancizar. Este resistió un poco, por no conocer el comercio, pero consintió al fin que tomaran su nombre, casado como estaba con una hermana de ellos. Le prometieron que no le exigirían sino su consejo en asuntos legales y contenciosos y él se avino a hacerlo. Iba diariamente al Almacén que estaba establecido en la primera calle *Florián* y después de saludar a los que de ellos estuvieran allí y a sus empleados, tomaba una silla y se sentaba a ver venir la gente a comprar y a presenciar algunas compras. Llegó uno de esos días una gran dama de la *crème* de la sociedad y preguntó por sombreros de señoras; uno de sus cuñados, el mismo don Manuel, se levantó a atenderla, diciéndole que precisamente acababan de llegar unos cuantos de París, de la última moda. Y don Manuel subió por una escalera y alcanzó de la última tablilla del armario una caja de cartón vieja que él se empeñó en decir que estaba empolvada

y la envolvió en un papel, después de quitarle la tapa para sacar los sombreros.

Vea usted, mi señora, dijo, son de la última moda; están recién llegaditos. Mire usted este de la cinta rosada, y vea este otro de la cinta azul. Son los que usan las grandes damas de la aristocracia de París...

Y hacía dos años que los habían recibido. Dos años y eran de la última moda!

Don Manuel Ancizar sabía todo eso; pero guardaba silencio, mordiéndose los labios a cada nueva mentira convencional de su tocayo y cuñado.

¡De la última moda! ¡Y están recién llegaditos! ¡Han hecho bulla en todo París! ¡De los que nos llegaron fueron como arrebatados unos seis! Ya no nos quedan sino estos cuatro. Cómprelos, señora, y destine dos para su señorita hermana, y le metió a la gran dama los cuatro sombreros viejos que hacía dos años le habían mandado de muestra de París.

¡De la última moda!

¡Recién llegaditos!

Don Manuel Ancizar se retiró del Almacén, despidiéndose de sus cuñados presentes y de los empleados y con una inclinación de cabeza para la dama que compraba los sombreros. Al día siguiente invitó a sus cuñados al Almacén y cuando los tuvo a todos les dejó por escrito su renuncia de la sociedad mercantil, diciéndoles que no podía continuar haciendo parte de una sociedad comercial que hacía uso de la mentira para vender sus mercancías, y, además de la mentira, del engaño.

ABOGADO
ASISTENTE
DEL
CANAL
FRANCÉS

(UN CONTRATO
QUE EQUIVALÍA
A UN MILLÓN.)



Como todos saben, al recibir en el año de 1881 el grado de doctor en Jurisprudencia en la Universidad Nacional, me tocó en suerte ser uno de los escogidos por el doctor Zaldúa, Presidente de la República, para ir a perfeccionar los estudios a Europa, y para ello se me nombró Cónsul en Bruselas, Bélgica, distinción que no he podido olvidar nunca, ya que el noble gesto de tan ilustre mandatario venía a constituir un estímulo en aquellos momentos en que entraba de lleno a la vida ciudadana.

Partí para Europa, llevando mil proyectos en la mente, pues quería corresponder de manera digna al honor de que había sido objeto y poder más tarde servir a mi país, pagándole así, en parte, la deuda inmensa, que nunca se puede cancelar totalmente, de habernos educado, haciéndonos aptos para confrontar airoosamente cualquiera circunstancia de la vida en lo futuro.

Desgraciadamente la muerte del doctor Zaldúa malogró en mucho mis proyectos. Extinguido para siempre aquel ilustre mandatario, volvió a reaccionar el Nuñismo, un tanto decaído con la ascensión del doctor Zaldúa al poder, y yo perdí mi puesto de Cónsul por la aversión al llamado radicalismo de mi juventud. ¡Triste política de quita y

pone, de aquel tiempo, que causó en mi alma juvenil la más honda impresión!

Me fui de Bruselas a París, encontrándome en aquella gran ciudad con el doctor Gil Colunje, viejo amigo de mi padre y mío, y a quien en gran parte debo mi decidida filiación al liberalismo, como ya lo he relatado anteriormente en otro capítulo. Desempeñaba el doctor Colunje el importante cargo de Agente Fiscal de la República, en trato con la Compañía del Canal para arreglar con ésta una segunda prórroga para la construcción de esa colosal obra. Colunje era de los que creían que debía dársele a la Compañía francesa cuantas largas quisiera, para que fuera el genio francés quien lo realizara y fuera la influencia francesa la que se sintiera en el país; aspiraciones que no pudieron realizarse por razones que no son del caso enumerar, ya que todos las conocen.

Mi idea era quedarme en París y cuando el doctor Colunje supo que la casa comercial de don Rodolfo Samper quería emplearme en su oficina, me mandó a llamar y me dijo: «Usted le pertenece a su país. Para eso ha estudiado. Váyase para Panamá y trabaje allí.» Yo le hice conocer lo precario de mi situación, y él me dijo: «No tenga cuidado por eso; venga a verme mañana a la Calle Caumartin No. tal, donde lo presentaré y recomendaré al conde de Lesseps.»

Así lo hizo, y el conde me dió una carta de recomendación para el director Dingler. Era de tal naturaleza aquella recomendación, que después, cuando ya estuve empleado, comprendí su valor... Era esto en 1884. Salí de París con mi carta de recomendación y ya en Panamá fué mi primer cuidado dirigirme a la dirección de la Compañía del Canal para entregarla. La carta estaba abierta y por segunda o tercera vez volví a leerla, cuando el portero, por orden del señor Dingler me hacía aguardar sentado en una silla en la antesala que precedía al cuarto escritorio del director. El Conde de Lesseps le decía de su puño y letra al señor Dingler: «El portador de ésta, doctor Porras, es muy distinguido joven y deseo que usted haga por él TODO LO QUE SEA POSIBLE HACER.» Yo era muy joven y muy sin experiencia para aprovecharme de esa recomendación. Después de tres o cuatro viajes que el malhumorado señor Dingler me hizo hacer al edificio del Canal (reconstruido por mí, siendo Presidente, para correos y telégrafos), me recibió al fin. Se quedó

un poco sorprendido con la lectura de la carta y alzando los ojos hacia mí, por primera vez, me preguntó: «¿Qué quiere usted? (Amigos que supieron el caso me dijeron en ese tiempo, que yo debí revelar mi deseo de poseer un millón de francos. La época era de ganar millones con alguna recomendación o con habilidades. Cuando después de ello fui abogado asistente del Canal, lo vi así con meridiana claridad.)

Yo le contesté a Dingler: «Señor Dingler; haga usted lo que pueda hacer.» Entonces me preguntó: «¿Quiere usted un contrato de excavaciones?» (El contrato de excavación que me ofrecía era el millón...) Yo le contesté: «Yo no soy ingeniero, yo no entiendo de excavaciones.» Sorprendido, el señor Dingler me miró en forma admirativa, como diciéndome: «¡Qué cándido!»

Precisamente los que no son ingenieros y no entienden de excavaciones son los que más contratos han tenido. Reconozco que la fortuna es calva, a la verdad, y que aquella ocasión se me fué, como se han ido otras muchas en las cuales pude hacer gran fortuna. Estoy, sin embargo, consolado de mi candidez que me ha dado tranquilidad...

Dingler me preguntó de nuevo: «¿Es usted médico?»

No, señor, soy abogado. «¡Ah!», concluyó, como diciendo también: «Acabáramos, si el mozo es un hombre de Ley»...

La recomendación del conde de Lesseps, por petición de Colunje, me valió que me nombraran abogado asistente del Canal. Hoy, aunque sin el millón, tengo—repito—la tranquilidad de mi conciencia.

OTRO
TORO...



LA costumbre nos viene de España, de la Madre España, que nos trajo su civilización, su cultura, su religión y su idioma; que nos mandó a un Colón sobre el lomo impetuoso de los mares, a un Balboa y a tantos otros conquistadores; que nos legó también sus errores y sus vicios, sus fanatismos y sus intolerancias, sus corridas de toros y mil cosas más que están en el alma de la raza...

Me encontraba yo en Centro América. Llegué a Guatemala, en donde se encontraba el general Rafael Uribe Uribe, aquel cerebro inmenso que un día, a pleno sol y en las gradas del Capitolio Nacional de Bogotá, rodó roto en mil pedazos por el hacha afilada de dos vulgares asesinos... Como yo le había anunciado mi viaje, fue a la estación a recibirme y a llevarme a un hotel, en donde vivía él también, el Hotel España. Lejos de la Patria, en misión especial de su partido, no tenía un momento de descanso. Me confió todo. Me habló de sus proyectos reivindicadores, de sus afanes por conseguir los elementos necesarios con qué marchar a Colombia y salvarla de los poderosos tentáculos de los «regeneradores» que la asfixiaban lentamente... ¡Pobre amigo! Todos sus esfuerzos, sus sacrificios todos,

fueron vanos! No tuvo la suerte de conseguir la realización de sus supremos ideales, y cuando había abandonado los campos de batalla y luchaba en el parlamento y en la tribuna, él, a quien habían respetado las balas enemigas en numerosos combates, derrumbado fue como un viejo roble en la montaña, rodando con él las esperanzas todas de su gran partido, ya que el liberalismo colombiano sucumbió con él.

Como la estación del ferrocarril estaba al lado de la plaza de toros, él me dijo: «En esta plaza hay corridas todos los domingos y el próximo te voy a traer a aquí.» Así lo hizo, tomando un palco para los dos y para dos paisanos suyos, antioqueños. Me encontraba en el hotel cuando llegó el general Uribe acompañado de sus amigos... Vamos—dijo—a la corrida de toros de que te hablé cuando llegaste. Hay que poner un paréntesis a tantos afanes. Hoy es un día especial y debemos divertirnos. Con tal fin he alquilado para nosotros un palco (balcón especial) en la plaza. Acepté tan amable invitación y nos dirigimos al lugar indicado. Llegamos. La multitud era inmensa. La gran mayoría de los palcos estaban ocupados por bellas y elegantes mujeres, luciendo riquísimos mantones de Manila, resplandecientes las pupilas y en los semblantes retratada la emoción de los grandes acontecimientos. Las bandas de música dejaban escuchar aires marciales. Ocupamos nuestro palco, contagiados de aquella alegría de la multitud. Pocos instantes después salió al redondel el primer toro de la tarde. Era un hermoso y valiente animal. Los picadores y capeadores hicieron con él mil hazañas y los atronadores aplausos llenaban el espacio... Luego otro, otro y otro toro... Todos como el primero, nobles y dignos de sus valientes contendores... Pero, como siempre sucede, rato después salió uno que no llenaba las aspiraciones de su señor el público. Desde el primer momento se dejó conocer... Era, como dicen, «MATRERO»; nunca daba el frente y parecía como si estudiara el momento propicio para lanzarse sobre los hombres que le tendían la capa. El público no pudo soportar más. No eran aplausos, sino gritos de formal protesta los que ahora llenaban el espacio. Agitaban los bastones al aire, mientras con los tacones daban sobre los pisos de tabla gritando a una sola voz:

¡OTRO TORO! ¡OTRO TORO! ¡OTRO TORO!

NO SEAS
BRUTO!
ESE HOMBRE ES
COMO DIOS, QUE
SABE HACER
HASTA RÍOS.



EN el año de 1887, a mi regreso de Europa, después de haber perfeccionado mis estudios de derecho en la Universidad de Bruselas (Bélgica), en donde, además, desempeñaba el cargo de Cónsul de Colombia en virtud de honrosa distinción de que fuí objeto por parte del Presidente Zaldúa, una vez recibí el grado en la Universidad Nacional de Bogotá, me fui a Las Tablas, con el fin de pasar unos días al lado de mi abuelita, aquella santa mujer que infiltró en mi espíritu sanos y puros sentimientos; que me enseñó a amar como también a perdonar las ofensas... Y fué allí, bajo el hogar bendito de otros días, en medio de la naturaleza exuberante, en donde los árboles se empinan orgullosos hacia el cielo y murmura la fuente sus canciones, donde resolví descansar algún tiempo antes de dedicarme al ejercicio de mi profesión. El pueblo me recibió con los brazos abiertos, ya que era el primer hijo del lugar que llegaba de tierras lejanas, que apenas habían oído nombrar y que para muchos guardaban secretos y maravillas que debía yo revelarles...

Pasaron los días. La noticia de mi llegada al pueblo y de que venía con el diploma de abogado, se esparció rápidamente.

te. Y fueron llegando de todas partes muchísimos amigos. Algunos, los más, en solicitud de mis servicios profesionales, otros a saludarme y a escuchar de mis labios los secretos de las lejanas tierras...

En uno de esos días me anunciaron la visita de tres jóvenes que deseaban verme. Salí a recibirlos. Las tres eran hermosas, hijas de José María Barrios, hijo de un español, establecido en las afueras del pueblo, en donde tenía varias haciendas y en ellas numerosas cabezas de ganado vacuno y caballar. Barrios, como casi todos los hijos del campo, no recurría a los Bancos (no había entonces uno solo) para depositar sus dineros; para él el mejor Banco era la madre tierra... Y había enterrado el producto de sus numerosos negocios. Ni las mismas hijas sabían el lugar de sus depósitos. Desconfiaba de todos... Así me lo dijeron ellas, que venían a que me encargara del arreglo de la sucesión, pues el padre, José María Barrios, había muerto y querían que fuera yo quien les arreglara el asunto. Acepté con mucho gusto y seguidamente me dediqué a solucionarlo de la mejor manera. Entonces, como ahora, los juzgados se encontraban en la cabecera de la Provincia, en la ciudad de Los Santos, y allá tenía que ir con frecuencia con motivo del negocio referido. Mientras tanto, las tres hermanas iban con regularidad, casi todos los días, a la casa de mi abuelita, y allí se entretenían en busca de noticias acerca de la marcha del asunto pendiente. Al fin todo se arregló satisfactoriamente. Después de esto las tres hermanas no volvieron a verme. Hasta que un día resolví ir hasta la hacienda de ellas. Al verme se sorprendieron mucho. Cuando les manifesté el objeto de mi visita, la hermana mayor se puso muy triste y dejó ver algunas lágrimas. Yo les había cobrado mil pesos plata por mis servicios. «Si supieras, Belisario, me dijeron, que nuestro padre murió sin podernos decir nada del dinero! La muerte lo sorprendió sin darle tiempo para revelarnos el lugar en donde lo había enterrado, y aquí nos tienes sin un sólo centavo en efectivo. Si tú quieres te pagamos en vaquitas...»

Yo acepté y me entregaron las vaquitas, como ellas decían, cuyo número ascendió a unas cien. Ante el problema de conservarlas, tuve que alquilar un potrero, pero como ello me saldría muy enojoso, pensé en comprar un terreno. Me dediqué a conseguirlo y después de mucho bregar dí al fin con uno

muy bello. Era una llanura con tres hermosas colinas, bordeadas de verdes bosquecillos. Sin embargo, tenía un inconveniente y era que estaba dividida por una enorme zanja. Pero con todo eso, lo compré y comencé los trabajos, después de haber llevado allí las vaquitas...

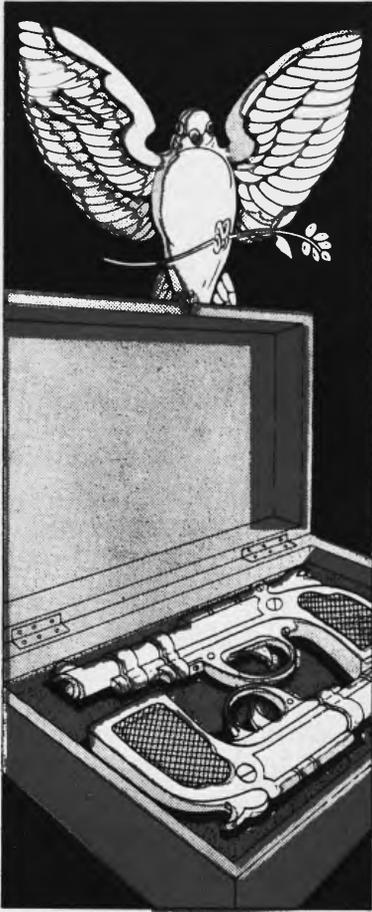
Un día se presentó el mayoral a decirme que once de ellas se habían atascado en los lodazales que formaba la zanja cuando llovía, y habían muerto. Que allí estaban los cueros, lo único que podía aprovechar.

Esto me desazonó no poco y me hizo pensar mucho. Como yo había estudiado algunas obras sobre explotación de bosques y me había dado cuenta del valor de los árboles, de su gran semejanza con el hombre, de que tenían vida, respiraban y absorbían la humedad y el oxígeno del aire, bien podían prestar grandes servicios, y resolví sembrar árboles en el potrero, en las dos orillas de la larga zanja y así lo hice.

Compré cinco mil árboles, entre ellos, higuerones, higuitos, arinillos, espavés... y los fui colocando en las orillas de la malhadada zanja dentro del potrero. Pasó el tiempo. Yo había regresado a Panamá y estaba entretenido en el ejercicio de mi profesión de abogado. A los tres años, cuando regresé a la finca, quedé asombrado de ver el enorme crecimiento de los árboles sembrados y de sus frondas, y, más aún, de lo que era la zanja, que se había convertido en un riachuelo... Los árboles habían hecho el milagro...

En esos mismos días me contaron que dos individuos habían tenido una discusión motivada por mí. Uno era de Cocabolas y el otro de Tablas Abajo. El uno decía en mi contra lo que había oído decir a mis enemigos del pueblo, y fué entonces cuando el otro que estaba a mi favor le gritó airado: ¡No SEAS BRUTO! ESE HOMBRE ES COMO DIOS, QUE SABE HACER HASTA RÍOS...»

**MI PADRE
Y SU
ÚNICO DUELO**



Fué allá por los años de 1854 a 1856. California, en la parte Oeste de los Estados Unidos, era el centro de todas las miradas. Avidas de oro acudían hacia ella enormes caravanas de todas direcciones, en lucha abierta con la naturaleza, que les presentaba mil inconvenientes en su peregrinación hacia la meta de sus ambiciones. De pronto, fijaron sus ojos en una vía más apropiada, menos dificultosa para llegar al fin deseado por aquellos hombres que corrían desesperados tras el rico filón de oro. ¡Al Istmo de Panamá! Gritaron, y poco tiempo después nuestro suelo se sintió crujir bajo las pisadas de los nuevos hombres que atravesaban sus montañas como una avalancha avasalladora... Fué como un despertar a nueva vida, después de un largo sueño. Hombres de todas las razas cruzaron por esta garganta de tierra, dejando a su regreso de California, a donde iban, el oro codiciado, pero también sus vicios y costumbres, hasta entonces ignorados por los ingenuos nativos. La ambición fué poco a poco mostrando rubicundo y agitado semblante y tocó el corazón de los que mucho antes no habían conocido su pujante aguijón. Y Panamá, la ciudad tranquila hasta entonces, adormecida por el arru-

llo de sus dos grandes mares, llamó la atención del mundo entero y siempre generosa abrió sus brazos y acogió cariñosa a los que llegaron hasta ella, derramando por sus calles, antes desiertas, el oro fácilmente conseguido. Su fama se hizo continental. Ante aquella afluencia de gentes de todas partes se levantaron edificios para nuevos hoteles y todo mundo se apresaba para la lucha en beneficio propio. Y llegaban y llegaban cada día nuevas gentes... La caravana era interminable. Buenos y malos, negros y blancos todos se confundían en aquel maremágnum humano... Todavía hay ancianos que recuerdan los tiempos de la vieja CALIFORNIA. Tiempos de abundancia, de crímenes y de vicios.

Llegaban y llegaban... Entre ellos llegaban también hombres de virtudes a toda prueba, que venían a dejarnos algo bueno. Bartolomé Calvo, Noguera, Joaquín Vélez, Recuero, Rafael Núñez, Demetrio Porras, que fué mi padre, y muchos más que no recuerdo. Todos venían a colaborar con los buenos, a implantar la justicia y rendir culto al trabajo honrado, en medio del desorden imperante.

Por aquel entonces gobernaba en el Istmo, que hacía parte de Colombia, el Partido Conservador, a cuya cabeza estaba el primero de los nombrados, doctor Bartolomé Calvo, quien llegó a ser algún tiempo después Presidente del Estado, como lo fué también Núñez. Mi padre, del propio modo conservador, influyó mucho en la elección de Calvo, su amigo, y éste se lo reconoció, escogiéndolo como uno de sus colaboradores, como Gobernador de la Provincia de Azuero, ocupando después otros puestos de importancia, que le dieron a conocer como hombre probo y de recomendables virtudes cívicas. Al principio mi padre ejerció su profesión de abogado, y como en aquella misma época se comenzaron también los trabajos del ferrocarril, tuvo ocasión de prestar a la Compañía de éste, importantes servicios que acrecentaron su fama de abogado. El doctor Gil Colunje, aunque liberal, era uno de sus mejores amigos. Tal vez esa amistad se debió a que mi padre no era conservador fanático o a que Colunje no era un liberal exagerado, o a ambas causas a la vez.

Los hombres de ese tiempo eran más tolerantes que hoy, cuando en Panamá ocurre frecuentemente que un enemigo político se convierte en enemigo personal.

Un ejemplo de esa amistad es el siguiente episodio, motivado por un duelo, el único que tuvo mi padre, y que muestra claramente el temple de su carácter. Como ya he dicho, al principio ejerció su profesión de abogado en Panamá, y, entre otros, representó los intereses del abuelo de mi amigo don Ramón Arias F., que era, igualmente, un gran amigo de él. El adversario era un estimable sujeto de la capital, aficionado al foro, pero sin título ninguno de abogado y sin verdaderos conocimientos de la ley. Perdió este último un pleito importante, y caliente, como se calientan siempre en nuestras aldeas los abogados, se dió a escribir, no en favor de sus derechos sino en contra de mi padre, que era el abogado de la parte contraria. No pudiendo, sin embargo, llamarlo pícaro porque era bien conocida su honradez acrisolada, se dió a la tarea de excitar las pasiones locales, llamándolo cartagenero y advenedizo (mi padre era oriundo de Cartagena) y a ridiculizarlo, calificándolo de bebedor de agua de aljibe, etc., etc. Mi padre no tenía higados para pelear, y tampoco tenía insultos que inferir; pero acosado con las nuevas publicaciones de aquél, y cayendo en cuenta de que su adversario era un ÑATO rematado, sin narices, escribió algunas líneas en las cuales terminaba llamándole *desnarigado*. Se produjo así: «El señor X dice de mí que soy cartagenero y esto es cierto; que soy un advenedizo, lo cual no es verdad, porque vivo de mi profesión con título adquirido en mi patria; que bebo agua de aljibe, lo que en la actualidad tampoco es verdad, como no lo es que sufra de alguna enfermedad. En cambio, yo tengo que decirle al señor X tan sólo esto: que él es un triste DESNARIGADO y el público dirá si esto es cierto o no. El público puede ahora juzgarnos a ambos.»

Esa publicación causó una explosión de risas y carcajadas en el público, y el pobre X, que era un hombre susceptible, tal vez a causa precisamente de su NARIZ, no podía ya salir a ninguna parte sin que anduviera corrido, viendo los rostros sonrientes de los que le miraban, y creyendo a cada paso que le miraban la «ñata».

El ridículo en que quedó lo indujo a desafiar a mi padre, quien se vió obligado a aceptar, valiéndose de sus mejores amigos, Gil Colunje y Bartolomé Calvo, para que lo representaran. Cuando éstos fueron a comunicarle las condiciones del duelo, *dos tiros a treinta pasos avanzando*, en el *cementerio*

y a las *ocho* de la *mañana*, mi padre comenzó a temblar... Colunje se exaltó un poco y le dijo:

—Hombre, Demetrio, no está bien esto de usted. Si usted se siente flaquear ha debido decírnoslo cuando nos instruyó para arreglar el lance. Don Bartolomé y yo lo habríamos arreglado todo a satisfacción.

—Es cierto, replicó mi padre, tengo miedo, pero esto no prueba que no me batiré. A mí me parece que el asunto es de voluntad y yo la tengo decidida y resuelta.

Colunje era un hombre valeroso y digno, pero esa vez, sin duda, no apreció el alcance de las expresiones de mi padre, y, casi hiriendo su dignidad, le dijo:

—Yo no creo que en estas condiciones usted se pueda batir. La sola noticia de las condiciones del lance lo ha conmovido. ¿Qué va a suceder en el campo?

—Yo me he comprometido con ustedes—replicó mi padre—a batirme, no a no tener miedo. Si me tiembla la mano amárrenme la, y si me tiemblan las piernas amárrenme a un árbol.

A la hora citada, adversarios y padrinos concurren puntualmente al cementerio, y cuando mi padre probablemente volvía a sentirse flaquear, su enemigo le dió satisfacciones, y entonces, ya amigos, regresaron a la ciudad alegres todos de haber evitado una desgracia.

LA
BIBLIOTECA
POPULAR



UNA de las tantas revoluciones que con frecuencia extraordinaria se sucedían en Colombia, me sorprendió en Bogotá empeñado en mis estudios universitarios. Estaba en el poder el Partido Liberal, y yo, que desde niño me había afiliado a aquel partido, no tuve inconveniente en cambiar mi uniforme de estudiante por el del soldado, mis libros por el fusil y correr así, ligeramente transformado, al campo de batalla a defender la doctrina que querían echar por tierra los fariseos del conservatismo de entonces.

Todos los estudiantes liberales formamos un batallón que los conservadores llamaron ALCANFOR, y Bogotá nos vió marchar por sus calles, el rifle al hombro y en alto la bandera, bajo cuyos pliegues íbamos anhelantes de ganar gloria y laureles para nuestras frentes juveniles, y ofrendarlos luego ante el pedestal sagrado de la Patria.

Bogotá está asentada sobre las faldas de dos altos cerros, Monserrate y Guadalupe, y los godos, en sus provocaciones, se venían de Usaquén y de otros puntos hasta las alturas de esos cerros. Un día que vinieron hasta Guadalupe, recibimos órdenes de salirles al encuentro y marchamos, a paso redoblado, tambor batiente, por

la calle de la Carrera, cerca de la cual estaba nuestro cuartel, por la plaza de Bolívar, por la calle real, orillando la plaza de San Francisco, por el Camellón de las Nieves, y salimos a las faldas del Guadalupe, divididos en dos pelotones; comenzamos a subir, peleando. Cuando pasábamos oíamos voces que salían de algunas calles y callejones de: ¡ALCANFOR! ¡ALCANFOR!... ¡SE EVAPORARÁN! Y triunfamos. Pusimos a los godos en derrota y regresamos por las mismas calles... Volvimos con los laureles del triunfo y Bogotá nos recibió con los brazos abiertos, engalanada, embanderada y sonriente. La profecía de los enemigos no se cumplió, y nosotros, los estudiantes que formábamos ese batallón, immortalizamos su nombre de ALCANFOR, puesto por nuestros propios enemigos.

Mi padre, aunque conservador, no había tomado parte en aquella revuelta, y al saber que yo me había enrolado en las filas del Gobierno, temiendo por mi vida, se valió de las influencias de algunos amigos liberales, tales como el general Sergio Camargo, doctor Gil Colunje y otros, y fue a visitarme con ellos al cuartel para conseguir con los jefes mi baja. Al verme con la bayoneta colgando de mi cintura y el rifle al hombro (estaba de centinela), dejó entrever una sonrisa y balbuceó un elogio. Obtuvo que me reemplazara otro como centinela y, hablándome como padre, me hizo ver los inconvenientes de la guerra, mostrándomela con todos sus horrores y miserias. «Esta durará—agregó—uno o dos años. Durante ese tiempo que permanecerán cerrados los colegios, debes ir a visitar a tu abuelita, a tus tías y amigos y al mismo tiempo a descansar allá en tu pueblo, bañándote en las cristalinas aguas del Caratillo, corriendo a caballo en pelo por las llanuras, cuidando tus viejos amigos los árboles y, en fin, viviendo algún tiempo alejado de todas estas cosas de la ciudad tan engañosas a veces.»

Yo, que nunca pretendí contrariar a mi padre, acepté cuanto me dijo y, una vez obtenida la baja que me fue concedida por los jefes, aunque triste en el fondo, por aquello de dejar a mis compañeros de armas y colegio, sin alcanzar a comprender la suerte que les cabría, abandoné la capital y, después de un largo y penosísimo viaje, llegué a esta tierra de tan gratas recordaciones. A los pocos días de mi llegada me fui a Las Tablas. Todos me recibieron muy contentos. Todos querían verme y abrazarme. Todos me recordaban con gran

cariño y me hablaban de mi niñez, de mis juegos de infancia. Alguien me preguntó con gran empeño por mi amigo el doctor Colunje y se me vino a la memoria el sujeto a quien le había arrojado el trompo sobre el pecho en defensa de aquel hombre todo corazón, lo cual he referido en una de mis ANÉCDOTAS anteriores.

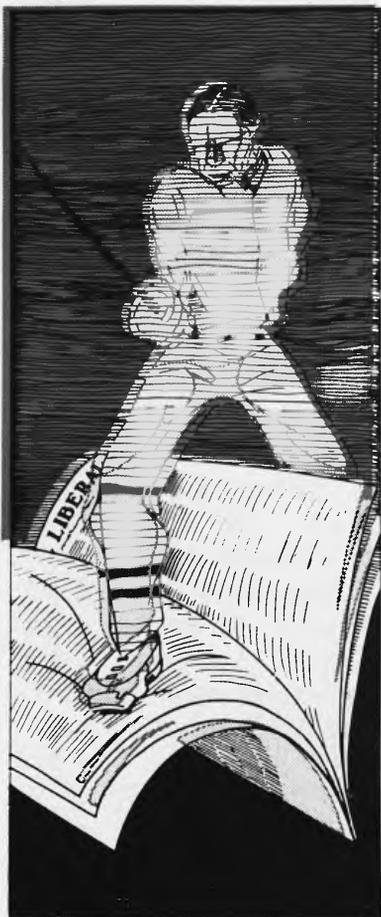
Poco tiempo después regresé a esta capital y fui nombrado Secretario en interinidad del Juzgado Primero del Circuito de Panamá. Desempeñé ese cargo por poco tiempo. El propietario de él era don Carlos A. Mendoza y volvió a ocuparlo. Entonces fui nombrado por el general Rafael Aizpuru, Presidente del Estado, BIBLIOTECARIO de la Biblioteca Popular.

Tal vez muchos recuerden aquella nuestra BIBLIOTECA POPULAR, donada por Lozada, un altruista ciudadano panameño' amante de la instrucción del pueblo, al cual brindaba así la fuente donde pudiera concurrir diariamente a apagar la sed del saber. Pero aquel noble gesto no fue comprendido y de ello pude yo darme cuenta, al hacerme cargo de mi puesto. Pasaban los días y nadie iba a leer. Yo, sólo yo, en medio de aquella soledad, leía y leía hasta cansarme.

Entonces resolví publicar algunos artículos invitando al público a concurrir a aquel centro, pintando con vivos colores lo que él significaba, ya que la lectura, como se dice con sobradísima razón, es el pan del espíritu, que los pueblos conscientes de su verdadero destino, no deben descuidar nunca.

Y fue así, sin desmayar un sólo instante en mi tesonera labor, como al fin se pudo conseguir que fueran concurriendo poco a poco, hasta el extremo de que para muchos se hacían ya indispensables sus visitas a nuestra biblioteca. Yo, más animado por el triunfo obtenido, seguí leyendo obras muy importantes y hoy puedo decir que ello me ha servido de mucho en mi agitada vida pública.

MI AMISTAD
CON EL
PRESIDENTE
JOSÉ
SANTOS
ZELAYA



DE mi perigrinación por algunas de las Repúblicas centroamericanas tengo inolvidables y múltiples recuerdos. En donde quiera que posé mis plantas de exilado voluntario, obligado como muchos otros liberales de Colombia por las funestas prácticas de los que habían dado en llamarse *regeneradores*, fui objeto de la más alta consideración y aprecio. Mi condición de extranjero no fué obstáculo para que llegara a ocupar altos puestos en el Gobierno de esas Repúblicas y a gozar de todas las prerrogativas de los ciudadanos nacidos en aquellos hospitalarios países.

En San Salvador, la bella ciudad de los volcanes, fuí acogido con la cordialidad más amplia. Se me nombró profesor de la Universidad Nacional, en varias asignaturas. Fuí rodeado de valiosas amistades y de consideraciones y distinciones, al punto de llegar a sentirme como en mi propio país. El gobierno de aquel entonces, que presidía el señor general Gutiérrez, me hizo el grandísimo honor de nombrarme miembro de la Comisión que tenía a su estudio la unificación de la Legislación de El Salvador y la de Honduras, con una remuneración que me permitía vivir ampliamente, además de poder ejercer mi profesión de abogado sin dificultad ninguna.

En aquellas condiciones fui sorprendido con una carta de mis queridos amigos doctor Luis A. Robles y don Modesto Garcés, quienes se encontraban en la capital de Nicaragua desde hacía ya algún tiempo, en la cual me hacían saber que el general Zelaya necesitaba de mí y me suplicaba fuera a aquel país, acompañándome al efecto un cheque para mis gastos de viaje. Yo, aunque me encontraba en excelentes condiciones en San Salvador, después de meditar un poco, resolví complacerlos, más por la satisfacción de abrazarlos y estar a su lado, que por la perspectiva del buen negocio de que ellos me hablaban. Comunicué al Gobierno mi resolución y obtuve una licencia por un mes para separarme del puesto que venía desempeñando. Alisté lo poco que tenía que alistar y avisé a aquellos buenos amigos que muy pronto estaría con ellos y fue así como, cuatro días después, llegaba yo al puerto de Corinto y luego al lago de Managua, en donde tuve la dicha de encontrarlos. Me aguardaban y nuestra alegría al abrazarnos fué una sola. Me llevaron al hotel que habían preparado de antemano por orden del general Zelaya y una vez instalado charlamos sobre muchas cosas: de la Patria lejana, de los amigos ausentes, de nuestras familias, de todo aquello que podía interesar a los que, como nosotros, habíamos tenido que abandonar el país en busca de mejores horizontes, ya que en nuestra tierra era un delito pensar libremente. En el curso de la conversación llegamos al fin al punto deseado, que era saber lo que el Presidente Zelaya solicitaba de mí, y entonces me dijeron:

«Hemos hablado mucho acerca de ti con el general Zelaya, actual Presidente de la República. El necesitaba de un hombre como tú, inteligente, bien preparado y de probado valor personal para que se encargue de la redacción de *El Liberal*, ya que el que actualmente lo dirige, aunque muy inteligente, es un hombre incumplido a causa del vicio del licor, y el general está muy disgustado con él. Cuando le hablamos de ti se entusiasmó mucho y nos rogó que te llamáramos, prometiéndonos que quedarías contento. Ya él sabe de tu llegada y aguardaremos dos días para que descanses y luego iremos a visitarlo.»

Yo les agradecí muchísimo y les dije que esperaba oír del Presidente Zelaya las condiciones bajo las cuales podría yo encargarme de la redacción del periódico, para contestar definitivamente sobre mi aceptación o, de lo contrario, regre-

sarme a El Salvador, en donde, les dije, gozaba de muybuena posición, que sólo mi amistad hacia ellos me había hecho abandonar.

Se convino que dentro de dos días iríamos a ver al general Zelaya y así lo hicimos, después de haber sido concedida la audiencia solicitada con anterioridad. Nos recibió amablemente, y después de la presentación me dijo:

«Ya los doctores Robles y Garcés le habrán dicho lo que deseo de usted, pero no estará de más que se lo repita: espero que usted se haga cargo, desde hoy mismo si es posible, de la redacción de *El Liberal*, periódico que en la actualidad dirige el señor Aguilar, pero con quien estoy bastante disgustado, debido al poco cuidado que él pone en la labor que le he encomendado. Usted no tiene más que venir a verme diariamente con el fin de que hablemos siquiera una hora y recibir así mis impresiones para que usted luego escriba sobre ellas. También, como usted no conoce todavía el ambiente, yo le iré informando de todo, de la política, de las industrias, etc., etc. Le haré conocer a nuestros hombres públicos y le enteraré acerca del actual momento político. Como verá, es una labor fácil para un hombre de los conocimientos de usted. El doctor Robles y el señor Garcés me han hablado mucho de usted y de allí mi interés en tenerlo a mi lado. Además de lo que el periódico produzca, devengará usted un sueldo de quinientos dólares mensuales.»

Al terminar, yo le dije: «General, yo agradezco a usted y a mis amigos los señores Robles y Garcés, todo cuanto quieren hacer en favor mío, pero yo creo que no debo aceptar el ofrecimiento que usted tan bondadosamente me hace. Mi calidad de extranjero me prohíbe tomar parte en la política de este país y no quiero que mañana los periódicos de oposición a su gobierno, tengan un motivo para insultar a usted y para calificarme a mí de advenedizo, quizás con algo de razón. El asunto es muy delicado, como usted mismo, hombre inteligente, podrá comprenderlo.»

Mis amigos Robles y Garcés, durante la conversación, habían permanecido silenciosos, pero estoy seguro de que no se escapó a ninguno de los dos el desaliento que causaron en mi ánimo las palabras del general Zelaya. Este, demostrando viva contrariedad, me replicó: «Yo lo hice venir porque estos señores, amigos de usted y míos, me lo habían recomendado como un hombre de valor personal, inteligente y de gran consagración

intelectual, con un título universitario que lo honra; y de allí que pesara en emplearlo en tan noble fin... pero...» En aquellos momentos anunciaron la visita de uno de los Secretarios de Estado y yo los aproveché para decirle: Bueno, general: más tarde volveremos a hablar de este importante asunto. Y me despedí saliendo con mis amigos hacia el hotel. Durante el camino ellos no me dijeron nada. Guardaron un grave silencio que yo no sabía si tomar como síntoma de contrariedad o de profunda pena, ya que fueron ellos los que me habían obligado a abandonar mis comodidades en El Salvador, basados en que podrían ofrecerme algo mejor. Respeté aquel silencio y al llegar al hotel se despidieron. Me quedé solo, pensando en todo cuanto pasaba, cuando al día siguiente uno de los empleados me entregó un periódico de Granada, cuyo título he olvidado, el cual abrí, leyendo en él un artículo en el cual se aseguraba que yo había llegado de El Salvador, llamado por el general Zelaya para encargarme de la redacción de *El Liberal*. Se me calificaba de advenedizo, ya que venía a tomar parte en asuntos de política y agregaba que ya había comenzado mi labor, pues uno de los artículos que habían visto la luz pública el día anterior contra uno de los jefes de la oposición, era obra mía. Leí todos aquellos insultos que se me hacían sin fundamento alguno, pero que venían a confirmar cuanto había yo dicho al general Zelaya; por lo tanto era esa malhadada producción mi mejor arma de defensa al presentarme de nuevo ante él.

Averigüé quién era el autor del artículo en cuestión y lo mandé a desafiar, exigiéndole una reparación, por medio de dos amigos muy queridos, uno de apellido Navarro, colombiano, y el Licenciado Pérez Alonso, nicaragüense. El desafiado no exceptó y me acusó ante el juez, en vista de que el duelo estaba calificado como delito en el Código Penal. Notificado por el juez, tuve que concurrir a su presencia y en castigo me metió a la cárcel. Al saber todo esto mis amigos Robles y Garcés obtuvieron mi libertad, valiéndose del general Zelaya y me llevaron donde él. Lo encontré indignadísimo... Convino conmigo en que yo tenía razón y no insistiría más en que me hiciera cargo del periódico; pero agregó: «No lo dejaré ir; yo tengo otra cosa que ofrecerle. Usted va a ser el consejero de mi gobierno, un abogado a quien todos mis Secretarios consultarán sus resoluciones.» Y, en efecto, fui nombrado *Abogado Consultor* con el

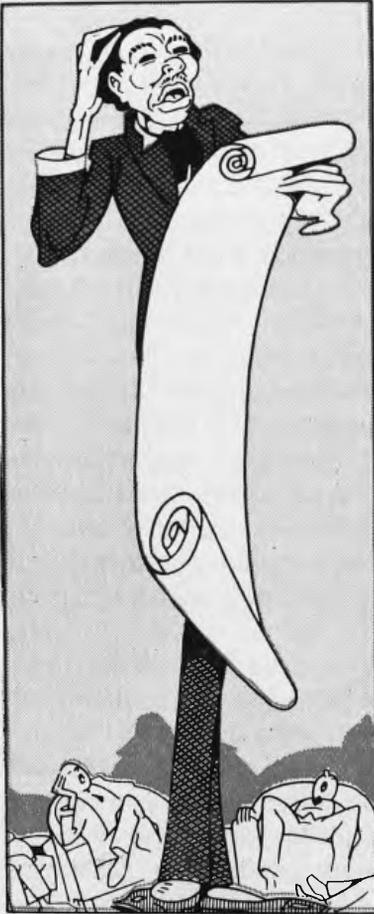
mismo sueldo que me iba a dar como Director y Redactor de *El Liberal*, si hubiera aceptado.

Desde ese día la afección del General Zelaya para mí fué honda, enorme, revelando tener gran fe en mis juicios y en mis opiniones.

Viví yo en Nicaragua, así, querido y respetado por la generalidad de sus habitantes, lo que hizo nacer en mí un afecto igual para todos, tan grande, que todavía me dura y hace considerar a ese noble y hospitalario país como mi segunda patria, al igual que El Salvador, haciéndome sufrir la perspectiva de no verlos una última vez, antes de morir. En ambos he dejado discípulos que me quieren, me recuerdan y me honran, amigos que parecen no haberme olvidado nunca. El general Zelaya lo probó cuando puso a mis órdenes armas y pertrechos y su buque de guerra *El Momotombo*, cuando la revolución colombiana, en las circunstancias que ya se conocen, en que hombres como los doctores Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, amigos queridos que me han precedido en la larga y negra partida, fueron con media docena más de amigos liberales a poner en mis manos la jefatura del partido y la de la revolución en el Istmo.

Honor a Zelaya, el hombre de gran juicio que premió el mío con creces y honores!

SI ME LEES,
TE LEO...



Como ya he contado en algún otro capítulo de este libro, al regresar de Europa, después de haber desempeñado por dos años el cargo de Cónsul General en Bruselas, Bélgica, para que fui nombrado por el Presidente Zaldúa, fui escogido, junto con mi buen amigo don Francisco Ardila, como Abogado de la Compañía del Canal Francés, habiendo servido como tal durante un año, si mal no recuerdo. Todo esto sucedía allá por los años de 1884 a 1886, es decir, cuando ya el partido conservador se había adueñado del poder, gracias a la malhadada traición de Núñez, que tantos males trajo para la República. Sin embargo, poco tiempo después fui nombrado Magistrado de la Corte Suprema de Justicia y más tarde elegido Diputado a la Asamblea Departamental. Terminadas las labores de ésta, resolví dedicarme exclusivamente a mi profesión de abogado y con ese fin monté mi oficina en una casa situada en la Avenida Norte, con vista al mar y que resultaba algo ideal para mi nueva vida. Ocupaba dos piezas bastante cómodas que separé por medio de una rejilla con el fin de poder estar alejado del público, para quien destiné la pieza de la entrada o sea la del frente.

Mis labores de abogado de la Compañía del Canal me abrie-

ron las puertas para poder ganarme la vida independientemente, ya que me hice conocer, y a los pocos días de haber abierto mi oficina, tuve la suerte de hacerme una clientela como muy pocos la tenían en aquel entonces, a pesar de que había buenos abogados, entre ellos, que recuerdo, Francisco Ardila, Dr. Pablo Arosemena, Dr. Carlos Icaza Arosemena, Dr. Abraham Jesurún, Drs. Bolívar Franco y Sofanor Moré, asociados estos dos últimos. Los negocios me llovían de todas partes y la gente más humilde (siempre los humildes, los pobres, los pequeños, los tristes, los desheredados buscándome), los pobrecitos, iban en mi busca en demanda de un consejo, de algo que yo nunca podía negarles. Así, pues, mi oficina estaba siempre llena de clientes, de tal manera que yo no tenía tiempo para atenderlos a todos.

Como ya dije, el doctor Bolívar Franco trabajaba en asocio de Moré, y como ambos eran buenos amigos míos, con frecuencia iba a visitarlos a su oficina con el fin de tratar asuntos relacionados con nuestra profesión. Como escribiente, éstos tenían a un joven que desde un principio me llamó mucho la atención por su consagración al trabajo y seriedad. Al preguntarles me dijeron que se llamaba Francisco Filós y me lo encomiaron mucho. Era muy inteligente y consagrado al estudio. Me hice amigo de él, y como yo no tenía escribiente, un día que estaba apurado con unas copias y otros asuntos, solicité de estos amigos le permitieran ir a mi oficina con el fin de que me ayudara. Ellos no tuvieron inconveniente y Filós se fué conmigo. Me ayudó todo ese día y yo quedé más encantado de su juicio, de su laboriosidad y así se lo dije a mis amigos Franco y Moré. Mi amistad con Filós se hizo más estrecha cada día y llegué a tomarle verdadero cariño y también él a mí. Siempre que le era fácil iba a mi oficina y me ayudaba en lo que podía.

Pasado un tiempo yo perdí uno de los tantos negocios que tenía a mi cuidado, siendo el abogado de la parte contraria Jesurún. A raíz de esto me ausenté del país y durante mi ausencia se entabló una demanda en mi contra por las costas del juicio que yo había perdido. Filós lo supo y seguidamente se encargó de mi defensa, ganando el pleito pocos días después. Regresé al país y al saber aquello mi gratitud por ese joven amigo fué inmensa. No sabiendo cómo pagar aquel servicio,

pensé algo que puse en práctica inmediatamente. Mandé a construir una tablilla que decía: PORRAS & FILÓS, ABOGADOS.—Pocos días después, sin que Franco ni Moré se dieran cuenta, lo cité a mi despacho. Quiero hablarle—le dije—sobre algo muy importante. Fué puntual a la cita que yo le había dado y lo hice tomar asiento junto a mí. Ya antes había yo colocado la tablilla al frente de mi escritorio. Lo he llamado—empecé diciéndole—para proponerle que se venga a trabajar a mi lado. Usted me parece un joven de un gran porvenir y aunque seguramente se encuentra contento con los buenos amigos Franco y Moré, yo desearía tenerlo cerca de mí. Ya usted conoce el aprecio y cariño que me merece. Se quedó como meditando un rato y luego me dijo: «Eso depende de las condiciones en que usted desea que trabaje a su lado». Entonces yo, mostrándole la tablilla, le dije: «Vea las condiciones en esa tablilla. Así es como yo quiero que usted trabaje a mi lado». Leyó y se puso pálido. Había comprendido... Así comenzó mi amistad con Francisco Filós y fué así cómo por mucho tiempo trabajamos juntos en la oficina de que ya he hablado, situada en la Avenida Norte, con un balcón ideal que daba al mar...

Como antes he dicho, me faltaba tiempo para atender debidamente a la numerosa clientela y a no pocos amigos que iban a visitarme. Unos a hablar de política, otros de literatura, de versos. Entre estos últimos estaba el inolvidable poeta Molino, quien escribía versos muy bellos y diariamente iba a leerme un soneto nuevo, un poema, algo que había escrito la noche anterior. Yo me complacía en oírlo y en saborear sus composiciones, a pesar del laberinto de expedientes y negocios que reclamaban mi atención. Molino era incansable. Diariamente, y casi siempre a la misma hora, llegaba a la oficina acompañado de uno o dos amigos más. Quería tener auditorio para la declamación de sus poemas...

Un día me encontraba yo con un voluminoso expediente entre manos, el cual tenía que estudiar muy detenidamente, cuando llegó Molino con sus inseparables compañeros y colegas. Viendo que ese día el tiempo era para mí algo muy precioso y queriendo zafarme de tener que prestar atención a la lectura, seguramente de un largo poema, le dije, tan pronto le conocí la intención de sacar el papel: «SI ME LEES, TE LEO»... ¿Qué me va a leer doctor?, me contestó, quizá pensando en que yo también

iba a declamarle algún soneto. Este alegato que acabo de **terminar**—le dije. ¡Muy bien!—replicó contentísimo—hoy tendré **yo** el placer de escuchar a usted. Y con resignación, **soportaron** mis visitantes la lectura árida de todo un señor alegato **que** les hizo saborear el fastidio...



MAN QUE SEA
PREFETO...



ACABABA de regresar al Istmo, después de haber recibido en la Universidad Nacional de Bogotá mi grado de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Como debe suceder a todos los que han llegado a escalar la meta de sus aspiraciones juveniles, venía yo de nuevo al querido terruño, llena el alma de grandes esperanzas y con un haz de ilusiones que me dejaban entreabrir un brillante porvenir. Forjado en el molde de la más estricta disciplina y en un todo conforme con la época que era de constante renovación intelectual y moral, tenía el derecho a ser optimista como, efectivamente, lo he sido siempre, aun en estos momentos en que la nieve de los años ha encanecido mis cabellos, pero sin conseguir doblegar una sola fibra de mi espíritu...

Muy pocos eran entonces los hijos de Panamá que hacían estudios en lejanas ciudades, y siendo yo entre esos pocos uno de los que regresaba, pudiendo ostentar un título, que honra a todo aquel que lo posee, fuí recibido con marcadas muestras de cariño por parte de mis amigos de infancia, tanto de la capital como de Las Tablas, mi pueblo natal, y otros puntos cercanos. Además, mi decidida actuación en la política colombiana

al lado de hombres como Antonio José Restrepo, Forero y Forero, Diego Mendoza, Castilla, Carlos Calderón, Roberto Ancizar, Uribe Uribe y otros más, era motivo para que los liberales del Istmo me rodearan en busca de orientación, ya que en el cielo de la patria se comenzaba a divisar nubes que amenazaban tempestad... Yo, aunque bastante joven, me había hecho merecedor de la entera confianza de los prohombres del liberalismo de aquel entonces, lo que unido a mi entrañable amor por las ideas que encarnan el credo liberal, desde muy niño, me colocaban en un sitio de primer orden en la política, de la cual nunca he podido apartarme en un potriótico afán de servir a mi partido y a la madre patria... Muchos sinsabores he tenido que saborear en ese camino, pero no pocas veces ellos han sido noblemente compensados con la satisfacción de no pocos triunfos que no quiero considerar sólo míos sino de mi país, por quien he luchado y lucharé hasta el último momento de mi vida...

He querido hacer las anteriores consideraciones, aunque apartándome un poco del punto esencial de la anécdota que voy a relatar, para hacer resaltar el gran cariño que muchas familias me han guardado desde tiempo atrás y para quienes mi gratitud ha sido eterna.

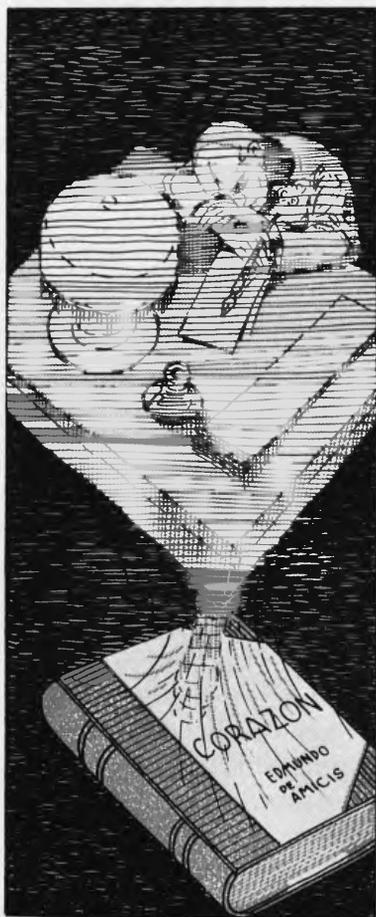
Pocos días después de mi llegada de Bogotá con mi diploma de abogado y en vísperas de irme a Las Tablas a estrechar entre mis brazos a mi adorada abuelita que me aguardaba impaciente, fui a despedirme de algunas familias muy amigas y queridas. Entre éstas, una muy apreciable y emparentada conmigo, a quien todavía no había podido saludar y varias veces me había mandado suplicar que no me fuera sin ir a verla, ya que tenía que hablar muchísimo acerca de asuntos muy importantes. Vivía esta familia en la calle que todos conocen con el nombre de «Bajada de Jaén», que partiendo del cuartel de la Policía va a dar al mercado público de la ciudad. Me dirigí a la casa y al llegar todos me recibieron muy contentos. Quisieron que les hablara sobre mis impresiones últimas de la capital, de mis estudios, felizmente terminados, y de tantas otras cosas, a lo que no podía negarme. Una de las señoras tenía un hijo, el único, a quien todos adoraban. Era ya un hombrecito muy simpático y con una mirada que reflejaba inteligencia. Lo senté a mi lado y comencé a pre-

guntarle acerca de sus estudios. Está muy adelantado, me dijo la madre, y estamos ya pensando en lo que habrá de ser. Para ello contamos con usted, doctor...

Vamos a ver, le dije al chico, ¿qué quieres tú ser, Médico? No, me dijo. ¿Ingeniero? No, señor. ¿Dentista? No quería tampoco ser dentista. ¿Mecánico? No, señor. Bien. ¿Quieres ser jurisconsulto o diplomático? El muchacho calló, sonriéndose. Vamos. Eso sí te gusta. El jurisconsulto, además de ser diplomático, es también político que adquiere puestos de magistrado y secretario de Estado y diputado... Con que, vamos, dime francamente... El muchacho seguía muy sonreído, en tanto que la familia estaba pendiente de la contestación de aquel ser querido, ya que de esa respuesta dependía el porvenir del chico, que tanto les estaba dando en que pensar, y fué entonces cuando la abuelita, para ayudarlo en el trance, se levantó intempestivamente de su asiento y, como quien encuentra la solución a un intrincado problema, me dijo:

Doctor, MAN QUE SEA SÓLO PREFETO...

"CORAZÓN".
EDMUNDO
DE AMICIS



EN verdad, son páginas escritas con sangre del corazón. Al leerlas se sienten sus latidos. Es un libro sentido y vivido hondamente. De manera sencilla y conmovedora va poniendo ante nuestros ojos, asombrosos cuadros en los cuales nos parece a veces reconocernos a nosotros mismos... Renacen los recuerdos de la infancia y en espíritu recorreremos los parajes que creíamos olvidados para siempre. Volvemos a sentirnos niños, allá en el pueblecito natal, cuando con los libros bajo el brazo y todavía con el calor del beso de despedida de la abuelita, cruzábamos la calle con dirección a la escuela, donde más tarde, en bullicioso enjambre salíamos a recreo después de haber recitado AL PIE DE LA LETRA las lecciones. Leer el libro de Amicis, «CORAZÓN», cuando se es ya hombre, cuando se han traspasado los umbrales de la adolescencia para entrar en esa edad madura de la reflexión y de la experiencia, cuando se ha dejado atrás mucho camino y sentimos más de una punzada de las tantas espinas que encontramos en la senda; leer este libro, todo «CORAZÓN», es como sentirnos rejuvenecidos, no sin que después se sienta el desaliento de haber despertado de un largo sueño, y, como todos los sueños, hermosísimo.

La primera vez que lo leí fué en San José, Costa Rica, allá por los años de 1900 a 1902, cuando con motivo de la última revolución, que fué también el último gesto del liberalismo que heredáramos de Murillo y Santander, visitaba aquella hermosa tierra de mujeres bellas y hombres inteligentes, de clima magnífico y llamada a un gran porvenir.

Relacionado con varias y distinguidas familias de la capital josefina, las horas se me hacían de lo más agradable en veladas animadísimas, en donde reinaba siempre la cordialidad y el buen tono. Las nostalgias de la patria y los reveces que habíamos sufrido en nuestro intento de salvarla de las garras de la tiranía, olvidadas eran momentáneamente entre aquel ambiente saturado con el perfume de la más exquisita confraternidad, entre fulguraciones de bellísimas pupilas y pláticas de un intenso sabor literario...

Un día fui invitado a casa de una distinguidísima familia, que hoy recuerdo con profundo cariño, a una amable reunión. Entre los miembros de ella había varias muchachas muy inteligentes y amables. Cuando llegué estaban allí otras familias amigas. La sala artísticamente arreglada, semejaba un bouquet de lindas y perfumadas flores... Me acogieron con demostraciones de verdadera simpatía. Se repartieron helados y dulces de diferentes clases. La velada resultaba de lo más brillante. En uno de los momentos más tranquilos, en medio de aquel constante cascabeleo de risas argentinas que eran a mi espíritu como una nota de armonía, vi en una de las mesas más cercanas un libro que me llamó la atención por su título bastante sugestivo. Luego hice conocer a una de las muchachas el interés que había despertado en mí aquella obrita y le pedí permiso para tomarla. Entonces otra se levantó y, tomándola ella en sus manos, me dijo muy gentilmente: «Excuse, doctor, un momento.» Comenzó a hojearlo y después de haber encontrado lo que deseaba, repitió: «Deseando pasar el rato lo más agradablemente posible, hemos impuesto varias penas a todos los presentes. Fulanita recitará una bellísima composición de uno de nuestros poetas nacionales; la otra hará conocer sus progresos en el arte de Terpsícore y así sucesivamente... A nosotros se nos ha dicho que usted lee muy bien y de allí que la pena impuesta sea la de que nos lea uno de los más sentidos capítulos de esta obra»; y entregándomela me indicó con el dedo,

artísticamente modelado, la página en donde se leía «EL PEQUEÑO ESCRIBIENTE FLORENTINO.» Quise excusarme, pero me fué imposible conseguir indulgencia porque todas me pedían que lo leyera y tuve que complacerlas...

Y en medio del más religioso silencio, ya que todas estaban pendientes de mi palabra, comencé a leer. Al llegar a los siguientes párrafos que no puedo dejar de copiar, el silencio era aún más profundo:

«Una noche esperó a que estuviese ya en cama, se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió el quinqué de petróleo, se sentó en la mesa del despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las señas de los suscritores, y empezó a escribir, imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con miedo; las fajas escritas aumentaban, y de vez en cuando dejaba la pluma para frotarse las manos: después continuaba con más alegría, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta: cerca de una peseta. Entonces paró; dejó la pluma donde estaba y apagó la luz y se volvió a la cama de puntillas...»

«Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la mesa de buen humor. No había advertido nada. Hacía aquel trabajo mecánicamente, contando las horas, pensando en otra cosa, y no contando las fajas escritas sino al día siguiente. Sentados a la mesa con buen humor, y poniendo la mano en el hombro de su hijo:—Eh, Julio—le dijo—mira qué buen trabajador es tu padre. En dos horas ha trabajado anoche un tercio más de lo que acostumbra. La mano aún está ágil, y los ojos cumplen todavía con su deber.—Julio, contento, mudo, decía entre sí:—Pobre padre. Además de la ganancia, le he proporcionado también esta satisfacción: la de creerse rejuvenecido. Animo, pues... La noche siguiente en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Y lo mismo siguió haciendo varias noches. Su padre seguía también sin advertir nada. Sólo una vez cenando, se le ocurrió esta observación:—Es raro: cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte.—Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.»

«Lo que sucedió fué que, interrumpiéndose así el sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante; por la mañana

se levantaba rendido aún, y por la noche al estudiar, le costaba trabajo tener los ojos abiertos. Una noche, por la primera vez en su vida, se quedó dormido sobre los apuntes.—Vamos, vamos—le gritó su padre, dando una palmada—al trabajo.—Se asustó y volvió a ponerse a estudiar. Pero la noche y los días siguientes continuaba la cosa lo mismo y aún peor; daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado; estudiaba las lecciones con violencia, y parecía que le disgustaba el estudio. Su padre empezó a observarlo; después se preocupó de ello, y, al fin, tuvo que reprenderle. Nunca lo había tenido que hacer por esta causa.—Julio—le dijo una mañana—tú te descuidas mucho, no eres ya el de otras veces. No quiero esto. Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti. Estoy muy descontento.—Comprendes? A este único regaño: el verdaderamente severo, que había recibido, el muchacho se turbó.—Sí, es cierto,—murmuró entre dientes—así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya.—Pero la noche de aquel mismo día, en la comida, exclamó con alegría su padre, —Sabed que en este mes he ganado con las fajas treinta y dos pesetas más que el mes pasado; y diciendo esto, sacó a la mesa un cartucho de dulces que había comprado, para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria, que todos acogieron con júbilo... Entonces Julio cobró ánimo y pensó para sí:—No, pobre padre, no cesaré de engañarte; haré mayores esfuerzos para estudiar mucho de día; pero continuaré trabajando de noche para ti y para todos los demás. Y añadió el padre: Treinta y dos pesetas... Estoy contento... Pero hay otra cosa—y señaló a Julio—que me disgusta.—Y Julio recibió la reconvención en silencio, conteniendo dos lágrimas que querían salir, pero sintiendo al mismo tiempo en el corazón cierta dulzura. Y siguió trabajando con ahinco; pero acumulándose un trabajo a otro, le era cada vez más difícil resistir. La cosa duró casi dos meses. El padre continuaba reprendiendo al muchacho, y mirándolo cada vez más enojado. Un día fué a preguntar por él al maestro, y éste le dijo:—Sí, cumple, porque tiene buena inteligencia; pero no está tan aplicado como antes. Se duerme, bosteza, está distraído, sus apuntes los hace cortos, de prisa, con mala letra. El podría hacer más, pero mucho más.—Aquella noche el padre llamó al hijo aparte y le hizo reconvenciones más severas que las que hasta entonces le había hecho.—Julio.

tú ves que yo trabajo, que yo gasto mi vida para la familia, tú no me secundas, tú no tienes lástima de mí, ni de tus hermanos ni aún de tu madre.—Ah, no, no diga usted eso, padre mío—gritó el hijo ahogado en llanto y abrió la boca para confesarlo todo. Pero su padre le interrumpió diciendo:—Tú conoces las condiciones de la familia: sabes que hay necesidad de hacer mucho, de sacrificarnos todos. Yo mismo debía doblar mi trabajo. Yo contaba estos meses últimos con una gratificación de cien pesetas en el ferrocarril, y he sabido esta mañana que ya no la tendré...»

«... Pero una tarde, en la comida, el padre pronuncia una palabra que fué decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba más echado a perder y más pálido que de costumbre, le dijo:—Julio, tú estás malo: mira qué pálido estás. Julio mío, ¿qué tienes? El padre le mira de reojo, y dijo:—La mala conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era estudiante aplicado e hijo cariñoso.—Pero está malo!—exclamó la mamá.—Ya no me importa—respondió el padre. Aquella palabra le hizo el efecto de una puñalada en el corazón al pobre muchacho. ¡Ah! Ya no le importaba su salud a su padre, que en otro tiempo temblaba de oírlo toser solamente. Ya no le quería, pues: había muerto en el corazón de su padre.—¡Ah, no, padre mío!—dijo entre sí con el corazón angustiado; ahora acaba esto de veras; no puedo vivir sin tu cariño, lo quiero todo; todo lo diré, no te engañaré más y estudiaré como antes, suceda lo que suceda, para que tú vuelvas a quererme, padre mío. Oh, estoy decidido en mi resolución. Sin embargo, aquella noche se levantó todavía, más bien por fuerza de la costumbre que por otra causa, y cuando se levantó quiso ir a saludar, a volver a ver por algunos minutos, en el silencio de la noche, por última vez, aquel cuarto donde había trabajado tanto secretamente, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura. Y cuando se volvió a encontrar en la mesa con la luz encendida y vió aquellas fajas blancas sobre las cuales no iba ya a escribir más aquellos nombres de ciudades y de personas que se sabía de memoria, le entró una gran tristeza e involuntariamente cogió la pluma para reanudar el trabajo acostumbrado...»

«... Y siguió escribiendo. Entretanto su padre estaba detrás de él; se había levantado cuando se cayó el libro y es-

peró buen rato; el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido de las hojas de la puerta y estaba allí, con su blanca cabeza sobre la negra cabecita de Julio. Había visto correr la pluma sobre las fojas, y en un momento todo lo había olvidado: lo había recordado y comprendido todo, y un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa había invadido su alma, y lo tenía clavado allí, detrás de su hijo. De repente dió Julio un grito agudísimo: dos brazos convulsos lo habían cogido por la cabeza.—Oh, padre mío, perdóname—gritó, reconociendo a su padre llorando...—Perdóname tú a mí—respondió el padre, sollozando y cubriendo su frente de besos.—Lo he comprendido todo, todo lo sé; yo soy quien te pido perdón, santa criatura mía.—Ven, ven conmigo. Y lo empujó, más bien que lo llevó, a la cama de su madre, despierta, y arrojándolo entre sus brazos le dijo:—Besa a nuestro hijo, a este ángel, que desde hace tres meses no duerme y trabaja por mí, y yo he contristado su corazón mientras él nos ganaba el pan. La madre lo recogió y apretó contra su pecho sin poder articular una palabra; después dijo:—A dormir en seguida, hijo mío: ve a dormir y descansar. Lévalo a la cama... El padre lo cogió en brazos, lo llevó a su cuarto, lo metió en la cama, siempre jadeante y acariciándolo, y le arregló las almohadas y la colcha.—Gracias, padre—repitió el hijo—gracias: pero ahora ve tú a la cama; ya estoy contento; vete a la cama, papá. Pero su padre quería verlo dormido, y sentado a la cabecera de su cama, le tomó la mano y dijo:—Duerme, duerme, hijo mío. Y Julio, rendido, se durmió por fin.»

Y no pude continuar. A medida que leía iba sintiendo algo muy extraño en mí, algo que subía de mi corazón, que subía a la garganta y subía a los ojos. Cerré el libro y bajé la cabeza pesada. El silencio en la sala se había hecho más profundo. Un momento después torné a mirar y todos estaban llorando...

«CORAZÓN», de Amicis, era el libro que había conseguido hacer que las lágrimas empañaran aquellas pupilas bellas y fulgurantes...

¡TODAS ESTABAN LLORANDO...!

ME
DEVUEBVO...



HABÍA triunfado la iniquidad. Despojado fuí de mis derechos ciudadanos, y en mi patria, centro de todas mis aspiraciones y madre amantísima a quien había dedicado todos mis pensamientos y mis esfuerzos todos, fuí declarado extranjero por resolución de la Corte Suprema de Justicia. Pero a pesar del golpe recibido, tenía una satisfacción íntima y era la de que, así como no fué Roma la que expulsara a Mario, ni Grecia a Aristides, tampoco era Panamá la que trataba de arrancarme de su corazón. Fueron los enemigos de ella y, por lo tanto, míos, los que quisieron arrojarme de su seno. Sabían de mi gran amor por la libertad, de mis afanes por la reivindicación de los derechos conculcados; de que me debía todo a mi patria y de que por llegar a verla grande y próspera, era capaz de todos los sacrificios; sabían todo eso y mi presencia los ofuscó de tal manera que no pudieron menos que preparar el golpe y maniobrar en la sombra... Triunfaron momentáneamente y quisieron acabar de un todo con el que creían vencido para siempre... Las maniobras en la sombra continuaron. Se hacía necesario asestarme el golpe de muerte. Sitiarme por hambre. Esa era la consigna... Y de allí que

en mi profesión de abogado encontrara mil dificultades. En la Corte y los Juzgados se me había declarado el BOICOTEO, jamás visto entre nosotros. Mis negocios no eran resueltos bajo ninguna forma. ¿La Justicia? ¿Qué importa esta pobre ciega cuando se ha impartido la consigna de violarla a todo trance? ¿La Protesta? ¿Qué valor tiene ese bello gesto de los hombres libres ante el error triunfante? No había que pensar en mitos más o menos bellos, pero al fin fábulas en manos de hombres sin corazón y sin conciencia. La Historia nunca miente y ella se encargaría (como ha sucedido) de poner en claro mi conducta en los momentos más trascendentales de nuestra vida de hombres libres y dignos.

Y seguí en la lucha a despecho de todos los obstáculos. Jamás ante las momentáneas derrotas he sentido flaquear mi espíritu, templado al calor de todas las injusticias. Como ya he dicho, no era Panamá la que trataba de arrojarme de su seno, y de allí que en esa hora de prueba no me sintiera abandonado, rodeado como fui por mis viejos amigos, por aquellos que me conocían y sabían de todos mis sacrificios por la causa, de mis hondos afectos y de mis infinitas nostalgias, lejos del querido rinconcito que me vió nacer... Y rodeado fui también por los humildes hijos de este pueblo, por los que sufren hambre y sed de justicia, por los desheredados de la fortuna, los tristes, a quienes he debido mis triunfos y cuya suerte ha sido la causa de todos mis desvelos... Además, estaba en paz con mi conciencia que nada me reprochaba y por lo tanto nada tenía que temer...

En estas circunstancias, boicoteado como ya he dicho, por la Corte y los Juzgados, mi inolvidable y querido amigo don Ricardo Bermúdez me propuso irme a Colón, donde él tenía amigos ricos que me darían clientela y en donde esperaba que los llamados a impartir justicia, obraran de modo distinto a los de Panamá. Yo, que necesitaba vivir, que había nacido para la lucha y por lo tanto no estaba acostumbrado a la inacción, acepté el ofrecimiento y alisté todo con el fin de trasladarme a la ciudad atlántica. Así lo hice y al llegar fui inmediatamente a visitar a mi amigo Bermúdez. Estaba en su oficina y momentos después me presentaba a otros amigos. Don Porfirio Meléndez, Salas, Monteverde y algunos más que no recuerdo. Todos me ofrecieron su ayuda, mostrándose muy complacidos.

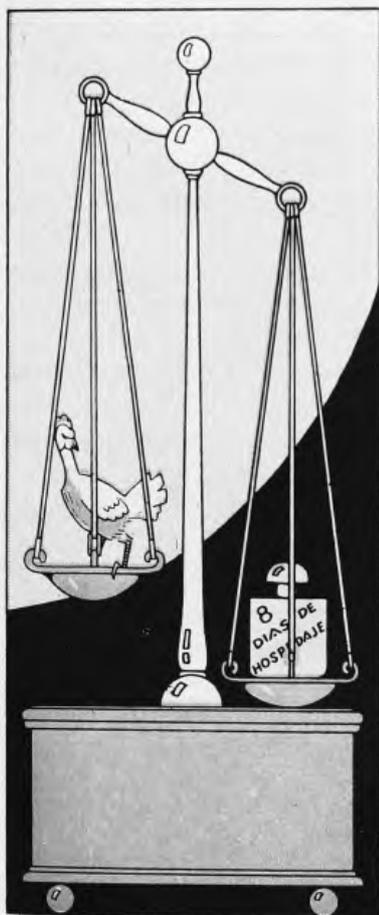
por tenerme al lado de ellos. Nada me haría falta. Las cosas se arreglarían de tal manera, que yo podría bien ganarme la vida fácilmente. Tuve para todos palabras de agradecimiento y les ofrecí mi más franca amistad.

Momentos después el Gobernador, echándome el brazo y llevándome a un lado de la oficina, me dijo: «Compa, nada tema, no se desanime, y, adelante! Está usted entre amigos que reconocen la injusticia de que usted ha sido víctima y resueltos a ayudarle en todo. Aquí le meteremos todos los sábados unos treinta CHOMBOS a la cárcel y sólo usted podrá sacarlos a razón de quince o veinte balboas cada uno, lo que le dará unos cuarenta o sesenta por semana, y con tal base, ya usted podrá imaginarse...»

No le contesté nada. Un inmenso temor se apoderó de mí. No era aquél el trabajo que yo buscaba, y siguiendo los mandatos de mi conciencia, me dirigí al hotel en que me había hospedado. Iba resuelto a regresarme sin decir nada a aquellos nobles amigos que tantàs muestras de afecto me habían dispensado. Por la tarde fué Bermúdez a verme y me encontró arreglando la maleta. Extrañado ante aquella actitud mía, trató de inquirir, pero yo no pude más que decirle:

COMO USTED LO VE: ¡ME DEVUEBVO...!

LA POLLITA
MOÑONA
DE PATITAS
AMARILLAS...



ARGIDO por los amigos, regresé al país después de una larga permanencia en Centro América, en donde me sorprendió el movimiento separatista. Esos amigos me conocían bien; sabían de mi amor al terruño y de mis grandes desvelos y sacrificios por servir a la patria y al partido. Además, aquellos momentos eran de gran incertidumbre para la joven nacionalidad. Se habían despertado locos y devoradores apetitos. Y fue así como, ante el cuadro desgarrador que se veía en la República, esos amigos pensaron en mí y me llamaron como símbolo de concordia. Sin embargo, otros, por el contrario, vislumbraron un obstáculo a sus ambiciones personales, y de allí que, apoyándose en ciertas declaraciones mías, con motivo de la separación del Istmo del resto de Colombia, trataran por todos los medios de conseguir, como al fin lo consiguieron, despojarme de mi nacionalidad. El país entero levantó su protesta ante el ultraje que se me hacía y fue entonces cuando me retiré a El Pausilipo, mi finca de Las Tablas, en la Provincia de Los Santos, con el fin de dedicarme a la agricultura y a la cría de animales. No me quedaba otro camino, ya que se me despojaba de todo y se me obstaculizaba en mi profesión de

abogado y por lo tanto la vida en la ciudad me era imposible.

Allí, hasta mi retiro voluntario, iban en constante romería los habitantes de los pueblos y campos circunvecinos a buscar trabajo unos, otros para que les defendiera un pleito con un mal colindante, y los más, a saber de mí, a ponerse a mis órdenes y lamentar la infamia de que había sido víctima. Para todos tenía yo una frase cariñosa, un consejo oportuno, un apretón de manos. Eran ellos los humildes, los pobres, los pequeños, los tristes, los únicos de quienes jamás he recibido una decepción. Muchos me llevaban regalos: una gallinita, unos huevos, un par de perdices, una rapadura, una lechona. Todos querían complimentar al Doctor, al hombre que tanto había dado que hacer a los godos, a quien muchos no conocían personalmente, sino por referencias, o por lo que de él contaban sus padres o abuelos. Una tarde llegó una amiga con uno de esos regalitos. Venía de muy lejos y a pie, expresamente a traerme ese recuerdo, que consistía en una POLLITA MOÑONA DE PATITAS AMARILLAS. Le agradecí muchísimo el recuerdo y la invité a quedarse en la finca esa noche, pues era ya muy tarde. Ella aceptó complacida la invitación.

El siguiente día también se quedó, y el otro del propio modo, y así, tres, cuatro, cinco días, desayunándose muy bien, almorzando y comiendo mejor. Entonces recordé al buen amigo Camprubí, quien en la población de Los Santos tenía una tienda, en la cual tenía de todo: jabón, fósforos y velas, café, arroz driles, coletas, platillas, bayetas, etc. Conocía él a toda la gente de los alrededores. Era lo que se dice un HOMBRE PRÁCTICO...

Un día, uno de tantos, se presentó un campesino, un cliente, con un QUESO de regalo. Camprubí se lo agradeció muchísimo. Luego llamó a su mujer y le dijo: «Mariquita: guarda ese QUESO, pero te advierto que no debes tocarlo por ningún motivo. Yo después te explicaré el por qué.» Por la tarde, cuando ya el hombre del QUESO quería retirarse, llamó aparte al dueño de la tienda diciéndole: «Don Canru: necesito que usted me dé a crédito unas varitas de dril, unas libritas de café, otras libritas de arroz, unos seis jabones, cuatro paquetes de velas, otros tantos de fósforos...»

Camprubí lo escuchó en silencio, y cuando su hombre terminó de enumerar, llamó nuevamente a su mujer: «Mariquita: ven, ven, Mariquita, corre, traeme el QUESO.» Se presentó Mari-

quita con el QUESO y, entregándoselo al campesino, Camprubí le dijo: «Tome, amigo, su QUESITO y déjeme mis jaboncitos, mis fosforitos, mi café y mi arroz, pues yo no puedo fiárselos a Ud...»

Yo, en vista de la prolongada estada de la mujer del regalito en la finca, recordé, como ya he dicho, a ese amigo, psicólogo insigne, ¡y estuve tentado a gritar: PEPE, VEN: VEN Y TRAEME LA POLLITA MOÑONA DE PATITAS AMARILLAS...

LAS ECONOMÍAS



CUANDO yo era niño existía en mi pueblo una familia muy distinguida cuyos padres fueron oriundos de España, de muy buena cepa y de hábitos y costumbres muy rectas, muy dignos y honrados. Estaban sumamente pobres y tocando ya a las puertas de la ancianidad... Mi abuela y mis tías y tíos los apreciaban mucho y solían tratarlos con tal amistad que, aunque viviendo ellos en hogar propio, podían ser considerados muy a menudo como sus huéspedes, a quienes brindaban generosamente, semana por semana, la SAL, el AGUA y el FUEGO. Ellos a su vez agradecían mucho y querían con amor muy hondo a mi familia.

Un día oí a una amiga de ambas familias referirle a mi abuela que en la vida holgada, de boato, que había tenido anteriormente la familia amiga de ella, habían comenzado a practicar ciertas economías serias y efectivas, para evitarse más deudas o para no agrandar las que tenían contraídas... Mi abuelita le preguntó con vivísimo interés a la amiga que le daba esa nueva, en qué consistían esas economías serias y efectivas, y la interpelada contestó:

—Yo he sabido de muy buena tinta, nada menos que de la Juana que les cocina, que han suprimido el pan en el desayuno,

reemplazándolo con el plátano verde asado, así como la leche y el azúcar que reemplazaban con miel...y además, han llegado a la supresión completa del almuerzo. La comida consistiría en sólo arroz cocido y carne asada...

Mi abuela, sorprendida y triste, le contestó a su amiga:

—La economía no es completa, por lo visto, porque con semejantes principios económicos, debían suprimir también la comida totalmente, para pagar todo lo que deben y en cuatro o cinco meses estarían canceladas sus cuentas, hasta la que tienen para con Dios...

Yo, en estos momentos, pensando en la familia amiga de mi abuela, veo que aquella medida gástrica, en verdad exagerada, la ponían en práctica en lo general, es decir, en lo que se refiere a todos por igual, mientras que algunos de nuestros administradores cuando tienen necesidad de hacer economías, con el fin de pagar las deudas adquiridas con algunas de sus juntas y parrandas, suprimen el pan del desayuno, la leche y el azúcar, no de ellos, sino de los que menos ganan, como los pobres jornaleros.

EL PUENTE
SOBRE EL RÍO
SANTA MARÍA



La última revolución, aquella que se distingue con la denominación de la *guerra de los tres años*, y en la cual, como todos saben, tomé parte activa, desde sus comienzos, fue pródiga en sucesos de más o menos trascendencia, de los cuales he relatado ya algunos y otros los conservo frescos en la memoria, ya que no pocos de ellos forman parte de mi vida y fueron, a manera de edificantes lecciones, que sirvieron, en el curso de mi existencia, para aquilatar mi espíritu ante la adversidad, conocer a los hombres, conocerme a mí mismo y marchar hacia adelante sin detenerme ante las encrucijadas del camino...

Ya en las postrimerías de la guerra, cuando todas las actividades se habían concentrado en este Istmo, donde por todas partes el oriflama glorioso del liberalismo ondeaba victorioso, presto a cobijar bajo sus pliegues a la Libertad en ruínas; cuando en valles y montañas nuestras tropas valerosas y abnegadas, habían librado más de una batalla, regando con sangre los surcos de donde esperábamos ver surgir el árbol frondoso bajo cuya sombra restañara la Patria sus heridas; cuando predicábamos la concordia en un deseo de marchar unidos hasta el fin de la jornada y regresar luego a nuestros abandonados hogares

con la satisfacción de quien cumple su deber; cuando todo esto pensábamos y esperábamos que así sucedería, surgió de repente de nuestro propio seno la bíblica serpiente, hincando su envenenado diente en muchos pechos y despertando la emulación y la envidia en donde antes se anidaban la bondad y el desinterés, ya que todos íbamos detrás de un mismo ideal y eran una sola nuestras aspiraciones.

Y fue así, ya en ese ambiente de discordia, de bajas pasiones y desenfrenados apetitos personales, cuando cayó sobre mí el odio inconfesado de un generalote, quien no podía permitir que yo, un hombre que no había estudiado milicia en Alemania, ni había sido siquiera músico de la banda militar, hubiera dirigido una campaña, alcanzado resonantes triunfos y mucho menos que ese hombre gozara del cariño y de la admiración de los valientes liberales de esta tierra. No, eso no podía permitirse y era necesario terminar para siempre con ese estado de cosas.

Se urdió un complot en mi contra, se echó a rodar una calumnia, cualquiera cosa y se decretó mi prisión en los mismos cuarteles liberales, allí donde me había llevado mi amor a la Libertad en peligro, en un deseo de salvarla, sacrificando todo, hasta la paz bienhechora del hogar, donde mis hijos, huérfanos de mis caricias y cuidados, lloraban mi prolongada ausencia.

De Montijo, en la Provincia de Veraguas, se me llevó a una cárcel cerca de Santiago, en el Canto del Llano. Allí pensando en la maldad del corazón humano, pasé varios días privado de mi libertad. Los amigos, según supe después, temían por mi vida. Se habían dado cuenta de que el plan era eliminarme. Yo, que no había dado cabida a ningún mal pensamiento, llegué también a temer y desde entonces no pensé sino en buscar la manera de librarme de aquel encierro, si se quiere criminal. Una mujer del Canto del Llano me llevaba la comida, y un día que la comía, sentado en el umbral de la casa que me servía de cárcel, me impresioné vivamente viéndola llorar y respeté sus lágrimas, sintiendo las mías asomar a mis ojos. Pensé entonces: ya hay aquí alguien que me quiere bien.

Me llevaron a la cárcel de Santiago, y una noche, ya en ella, me di cuenta con alegría de que con un poco de cuidado, bien podría escaparme, salvando una ventana que se encontraba en el fondo de la cárcel. En efecto, así lo hice, algunas

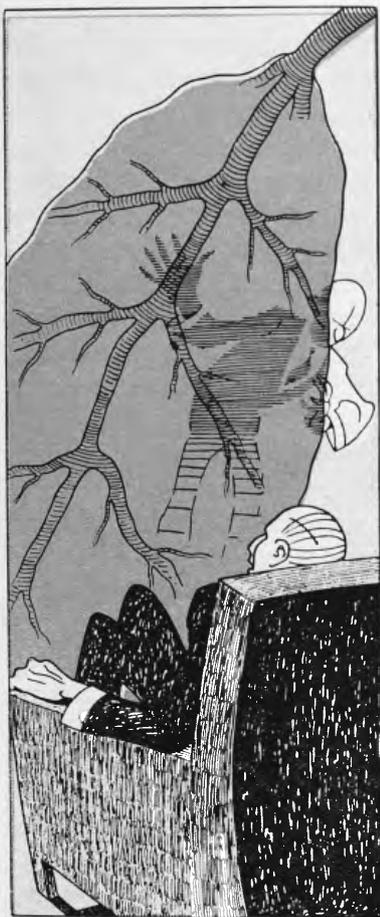
noches después, aflojando y quitando una verja de hierro de esa ventana y descendiendo por mis manos hasta el patio, donde caí de pies. Salí luego por los patios vecinos con cuidado hasta alcanzar la extremidad de la calle. Penetré por el portal de la primera casa, en donde había un mostrador, debajo del cual me metí, ocultándome, cuando oí los requiebros de un oficial del ejército para una muchacha del lugar a la que requería de amores. Cuando ésta suspendió la visita y cerró la puerta de la casa, el oficial se fué y yo oí el ruido de sus pisadas hasta que se perdieron en la plaza. Corrí luego hacia las afueras del pueblo y tomé el camino que conduce a Canto del Llano, lugar donde tenía su residencia la noble amiga de nombre Manuela Agapita, a quien había visto llorar por mí... Aunque la noche era oscura, pude dar, sin tropiezos, con la casa de esta amiga. Recordaba que cerca de la puerta de la talanquera del cercado había un aroma y lo busqué con las manos y lo toqué espinándome con él. Llegué a la ventana de la choza y toqué, preguntándome de adentro: «¿Quién es?—Soy yo, Manuela, ¿no me conoces?» «¡Ay, sí, mi Doctor, le voy a abrir», y me abrió.—Dame agua, le dije, me muero de sed, y ella corrió a la tinaja, tomó una totumita, la sacudió en la tinaja, la metió en ella y la sacó llena de agua brindándomela.

—«Mi Doctor, me dijo, lo voy a llevar a un escondite, en donde tengo guardado mi tesoro, en donde usted estará hasta que consiga un vaqueano que lo llevará donde quiera...» Y así lo hizo, llevándome a través del monte, por senderos que sólo ella conocía, hasta una claridad de bosque que lo constituía un rastrojo en donde se levantaba un rancho... Aguárdeme aquí, me dijo, a orillas de esta claridad de bosque, y se alejó algún tanto de mí y comenzó a dar palmadas, de tres en tres, hasta que del rancho contestaron del propio modo: con palmadas de tres en tres... Se volvió a mí y me dijo:—«Ahora sí, avancemos», y avanzamos hasta llegar al propio rancho. Allí nos recibieron un hombre y un muchacho, su marido y su hijo, que constituían su amado TESORO. Todo el día lo pasé en el rancho, durmiendo. A las doce me llevó un almuerzo, y en la tarde, la comida y el VAQUEANO con quien me dirigiría a Santa Fe, para de allí seguir a Calobébora, a orillas del mar del Norte y poder seguir de ese puerto, en cayuco, a Bocas del Toro y luego a Costa Rica...

Ya entrada la noche me fuí con mi vaqueano, y después de caminar larguísimo trecho, alcanzamos a oír un ruido sordo, algo así como inmenso torrente que se desborda. Salvamos el monte y llegamos a la orilla del Río SANTA MARÍA, sobre el paso de La Culebra, cuya creciente era inmensa. Aquello era un obstáculo; sin embargo, ante la eminencia del peligro, pues oíamos galopar caballos, me despojé de mis ropas más pesadas y dije a mi compañero: ¿Se atreve, amigo? Yo, continué, no tengo otro camino, ya que prefiero sucumbir bajo las aguas de este hermoso río a caer en manos de mis enemigos. Me hizo el VAQUEANO algunas observaciones que no escuché siquiera y, poniendo en Dios el pensamiento, me lancé a las aguas que corrían de una manera virtiginosa... Luché por espacio de algún tiempo contra la corriente y contra los árboles que llevaba ésta y al fin salí a la orilla opuesta. Me había salvado! Y mi vaqueano lo mismo, estaba allí a mi lado... Me subí sobre un barranco y exclamé en alta voz:

SI ALGÚN DÍA LLEGO A TENER PODER, HARÉ CONSTRUÍR AQUÍ UN PUENTE SOBRE ESTE HERMOSO RÍO! Y cumplí la promesa. El puente fue construído e inaugurado y sobre él pasan hoy, con toda comodidad, en invierno, con la creciente del río, y en verano, hombres y mujeres a pie y a caballo, carros, carretas, automóviles y toda clase de vehículos... Los peligros que corrí no han llegado a conocerlos los de la nueva generación y no han vuelto a confrontarlos los de la anterior.

LA HOJITA Y LA IGUANITA



CUANDO por un fallo de la Corte Suprema de Justicia me fue quitada mi nacionalidad, yo, desde el kiosco de la Plaza de Santa Ana, en acción de agradecimiento, pronuncié un discurso de pocas palabras, declarando, que, con todo y ese fallo que yo respetaba, —AQUÍ EN EL ISTMO DE PANAMÁ, QUE FORMABA ESTA REPÚBLICA, AQUÍ HABÍA NACIDO, AQUÍ QUERÍA VIVIR Y AQUÍ QUERÍA MORIR.

Con tal fin y con el de asegurar mi permanencia en la República, pensé en abrir de nuevo mi bufete de abogado y volver a ejercer mi profesión. Arrendé con ese objeto un cuarto bajo en la Avenida Norte, cerca del TALLER, y avisé por la prensa esta nueva, ofreciendo mis servicios. Pronto tuve numerosa clientela y comencé a aceptar poderes y a que mis clientes los presentaran a los Jueces y a preparar demandas ordinarias y ejecutivas. Estaba animado por las más grandes esperanzas; pero pasaron las dos o tres primeras semanas y los Jueces no habían sustanciado mis memoriales, acogiendo mis poderes, ni mandando siquiera copiar las demandas o hacer las notificaciones de éstas a los demandados. Se me estaba haciendo esperar y esperar... Hablé a los Secretarios de los Jueces sobre esto y se disculpaban y disculpaban a los Jue-

ces con el acopio de demandas y asuntos diversos, y esperé dos semanas más, y como al cabo de ellas no se me notificaba nada, me dirigí a los Jueces y con súplicas les pedí el despacho de los memoriales que les había dirigido. Despacharon al fin, algunos, y cuando vino la notificación de las demandas pasaron hasta tres semanas sin hacerlo. El portero enfermó primero, y no hubo portero por dos o tres días; se nombró otro interino y éste no daba con la casa de los demandados o no los encontraba, o habían salido para Colón...

Me fastidiaron hasta no decir más y yo desistí de ese género de ocupaciones. Pensé en irme a mi finca, en donde pastaban algunas vacas y yeguas de mi propiedad y resolví comprar algunas puercas finas para dedicarme a la cría de puercos. Tenía un amigo en ese tiempo que me quería mucho, quien acababa de recibir una de aquéllas, blanca, muy fina, de catorce mamaderas, y me la regaló bondadosamente. Supe que don Nicanor de Obarrio había recibido un par, una hembra de catorce mamaderas igualmente, y un berraco, y le propuse compra de ellos. Me los vendió en cien balboas, si mal no recuerdo, y resolví emprender mi viaje, con los tres nuevos animales, a Las Tablas.

En tres días más ya estaba en la finca, haciéndoles construir un chiquero a orillas de la quebrada, con un cerco largo hasta ésta y dos ranchos pareados, pegados a la cerca del llano, a sesenta varas de mi casa. El cerco largo estaba sembrado por frondosos árboles.

Yo me instalé en mi finca y trabajé con tesón, empleando las mañanas y las tardes del día en mis puercos y el medio día en mis libros que llevé para recrearme.

Para evitar la discordia no tuve ni una mujer en mi servicio y el cocinero era hombre; él mismo iba al pueblo diariamente a comprar todos los víveres que necesitábamos. Una vez a la semana iba yo al mar, muy cerca de mi casa, y otra vez a cacería de venados o palomas o iguanas, o a recoger la miel de las abejas cuyos panales abundan en verano.

De los amigos que me servían de guía en la cacería uno era un mozo de la vista más penetrante que yo haya conocido nunca. Veía a largas distancias y escudriñaba entre las ramas y entre las hojas de los árboles, así como entre las pencas de los piñolares que sirven para reforzar las cercas y así distin-

guía los gusanos y las hormigas que recorrían las ramas y las arañas que colgaban de sus telas, prontas a cazar sus moscas. Tan fina era su vista que veía pasar las abejas y siguiéndolas descubría su colmena... Con ese campesino amigo me iba yo a cazar los viernes y con él venía cargado de perdices o titibúas y torcazas; a veces con algún venado y otras con algún puerco de monte.

Así cazando, distraía los ratos que me dejaban francos mis animales y mis libros, viviendo en constante contacto con la naturaleza que tantos bienes nos proporciona y en la cual, como en un inmenso libro, aprendemos tantas y tan bellas cosas, que más tarde son a manera de sabias lecciones que nos van indicando en la vida los diferentes puntos de apoyo para seguir adelante en nuestros propósitos...

Yo, que nací y me levanté en medio de la naturaleza, que ensanché mis pulmones bebiendo el oxígeno puro que respiran nuestros campos, que aprendí el lenguaje misterioso de la brisa, al besar las ramas de los árboles, y en más de una ocasión, niño todavía, atravesé, ginete atrevido y en pelo, sobre brioso corcel, la llanura extensa, yo que al llegar a la ciudad, añoraba entristecido aquellos momentos plácidos de mi niñez, yo, repito, puedo decir, al evocar hoy encanecido por los años, los recuerdos de aquella edad feliz, que mis triunfos, mis anhelos todos de hacer el bien y conseguir para mi patria el esplendor que ella se merece, los debo, más que a todo, a mi contacto con la Naturaleza, que me enseñó cosas muy bellas y muy sabias, que más tarde fueron robusteciéndose con las lecturas y el constante estudio de las diversas ciencias...

Un viernes de aquellos, uno de los guías de que he hablado, el de la vista fina, llegó temprano a casa. Iba, como otras veces, a invitarme a coger iguanas. Aceptado que hube, nos pusimos en marcha, yo con mi escopeta y él con su daga. Pocos instantes después llegamos a una quebrada rodeada de frondosos árboles. Mi compañero se detuvo. «Una IGUANA a la vista»—me dijo—mostrándome con el índice la rama de uno de los árboles. A pesar de que me arreglé bien los anteojos, nada veía porque mi miopía es grande. Me tocaba a mí hacer el disparo y trataba por ello de escudriñar con la mirada, pero en vano... Veía, me dijo nuevamente mi compañero, en aquella rama donde se mueve una hojita. Detrás está la iguanita. Yo

miré en la dirección que me indicaba y vi moverse, efectivamente, una hojita. Miré a los lados y a otras ramas para ver si era el viento y se movían por él otras hojas. Y todo estaba en calma, sereno y tranquilo. Sólo la hojita indicada se movía. Apunté a la hojita; apreté con el índice de la derecha el gatillo de la escopeta y salió el tiro... La iguanita cayó al suelo ya sin vida.

Esta fue una lección que no he podido olvidar jamás, ya que desde ese momento pude ver, aunque después lo han comprobado muchos hombres de ciencia, que *no hay efecto sin causa*.

Y en mi vida, en este constante trajinar por el bien, a despecho de tantos sinsabores, siempre que veo moverse *una hojita* y no es el viento el que la impulsa, me digo: Detrás ESTÁ LA IGUANITA. Hay que apuntar sin miedo a que se pierda el *tiro*. La iguanita caerá, si apuntas bien, irremisiblemente.

LA ORACIÓN DEL PERRO PRIETO



Como todos saben, el Istmo fué el último reducto de la última revolución Colombiana. Cuando en los demás Departamentos se había extinguido por completo el humo de los combates y los cuervos abandonaban los campos de batalla, después del hartazgo sobre los cadáveres de millares de hombres que pagaron con sus vidas el amor a la libertad; cuando arriada había sido para siempre de los cuarteles la bandera liberal; entristecida y sombría, sin sentir la mano que la llevara a la cumbre; cuando todo esto sucedía en el resto del país, en Panamá las huestes liberales marchaban de triunfo en triunfo y la bandera que habíamos jurado defender hasta el sacrificio, tremolaba orgullosa, al viento sus colores, en tanto que las dianas de la victoria anunciaban ante el mundo sorprendido las hazañas de los valientes hijos de esta tierra. Nuestras montañas, llanuras y ríos supieron de las marchas triunfales de nuestros ejércitos reivindicadores, de los derechos conculcados por la tiranía imperante, y los dos mares que bañan las ístmicas costas tornaron más imponentes sus rugidos, como queriendo unir su protesta a la protesta de todo un pueblo herido en sus legítimos derechos.

Habíamos llegado con nuestro ejército a las montañas de

Coclé, donde permanecimos algunos días, escogiendo como punto estratégico el lugar denominado LA NEGRITA, donde acampó el Estado Mayor, colocando destacamentos en varios puntos cercanos, entre ellos en el Cerro de Santa Cruz, en Rincón de las Palmas, en Churuquita Chiquita y en otros que no recuerdo por el momento. Allí estaban conmigo los valientes y abnegados compañeros de armas, Mendoza, Obregón, Morales Eusebio, César Fernández, Plácido Suárez, Antonio Papi Aizpuru, Alfredo Patiño y muchos más, todos dispuestos al sacrificio y sonrientes siempre, ya que la hermosa causa que nos había unido merecía todo eso y mucho más. Nadie protestaba contra las calamidades que encontrábamos a cada paso en nuestro camino. Al contrario, todos pensábamos que era todo poco ante la pureza del sagrado ideal que nos hacía marchar siempre adelante.

Un día se nos dijo que el Gobierno estaba reconcentrando fuerzas muy cerca de nosotros con el fin de atacarnos en nuestras posiciones, y ante aquella alarmante noticia resolví dirigirme a los varios destacamentos con el fin de impartir órdenes y estudiar en cada uno de ellos la manera de poder hacer frente al enemigo si era que se atrevía a atacarnos, como se nos decía. Participé mi resolución al Estado Mayor, y pedí a Tomás Sánchez, uno de mis ordenanzas, las botas de campaña. Ya puesta la primera y acordonada hasta arriba, sentí de pronto una terrible punzada y luego otra y otra, hasta llegar a veinte. Ya me sentía desfallecer cuando uno de los oficiales con la espada cortó el cordón de la bota y, examinada ésta, se encontró arrinconado en la punta de ella un enorme alacrán de montaña, de color negro. Instantes después comenzó a hinchárseme el pie y la pierna y fui presa de fiebre bastante alta. Alarmados los amigos, se dieron a la tarea de buscar un curandero de la montaña, y pocos momentos después se presentaron con uno de los mejores que por allí existían. Yo, aunque no tenía gran fe en la curación por manos de aquel hombre, no objeté nada y convine en ponerme en sus manos. Se sentó al lado de mi cama, desnudó mi pierna y la colocó sobre las suyas. Hecho esto se santiguó y comenzó a rezar, en tanto que con la mano derecha me sobaba y sobaba la pierna, sin dejar de rezar siempre en voz baja. Así la pasó todo el resto del día—la picadura había sido por la mañana—y cuando vino la noche, pude conciliar el sueño, aplacado por completo el dolor. Amaneció el día siguiente y la fie-

bre y la hinchazón habían desaparecido como por encanto. Me arrepentí de haber dudado, y, llamando a mi lado al curandero, le dije que me dijera la oración con la cual me había curado, pero él me dijo que no podía decírmela, debido a que corría peligro si no me la aprendía de una vez, ya que ella terminaba así: «El que la sabe y no la reza, y el que la oye y no la aprende, el día del Juicio Final sabrá lo que esta oración contiene».

Su resistencia en decírmela fué invencible todo el segundo día, pero ya con la tarde, y habiendo yo averiguado que mi hombre estaba enamorado de una muchacha en Rincón de las Palmas, cuyo cariño no podía conseguir, lo hice llamar nuevamente y le dije: si me la cuentas te echaré la oración del PERRO PRIETO, con la cual se conquista el corazón de una muchacha. Si tienes alguna que no te quiera, óyela y apréndela y repítela en llegando a presencia de ella y la conquistarás al punto. Noté que se había impresionado y entonces, con cierto énfasis, le dije: antes de rezar la oración que te recitaré si me recitas la tuya, harás esto:

Se le arrancarán siete pelos de la punta del rabo a un PERRO PRIETO el día de viernes santo; se echan éstos en una latita que se pone al fuego hasta conseguir que se tuesten y una vez reducidos a polvo se le echan en la cabeza a la muchacha... Entonces rezas la oración que yo sé. Al día siguiente da el sí tan anhelado.

Mi hombre accedió complacido y me rezó una Salve, muy rogada, a la Virgen,—Reina y Madre... Yo le rezé la mía, que era otra Salve a la Reina de los Cielos,—Madre del amado Jesús y virgen también...

**“LOS ASADOS!,
TRAIGA USTED
LOS ASADOS!!”**



RECORDAR es vivir», ha dicho alguien, y en verdad, nada hay tan grato al espíritu como recordar hechos pasados; sobre todo, aquellos a los cuales estamos ligados íntimamente. Lo que voy a referir, lo he referido ya otras veces, tal vez en alguno de mis discursos, allá en la histórica Villa de Los Santos, ya que fué en ese pueblo en donde tuvo lugar lo que paso a relatar, en honor de un viejo y querido amigo, dormido ya en los brazos de la muerte, pero vivo eternamente en mis recuerdos...

Don José Encarnación Brandao—oriundo de Río Hacha, en Colombia— a quien mi padre tuvo el más hondo afecto, y a quien trajo a Las Tablas, cuando el Presidente don Bartolomé Calvo lo nombró Gobernador de la Provincia de Azuero, fué mi padrino, y, además, mi maestro de primeras letras, quien me enseñó a leer, no habiendo podido hacerlo su esposa, doña Isabel de Brandao, por mis protestas y rebeldías contra ella ante los dedalazos que me daba en la cabeza cuando no recitaba bien la lección. Era un hombre de figura impresionante, bastante moreno, gordo, de melena ensortijada y en desorden y de voz vibrante. En su amplio pecho guardaba un gran corazón, de esos corazones que

refrescan con alegrías y sonrisas lo que queda cerca, como las fuentes del valle y las plantas y flores que crecen en sus orillas. Poseía el dón de la oratoria, a lo que, seguramente, debió el figurar en la célebre Convención de Río Negro, como miembro importante entre aquella pléyade de hombres ilustres, cuando Bogotá, capital de Colombia, era la Atenas Sur Americana.

Cuando sobrevino el cambio de Gobierno y la cabecera de la Provincia volvió a Los Santos, Brandao se fué a aquella Villa, donde era querido y admirado universalmente. De todas sus bellas cualidades ninguna como su buen humor. Parece que los hombres gordos y sanos, generalmente, son chistosos y de ingenio, del propio modo que parecen inclinados a la tristeza o a la burla, a la fisga y a la sátira, los flacos flatulentos. El buen humor es la salud, sin duda, y también el claro cielo azul del alma, altamente favorable al ensanche de las simpatías y de las buenas relaciones. Hay gentes que confunden el ingenio y el buen humor con la burla y las bromas hirientes. No debemos confundir lo uno con lo otro. Las bromas han arruinado a muchos de los hombres que han hecho uso de ellas. He conocido en nuestro Istmo a dos hombres de talento, de los dirigentes de nuestra sociedad, que diariamente se echaban enemigos con sus bromas. Eran la mofa personificada, aplicada muchas veces a los defectos naturales de otros. El uno logró, con todo, llegar a la altura, pero con el prestigio de otros; el segundo no logró escalarla ni con ese auxilio. Chesterfield le enseñaba a su hijo, en una de sus cartas, que un bromista es pariente de un bufón, y que ni éste ni aquél pueden ser parientes del ingenio. El famoso inglés que escribió siempre las cosas más ingeniosas con el seudónimo de JUNIUS, decía esto: «No te consideres afrentado con un chiste. Si alguien te arroja mucha sal no recibirás ningún daño, a menos que estés despellejado o con úlceras»; pero la verdad es que no hay nadie en la vida que no tenga alguna desolladura y la sal se la irrita. En cambio, un rasgo, o una frase ingeniosa, un chiste de los que llaman de BUEN TONO, es alimento y bebida, fuerza para el brazo, digestión para el estómago y valor para el corazón. Brandao era un gran conversador que subyugaba la atención de sus oyentes, un chistoso y ocurrente, un hombre de ingenio. ¡Cuánto siento no haber

podido tomar, a causa de mis pocos años, las bellas cosas que le oí decir!

Cuando supo la terminación de mis estudios y mi regreso de Bogotá, me envió un posta a Las Tablas, con carta, invitándome a una comida de honor. (No había entonces ni señales de telégrafo.)

No vacilé en aceptar y prepararme para irme a Los Santos. ¡Mi primer banquete! ¡Qué alegría me dió! Iba resultando cierto lo que el mismo padrino me había vaticinado: «Tú serás un gran diplomático y un hombre de estado; estudia mucho y condúctete con dignidad». Cuando llegué a la Villa estuve preguntando a los vecinos a cada vuelta de esquina en dónde vivía Brandao, mi maestro. «El vive en la Calle de los Curas,—me contestaban,—en la esquina del CALLEJÓN DEL RÍO», y así seguí andando por las calles hasta que al fin asomé a la calle indicada y avancé. Brandao estaba en el alto portal y me adivinó al verme todavía lejos; bajó las graderías de ese portal y esperó que llegara. ¡Cuánta solemnidad con su ahijado y discípulo! Me bajó del caballo y materialmente me subió en sus brazos. Una vez en la sala me hizo sentar en una de las dos mecedoras que tenía y comenzó a hablarme de mi padre, a quien amaba como si fuera el suyo, y luego inquirió por mis estudios y mis planes y se solazaba pintando con los más vivos colores lo que llegaría a ser mi porvenir.

Algunos vecinos, a quienes les había hablado de mí, de los que fueron amigos de mi padre o de mi abuela, fueron a conocerme y el día transcurrió rápidamente en la más alegre charla.

En la tarde, desde las cinco, fueron llegando los invitados: don Marcelino Villalaz, don Francisco García y González, don Bebí García y tal vez un Sáenz y también un Villamonte que no puedo recordar bien. Todos vestían de gala, con el vestido dominguero: pantalón de dril blanco, aplanchado, saco de alpaca negro, camisa aplanchada de cuello volteado y corbata negra... Yo me encontraba emocionado con la solemnidad del festejo. Mi padrino Brandao era muy pobre, pero de seguro que iba a echar ese día la casa por la ventana.

Brindó el coctail (EL GALLO) y comenzó a animarse la concurrencia. Enseguida tomamos nuestros asientos alrededor de una mesa grande y redonda, yo al lado de mi amado

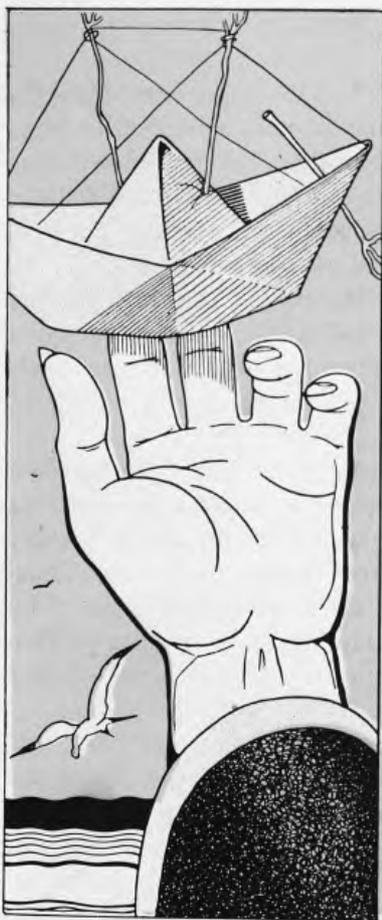
padrino. La sopa fué de fideos; la entrada, unos camarones, cogidos en el río de la Villa por un compadre del noble anfitrión; después un gran plato de arroz con CABITOS DE TABACO y otro, no menos grande, de TASAJO frito con tomates, y todo sazonado con la espiritualidad del hombre generoso que me festejaba espléndidamente. Yo me privé del tasajo frito y del arroz que eran mi comida cotidiana en Las Tablas, pensando sobre todo en el pavo y en la lechona asada que suponía debían ser servidos. Estaba inquieto, lo que, sin duda, advirtió mi amable padrino y maestro, y he aquí que después de mirarme sonriente, se volvió y gritó al criado que servía, con su voz fuerte:

«LOS ASADOS!, TRAIGA USTED LOS ASADOS!...»

Y un par de minutos después se presentó el criado con una gran bandeja que contenía seis hermosísimos, dorados, PLÁTANOS MADUROS ASADOS, de los cuales nos fue sirviendo uno a uno a todos los convidados.

Y yo que esperaba el pavo y la lechona asados, miré un poco descorazonado el hermoso plátano que me había servido y no tuve más remedio que hacerle los debidos honores...

**LA
NAVEGACIÓN
EN PANAMÁ
HACE
CINCUENTA
AÑOS**



ROCURAD plegar en dos una tira de papel en paralelogramo; haced luego paralelos dobles hacia el exterior, en los extremos; doblad aún más, en triángulos hacia el centro, las extremidades opuestas; ocultad sendos lados enseguida de estos triángulos; bajad el primer dobléz y extended aquí y tirad allá con sumo cuidado. De todas estas maniobras se habrá formado una barquilla de papel! Adherid ahora al fondo, perpendiculares, dos pajitas de escoba— el árbol mayor la una, la vara del trinquete la otra; y una más oblicua, de ésta a una extremidad cualquiera, y así tendréis la vara de los foques y la prora. La popa allá en la opuesta extremidad, y en un agujero, con un junquillo vertical, la caña del timón. Después anudad hebras de hilo de carretilla número 9, pegadlas con cera de colmena, cera prieta, y tendréis las jarcias. Cubrid la concavidad y sacad de las faldas de una camisa vieja, la vela mayor, la trinquetilla y los foques... El resultado os dará una idea de lo que eran los buques de mi patria ahora cincuenta años...

Sí; los buques eran aquí, como los de la pesca de arenques en la Rochela, en Flandes y en Finlandia— y como eran las naves en los tiempos heroicos de la

Grecia: frágiles, pequeños, incómodos, endeblés—juguetes de Neptuno—y semejantes al barco de Teseo, al buque de Jasón y aún, créolo así, al de veleras quillas de Aquiles.

¡Cierto! Después, medid diez o quince metros de longitud en tablas, dos y medio o tres de ancho, y dos y medio o tres de fondo, y de seguro os dará la extensión de aquellos barcos nuestros. De lona eran las velas, de cáñamo las jarcias, de mangle la arboladura toda, de brea y de clavos las juntas. Una abertura en popa, camarote común en donde iban los equipajes, las cajas de huevos, envueltos en capullos secos de maíz y otras menudencias. Una abertura en proa nos mostraba una bodega propia para menores gentes, las cabras y marranos, en confusión y ruido. En cubierta iban hombres y mujeres como racimos humanos, sobre JABAS (jaulas) de gallinas en cacareo continuo. Este era el buque.

Se viajaba así muy mal, como es de suponerlo. Mas Panamá, la ardiente, no tenía otro camino para estrechar la mano de los Distritos todos. Las carreteras (hoy las tenemos, fueron todo mi afán, y por ellas el viajero cruza alegre casi todo el interior de la República), eran muy costosas. Además, nuestros Legisladores sabios, nuestros padres, nos habían quitado el derecho de amagar al Progreso. El Mar, por el contrario, no era elemento caro: ni se hacía, ni se había dado en privilegio a nadie. Es invariable el mar, y siempre sus ondas llevan hasta la playa. Por otra parte, el viento no exigía por su esfuerzo nada.

Nuestros pueblos no habían errado en esto. ¿No ha enseñado la Ciencia, y repite, que debemos explotar, aprovechar los elementos naturales, y reales, llamarlos en nuestra ayuda, y sobre todo aquellos que se hacen menos sordos a nuestro llamamiento y ruegos? La tendencia es clara: se quiere llegar al infinito; allí donde Natura lo haga todo, donde el hombre ya Omnisciente no haga nada, y se mantenga,—oh! cielo azul!—de pan bendito!

Por lo tocante al Istmo, las cosas han variado; para esto ha contribuido la topografía, nuestra garganta bella. La tierra sale del Cauca como de entre macizos hombres, se estrecha y forma estrechada nuestro suelo. Al lado y lado, el mar; al centro, una serranía abatida sobre sí misma,—las faldas de los cerros luego, extendidas de costa a costa, hasta besar las ondas.

Los pueblos viven en las llanadas, todos con un brazo al mar, y el otro brazo a la montaña... Así, sobre el Pacífico: Arraigan, Chorrera, Capira, Chame, San Carlos, Antón, Penonomé, Agua Dulce, Santa María, Parita, Chitré, Los Santos, Guararé, Las Tablas, Soná y David. ¿Qué mucho que sean marinos todos y que años atrás hubieran sido las piraguas los medios de transporte? ¡Ah, los tiempos aquellos de nuestra vieja navegación!

Obra era toda de la Naturaleza cuando el viento soplabá. El hombre no hacía nada en esos casos. Un grito a veces: «¡LISTO, VIRAR!» y la vela mayor que pasaba y el trinquete que se movía, y andar! andar!... Verdeaba la mar, el viento llegaba. Infláse, lona, surca las ondas, bajel!... El hombre nada ponía en estos resultados. Mas de pronto, el mar se tornaba ceniciento, el sol con dardos de oro hería las frentes y la lona tomaba sobre sí grandes pliegues. Era el Chirú que encadenaba el viento allá en su roca y ya el bajel no podía surcar las ondas amargas. Naturaleza se recogía cansada y nadie podía llegar al término del viaje en la precisada fecha. Todos alzaban sus votos a los Dioses en un afán de aplacarlos; sacrificaban un cerdo o dos, veinte gallinas que entintaban en sangre roja de virgen del Mensabé, las aguas del mar tranquilo. Chirú es ferroz y adora el sacrificio en calma: dos, tres, diez cerdos morían, toda una partida en ocasiones. Sin embargo, como en Grecia, Divinidades hay en nuestro Olimpo que protegen y Dioses agríos que nos son adversos. Como allá—la corrupción, la intriga, el cohecho, el llanto, la amenaza, todo con éxito se emplea; y si un Dios se aplaca, diez se irritan, como en los duros tiempos del prudente Ulises. Así, no bien el Chirú se apaciguaba, cuando nuevas penalidades venían sobre los pobres navegantes. Se encapotaba Chame, el Canajagua airoso y Garachiné de antigua fama, y entonces, vendabales hórridos llegaban. ¡Arriar, marinos!, y aquí la vela que desciende en sacudimientos horribles y el trinquete que llora quejumbroso al foete de Aquilón. Negrea la mar. La noche llega, y vense como en poblado y en campo, a la oración, luces que huyen, que aparecen, que se ocultan tras las ramas de los lejanos árboles. Por entre las jarcias chilla el viento. Levanta el lomo enfurecido el Canalón profundo de Taboga y ya, casi, el débil bajel se raja a los embates. Todos alzan sus plegarias a nuestros Dioses y ofrecen al Canalón airado hasta sus vidas quebrantadas.

Y así, el buque se hundía al fin, o un día mojaba sus anclas, molido, en nuestra ensenada bella.

Obra era de la Naturaleza todo aquello y nada de los hombres que en aquella época todo lo esperaban del acaso.

Hoy, ¡cuán distinto todo! El vapor obra a indicación del hombre, de éste son todos los esfuerzos. La naturaleza sólo da su ayuda a los mortales. Y ya en nuestro Istmo los transportes son otros. Nuestros buques no son los de antes, buquecitos de mangle, como los buques de la pesca de arenques en la Rochela y Flandes—frágiles, endebles—juguetes de Neptuno, y semejantes a los de los tiempos heroicos de la Grecia, al barco de Jasón, al buque de la vela negra, ¡oh grande Egeo! y al de Aquiles de veleras quillas.

El progreso se ha abierto paso y la Naturaleza ha sido subyugada por el hombre sabio y fuerte. El vapor surca orgulloso la mar embravecida y lleva para el viajero blanca cama y un techo bien formado; para el Chirú, dardos certeros y armas también contra el terrible Chame, el Canajagua airoso y el Canalón de lomo enfurecido..

EL PATRIOTISMO



EL patriotismo es una de las virtudes cívicas que más honran a los pueblos. Pero no hay que confundir. No es patriotismo el que se exterioriza con algazaras en las plazas públicas, con gritos de VIVAS y MUERAS en los momentos de manifestaciones democráticas, con el afán de criticarlo todo, de menospreciar la obra de los demás, llegando muchos hasta la insania de pretender atribuirse honores que no les corresponden, creyendo así conseguir el aprecio y consideración de las masas populares. El verdadero patriotismo es de otra índole muy distinta. Es aquel que nos mueve a hacer el bien a nuestro país sin pensar en recompensas; es el que nos impele a ver en todo lo que nos pertenece algo muy grande, por pequeño que ello sea; a respetar y procurar ser respetados; a cumplir nuestros deberes de ciudadanos; a amar la virtud y por sobre todo, a poner nuestro pensamiento y nuestro corazón al servicio de los verdaderos intereses de la Patria.

Todas estas reflexiones me las hice cuando, al llegar al Brasil, para donde había sido nombrado por mi Gobierno como Ministro Plenipotenciario en el año de 1907, pude darme cuenta de tan relevante virtud en aquel pueblo. El brasilero tiene para todo

lo de su tierra un fervoroso culto. Sus hombres y mujeres, sus valles, sus montes, sus mares y sus ríos, son para el brasileiro lo más grande y digno de admiración. Su tierra es el paraíso y allí vive sin envidiar nada, en medio del más profundo respeto.

Ya en Río de Janeiro, me hospedé en el *Hoteldos Extranjeros* y allí permanecí diez días orientándome y durante ellos preparé la comunicación para el Barón de Río Branco, Ministro de Relaciones Exteriores, a quien ya había oído nombrar y cuyo talento era objeto de muchísimos elogios, tanto en su país como fuera de él. Al ver yo que habían transcurrido cinco días después del envío de mi nota sin que hubiera recibido la respuesta que fijara el día y la hora para el recibimiento oficial, quise conocer algunos detalles acerca de su persona, y a la hora del almuerzo pregunté al *Maitre de Hotel* si él conocía al Barón de Río Branco, a lo que me contestó cuadrándose con el mayor respeto:

—¿Barón de Río Branco? «Primo Diplomático do mundo.» «Le conozco, me dijo, es un caballero sin igual, muy inteligente, muy noble, muy discreto, muy amable, muy brasileiro...» Y en verdad, el Barón de Río Branco ha sido considerado como un gran diplomático y fué él quien ventiló la cuestión de límites con la República Argentina con inteligencia y ventajas para su país.

Otro día se me ocurrió preguntar a un huésped del hotel, de quien me había hecho amigo, si conocía la Tiyuca y me dijo:

—«¿Tiyuca? NO LA HA EN BUENOS AIRES, NO LA HA DO MUNDO.» Y así con todo lo demás de esa tierra, de modo que me iba acostumbrando al lenguaje y a la decisión de los brasileiros por su país.

Un día iba yo de paseo por las calles de Río Janeiro, acompañado de mi noble amigo don Rodrigo Octavio, muy notable hombre público y notable también por su inteligencia, por su caballerosidad, por su ilustración y por sus innumerables virtudes que lo distinguen. Al cruzar una calle nos encontramos con dos amigos de Octavio, personas muy distinguidas de la capital, que él quiso presentarme y formando así un grupo los cuatro, vimos allegarse a dos amigos más que eran amigos a su vez de los que me habían sido presentados. Reunidos todos, después de las presentaciones de rigor, y estando en una animada conversación, vimos venir por la acera, en la cual nosotros nos en-

contrábamos, una dama muy elegante, con vestido y adornos llamativos, y, además, moviendo al caminar sus caderas de un modo tan extraordinario, que no pudimos menos que mirarla al pasar, no sin un poco de malicia. Fué entonces cuando uno de los presentes exclamó en tono enfático:

—¡QUESTA DAMA ES LA PRIMA VIRTUTE DE RÍO JANEIRO! y dos o tres de los del grupo agregaron: «Ciertamente: LA PRIMA VIRTUTE DE RÍO JANEIRO!» Probablemente pensaron:

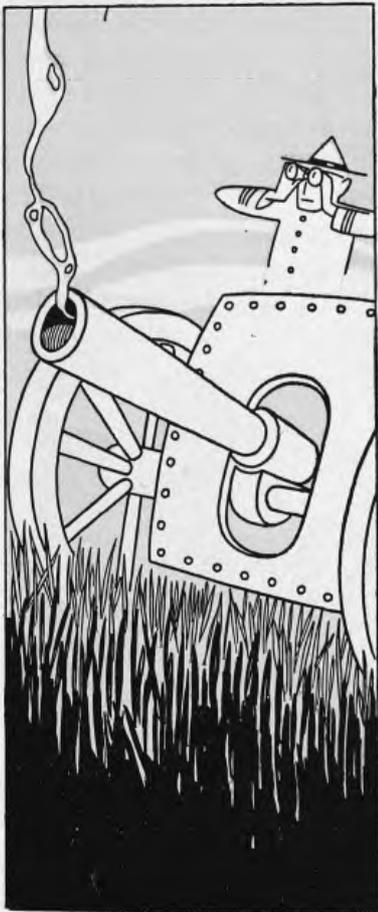
«¡NO LA HA EN BUENOS AIRES, NO LA HA DO MUNDO!...»

Así es todo en aquel bello país. Nadie habla mal de otro, nadie denigra, nadie pretende atribuirse honores que no le corresponden; nadie se empeña en destruir la reputación de sus semejantes. Y con tristeza pensé en una escena semejante, que pude ver en mi país, también como miembro de un grupo, como el que he citado de Río de Janeiro. Otra dama venía por la acera en donde nos encontrábamos unos cuatro o cinco amigos. Yo no la había visto venir; dos de los presentes se echaron a reír, tratando de ahogar sus risas sin alcanzarlo y hablándose en voz que deseaban hacer baja se decían: ¿Qué te parece? Dicen que ella fué... fué... ¡Cómo mueve el culantro!

Con tristeza pensé en esta mi tierra amada, en donde todos nos denigramos mutuamente, en donde las lenguas hacen doblar toda virtud, en donde no existe nada que no merezca reproche, en donde algunos hombres se hacen atribuir honores que no les corresponden y llegan en su ansia hasta conseguir que placas conmemorativas de algunas obras públicas sean reemplazadas con las de él para aparecer como autores de obras en que ni siquiera pensaron. Todo esto lo pensé, preso de la más honda tristeza y poniendo mi pensamiento y mi alma en ti ¡oh Panamá querida! me dije a mi mismo:

¿Cuándo será que podremos oír exclamar a tus hijos, plenos de legítimo orgullo?: ¡FULANO! primer talento del mundo. ¡ANCÓN! No lo hay en Colombia, no lo hay en el Perú, no lo hay en todo el mundo...

**“ESTAMOS
PERDIDOS;
MIREN
AL HOMBRE
COMO TIEMBLA”**



EN el Capítulo XIX de mi obra «MEMORIAS DE LAS CAMPAÑAS DEL ISTMO, hablo detenidamente sobre el memorable combate de Bejuco, que terminó con el triunfo de nuestras armas y que,—a no ser por el gusanillo de la emulación y de la envidia que ya, desde tiempos atrás, había formado su nido en el corazón de ALGUNOS, que no quiero mencionar,—habría sido el epílogo glorioso de nuestra campaña, sellando con la entrada triunfal a la ciudad de Panamá el triunfo definitivo de la revolución en el Istmo... Pero no está mi ánimo para recriminaciones en estos momentos y sólo quiero relatar algún hecho al cual estuve yo ligado y que a despecho de los años no he podido olvidar jamás...

Al amanecer del día 8 de junio, cuando las tropas del Gobierno avanzaban cautelosas con el marcado propósito de sorprendernos en nuestras posiciones, llegué yo con el Estado Mayor al cerro LA NEGRA VIEJA.

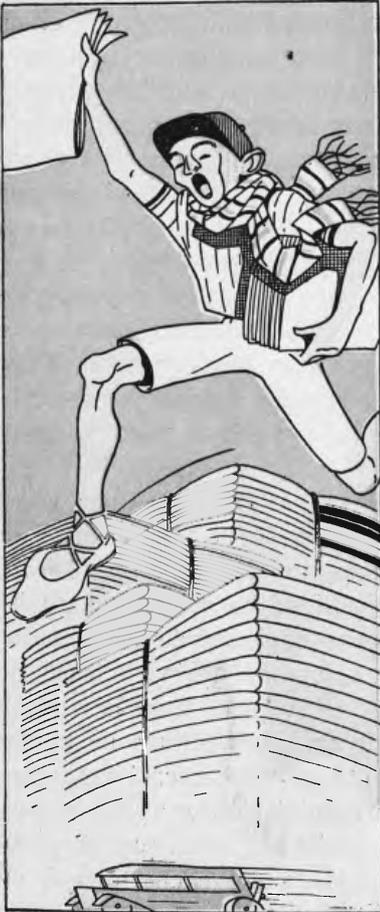
Allí estaba, de nuestras tropas, el batallón de artillería, listo, pero sin ver al enemigo, oculto todavía por el espeso bosque.

Momentos después se les pudo divisar a lo lejos. «Doctor, mírelos, allá están», decían algunos y yo pedí los binóculos para poderlos ver. Los tomé y los dirigí en la dirección que me

decían y mis manos temblaban. Mi emoción era inmensa. «Entonces oí la voz de un soldado que les decía a otros: «¡CARAJO! ESTAMOS PERDIDOS; VEAN AL HOMBRE COMO TIEMBLA...» Vino a mi memoria el recuerdo de mi padre cuando al recibir la visita de sus padrinos para un duelo, que debía efectuarse ese mismo día, lo encontraron tembloroso, y al hacerle ver que sería imposible que se batiera, ya que ese temblor denunciaba miedo, él, lleno de indignación, les dijo: «Si tiemblo, me amarrarán en algún tronco, y si no puedo retener el arma, me la amarran también a la mano, pero yo no puedo dejar de batirme.» Castellanos, el valeroso artillero de nuestro único cañón Krupp, llamándome me dijo: «El enemigo se acerca. El primer tiro de nuestro cañón será en su honor y para gloria de usted. Dígame a qué distancia apunto y deme después las voces de mando.» Yo volví a tomar los binóculos y a mirar por ellos para apreciar la distancia y mis manos los sostenían con firmeza esa vez, y entonces oí al mismo soldado de antes, diciéndoles a sus compañeros: «Véanlo, véanlo, YA NO TIEMBLA EL HOMBRE.» Y en verdad, ya no temblaba yo. A la voz de tres, Castellanos tiró del cordel del estopín y el cañón retumbó. Yo ví caer la bomba en un grupo de enemigos, de los cuales tumbó a once..

El recuerdo santo de mi padre me trajo la serenidad tan precisa en aquellos sublimes momentos y ya no pensé sino en Dios y en mi patria...

LA PRENSA
EN BUENOS
AIRES
Y RÍO
DE JANEIRO



Lo primero que siempre hago para apreciar la cultura de un país que visito por primera vez, es procurar conocer su prensa. Es este cuarto poder, como lo llaman con muchísima razón, el más fiel espejo de la sociedad, espejo que no puede ser empañado. La exageración patriótica, en efecto, bien puede desgañitarse dentro y fuera de un país, proclamando la bondad de sus costumbres, la abundancia que hay en él, el carácter bondadoso y hospitalario de sus habitantes, su moralidad, su progreso y cuanto quiera, que si por desdicha no hay nada de eso, en la prensa de ese país, que es como decir en la plaza pública, la mentira queda desenmascarada, y la verdad exhibida en toda su desnudez.

Cuando era muchacho, estudiante en Bogotá, en aquellos tiempos en que los hombres notables de Colombia se divertían en discusiones gramaticales, sobre la significación de un nombre o un pronombre (una vez los señores Caro y Conto discutieron durante un mes si se podía o no decir *mayormente*), y sobre el valor de los derechos individuales, oí decir a menudo que la PRENSA era una válvula que no se podía cerrar sin el peligro de las explosiones. De hombre me convencí, luego, de

esa verdad de a puño; pero la prensa es algo más que una válvula de seguridad para gobiernos y pueblos, lo es también de escape irremediable. La prensa, dijo alguien, es el termómetro que marca el grado de civilización de un pueblo. Y nada más cierto que esto. Lo bueno y lo malo de un país. lo noble y lo deforme que tiene, lo que siente o lo conmueve y agita, su corazón y su carácter, su saber y su cultura, su pequeñez o su grandeza y su moralidad o su corrupción, por su prensa se ve o por su prensa se descubre, porque ella es muestra y demostración al mismo tiempo, vehículo y órgano.

Cuando por primera vez llegué a Buenos Aires, la mañana era fría y nublada; y, más vale que así llegara, porque, aunque el puerto es grandioso, superior en extensión y en movimiento a todos los puertos de Francia, y comparable sólo con el de Nueva York y con el de Liverpool, si la neblina no me hubiera encubierto las calles lodosas y sucias de la vía, los docks y malecones, mis simpatías por Buenos Aires habrían sufrido mucho y habría entrado a la ciudad prevenido contra ella o por lo menos contra sus autoridades. Pero yo no vi nada, ni distinguí bien el puerto, ni lo adiviné siquiera. La neblina empañaba los vidrios de la portezuela del coche y arrebujado dentro de éste apenas si oía chapotear los rocines que lo tiraban. No fue sino cuando comprendí que había entrado a la ciudad cuando me interesé por ver las cosas exteriores por donde pasaba. También entonces la neblina había cesado y los vidrios del vehículo habían recobrado, un tanto llorosos, y poco a poco, toda su limpidez.

Casi no había gente en las calles. Buenos Aires, como otras ciudades de América que conozco,—Río de Janeiro, por ejemplo,—se despereza en la mañana muy tarde. El coche cruzó por la gran plaza de Mayo y yo me llené de curiosidad y miré a lo lejos. Distinguí en ella las cosas comunes de las grandes plazas: árboles, grama, fuentes y columnas. Mi vista pasó de largo y en seguida entré a la hermosa avenida, llamada también de Mayo. A la derecha, delante de un gran edificio de piedra y mármoles, distinguí como cincuenta individuos, casi todos muchachos, arreglando con presteza y animación, grandes paquetes de papeles. La impresión que recibí fue viva, pronta y dominante. Bajé el vidrio de la portezuela del coche, asomé mi cabeza por la ventanilla y le pedí al cochero que parara.

—Qué es esto,—le dije,—este montón de gente con papeles, en la soledad de esta hora, en esta ancha y hermosa calle?

Sorprendido el cochero de que me admirara de lo que ya a él no le causara ninguna novedad, me dijo rápidamente:

—Eso es LA PRENSA...

—¿Cómo LA PRENSA?—repliqué. ¿Qué quiere decir eso?

—Digo,—gruñó el cochero,—digo que eso es un periódico, el diario LA PRENSA, que van a repartirlo ahora; que ese gran edificio es de él, que allí lo imprimen y que hay cien o doscientos muchachos más que están por distintos puntos de la ciudad, esperando que éstos lleguen para tomar su parte de diarios y ayudar a su venta y distribución.

Yo no pude contenerme. Me bajé del coche y me puse a mirar el palacio, adornado a la sazón con las banderas de todos los países hispano-americanos, así como a contemplar el enjambre de muchachos en su afán de acomodar y amarrar con cordeles sus diarios ya plegados. En un momento dado, de acuerdo y como a una voz de mando, se desparramaron por la Avenida y por Rivadavia y por las calles vecinas, preguntando: ¡LA PRENSA! y con ella, las noticias sensacionales. Confuso, conmovido, pensando en esta querida Panamá y en nuestra ESTRELLA y nuestro modesto DIARIO y en otro que para aquel entonces también se titulaba LA PRENSA, a los cuales servían en la repartición y venta una docena de muchachos y sobraban; le dí orden al cochero de que siguiera al hotel, y así conmovido, sorprendido y triste, me metí en el coche y seguí de nuevo arrebujado en su fondo.

También en Río de Janeiro una de mis primeras y más vivas impresiones me las causó un diario. Instalado por la noche—un sábado—en el HOTEL DOS EXTRANJEIROS, pedí que muy de mañana me llevaran a mi cuarto los principales diarios de la ciudad. A la mañana siguiente pusieron en mis manos un paquete de impresos. Creí, en efecto, que eran, como lo había pedido, los principales diarios y comencé a desdoblarlos. Cuál no sería mi sorpresa al ver que aquel rollo de papeles, aquella especie de libro o folleto de grandes dimensiones y numerosas páginas no era sino un solo diario, O JORNAL DO COMERCIO. Ya en Inglaterra y en los Estados Unidos habían caído en mis manos esos otros libros que se llaman THE TIMES y THE NEW

YORK HERALD; no era, pues, la primera vez que veía un diario de formato tan grande. Pero el que me entregaban en Río de Janeiro, no era un diario inglés, ni norteamericano. El caso era, o es, igualmente extraordinario. ¡Con que en el Brasil también había cosas grandes! ¡Con que esos otros latinos, hijos de portugueses, tenían del propio modo una gran prensa! Y, como en Buenos Aires, pensé con tristeza en Panamá, donde la prensa no es lo que debiera ser, sino más bien campo propicio para esgrimir las armas del odio y echar a volar la calumnia y la reputación de nuestros hombres.

¿Cuándo tendremos una prensa digna, atrayente, ilustrada y bella?

LA
SANIDAD
DE
PANAMÁ
HACE
SESENTA
AÑOS



HACE más de medio siglo, cuando yo no tenía sino nueve años, vivió en Las Tablas la familia de don Lino Clemente Herrera. Este caballero era de Bucaramanga, en Santander, Colombia, y había venido a Panamá con el fin de establecerse, como lo hacían a menudo otros, como el señor doctor don Manuel Amador Guerrero, don Bartolomé Calvo, doctor don Demetrio Porras y muchos más que lograron abrirse paso en nuestro país y ocupar posiciones eminentes en él. Don Lino Clemente era un hombre moderado e íntegro, un caballero a carta cabal que ocupó por mucho tiempo uno de los Juzgados de circuito de Panamá, que desempeñó siempre con ecuanimidad y justicia. Casó entre nosotros con la señora de la Rosa, dama apreciada y distinguida de nuestra sociedad y fundó con ella una bella familia, de la cual no queda ya un solo miembro en nuestro país. Rosita y Herminia, muy bellas, casaron con extranjeros, la una con un cubano que se la llevó a su patria, y la otra con un peruano que se la llevó igualmente a la suya, sin volver nunca más a esta tierra. Lino Clemente Herrera Jr., fue enviado a Bogotá a estudiar y permaneció varios años en esa capital, haciendo sus estudios y

regresó sin terminarlos. Hortencio y Rodolfo fueron otros dos gallardos hijos de don Lino, y Darío, por último, el menor, que fue un escritor y poeta brillante, de inspiración y renombre en nuestra América.

Cuando don Lino lo creyó conveniente, repuesta su esposa de la enfermedad que la atacó en Panamá, se vino con su familia de Las Tablas a esta capital y se instaló en una casa de un alto, en la parte Sur de la calle 13, llamada en aquel tiempo *Salsipuedes*, dos casas más de por medio con el mar, en donde terminaba la calle. Detrás le quedaba el llamado *Javillo*, y por delante una barraca que en cierto modo servía de mercado, y seguidamente, el barranco de la playa hasta la loma en donde doña Leona de León poseía ya su tienda renombrada. En esa calle, hoy del mercado, existían cuatro casas al Norte, frente a la barraca y al barranco de la playa, en una de las cuales tenía situada su tienda don Manuel M. de Ycaza, y, además, la casa baja, de un solo piso y de ancho portal, la misma en donde los señores Pinel han tenido mucho después su oficina de la Navegación Nacional, casa que era nombrada LA TARATANA (La Atarazana), en donde se vendían las frutas, las aves y los granos.

Don Lino y su esposa guardaban cariño y gratitud por mi familia, y un miembro de ésta, don Cornelio Escobar, comerciante de nota de Las Tablas y Guararé, marido de mi tía María de las Nieves, solía hospedarse en casa de ellos cuando venía a Panamá a hacer sus pagos y nuevas compras. Vivían los Herrera empeñados en que mi abuelita les hiciera una visita y lo lograron al fin, viniendo ésta conmigo a Panamá y hospedándose en casa de estos distinguidos amigos por más de medio mes.

Como fue visitada y atendida también por otras familias que la conocían, al cabo de diez días, viendo acercarse su regreso a Las Tablas, comenzó a visitarlas a su vez. Solía ir acompañada de una criada de los Herrera que conocía muy bien la ciudad, y de mí, de quien no se separaba nunca. La primera vez que salió fue a la prima noche, todavía con la luz del crepúsculo vespertino, y naturalmente, pasamos por delante del barranco de la playa, en donde,—le decía la criada,—ponían a exhibir en el suelo el pescado y se le vendía diariamente. «Aquí, decía ella, aquí se vende el pescado, y allí, en

ese portal que es La Taratana, se venden las naranjas, los mangos, las chirimoyas, las ciruelas, las piñas y los mameyes. En ese portal, allá abajo, al comienzo de la calle, el arroz, el maíz, los frijoles y los quimbolitos.

Hablando así vimos venir tres mujeres de color con rodillos de trazo en la cabeza y sobre los rodillos unos pequeños potes de madera o terracota tapados. Bajaban con gran cuidado la cuesta en donde está ahora la rampa, y mi abuelita le preguntó a la criada:

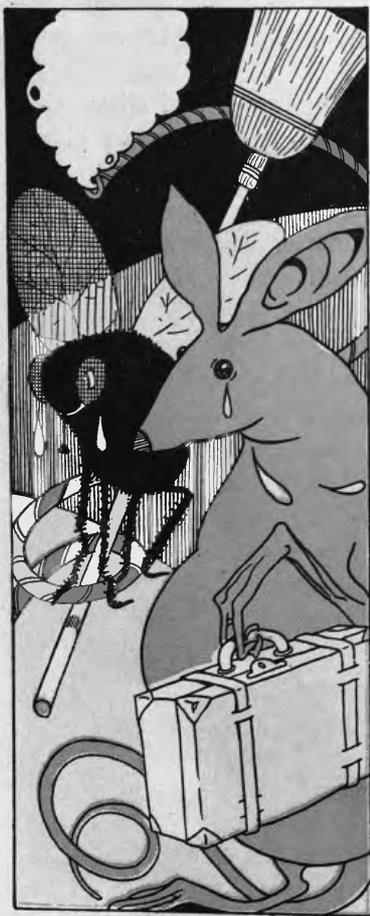
—Y éstas, ¿qué venden?

—Estas no venden, doña Francisca, éstas llevan. . . . llevan. . . . que van a botar al mar desde allí, desde el barranco.

Yo me había acercado mucho a mi abuelita para oír y había oído esto distintamente. Aunque era muchacho me impresionó mucho aquello y noté que también había impresionado a mi abuelita.

Hoy, después de tantos años, al pasar por el mismo sitio, recuerdo lo pasado y ¡cuán distinto todo! ¡Me detengo y pienso en el destino del hombre! A aquel muchacho, impresionado vivamente por la relación de la criada, le tocó en suerte contribuir a que terminara para siempre aquella dolorosa escena que ponía un tinte de tristeza en el espíritu.

LA
SANIDAD
EN
PANAMÁ



ALGUIEN ha dicho, con sobra de razón, que a los pueblos hay que hacerles el bien a despecho de ellos mismos. Y es que, por lo general, éstos se acostumbran a vivir en la indolencia, y cuando se les despierta de ese letárgico sueño, se levantan como energúmenos y protestan, considerándose heridos en su libertad, si es que podemos llamar libertad ese estado de morbosidad inconsciente en que viven. Aquí, entre nosotros, hemos curado el mal, no sin algún esfuerzo, ya que toda iniciativa en bien de la comunidad, ha levantado protestas y ha merecido hasta insultos y calumnias, aunque después, como ha sucedido, esos mismos consideran la obra que motivó sus infundadas cóleras, como una bendición de lo alto.

Las escenas que presenciamos todos a causa de las medidas adoptadas por la Sanidad americana, apenas iniciada la República, con el fin de librarnos de las mortíferas siete plagas de Egipto que habían hecho irrupción entre nosotros, fueron por demás numerosas y son una prueba de cuanto dejamos dicho. Yo, personalmente, fui testigo de alguna que nunca olvido y que paso a referir.

Fue allá por el año de 1907, si mal no recuerdo, cuando el Gobierno me nombró Ministro en

el Brasil. Ya en vísperas de mi viaje quise despedirme de algunas familias amigas y así lo hice. Al entrar a la casa de una de esas familias, muy querida por cierto, y cuyo nombre me reservo, pude notar, estando ya en la sala, que la señora, jefe de la casa, y sus encantadoras hijas, estaban muy nerviosas y a cada momento miraban hacia la puerta de entrada. Pocos momentos después escuché que tocaban a la puerta. La dueña de la casa se levantó corriendo y decía en voz alta: «¡Allí están, allí están! Vienen a botarnos de la casa...» Sin saber de qué se trataba, me apresuré a preguntarle, y ella, mostrándome a los que en la puerta aguardaban, me dijo: «¿No comprende usted? Esos, los enemigos del país, que vienen a obligarnos a salir de nuestra casa, vienen a botarnos. Esto es verdaderamente insoportable. Ellos son los amos...» Fui al encuentro de los que ella llamaba «amos y enemigos del país», que no eran otros que los americanos empleados de la SANIDAD, quienes de manera culta y respetuosa, hicieron ver una semana antes la necesidad de aquella medida, pidiendo a la señora que abandonara la casa por el día y la noche, como había sido notificada, para poder fumigar las habitaciones y poner en práctica lo conveniente para extirpar los mosquitos y demás plagas que debían tener allí su nido. La familia, llena de encono, comenzó a recoger sus ropas de vestir y de cama con el fin de trasladarse donde una familia amiga y yo me puse a sus órdenes para ayudarlas en aquel trance que ellas no podían justificar un solo instante.

Ya todo listo, los empleados de la Sanidad entraron, armados de escaleras, paquetes de papel, piretro, tiestos y engrudo y demás enseres necesarios para la fumigación y comenzaron por cerrar herméticamente las habitaciones, pegando papel en todas las rendijas, para poder así fumigar la casa, tal como habían hecho con otras muchas. La familia, llorosa y renegando de aquellos que llamaba «los amos», abandonó la casa, y yo, apenado con todo aquello, ya que no querían entrar en razones, me ofrecí para acompañarlas, y así lo hice, dejando en la casa a los hombres aquellos que iban—a despecho de los dueños—a extinguir para siempre los factores principales de todas las enfermedades, que en Panamá y en el extranjero habían puesto una nota de terror.

Permanecí por varios años ausente del país. Al regresar, todavía con el recuerdo de aquella escena, encontré transfor-

mada la ciudad. Sus antiguas calles, empedradas con piedras puntiagudas y lodo entre piedra y piedra, estaban adoquinadas con ladrillos, y me fui a visitar a las amigas, las del día de la fumigación, y las encontré a todas muy contentas. Me decía la misma señora que había estado tan brava, al preguntarle yo, cómo les había ido el día de la fumigación, me decía, repito, con marcada alegría: «¿Ha visto, Doctor, las calles? Por ellas puede uno andar en medias sin ensuciarlas. Usted no se imagina, al regresar nosotras a la casa el día de la fumigación, cómo la encontramos: llena de ratones y mosquitos y cucarachas, alacranes y ciempiés, y mil bichos más, todos muertos. Yo no sé cómo hemos podido vivir por tanto tiempo entre esos animales. A los americanos, que nos ha traído la Sanidad, debemos considerarlos como una bendición del cielo...» Yo no pude más que sonreír y decirme interiormente:

Los progresos y las innovaciones tienen las resistencias de quienes no los entienden. Hoy proclamamos como un gran bien lo que creímos antes un terrible mal. La humanidad se conduce siempre lo mismo en todas partes.

LA
SANIDAD
EN EL
INTERIOR



VA he hablado de lo que era en la ciudad de Panamá y Colón la sanidad mucho antes de nuestra separación de Colombia, y por ello bien se puede deducir lo que sería ésta en el interior de la República, en donde hoy a pesar de todos los esfuerzos deja todavía mucho que desear. Poblaciones hay en donde la vida se hace insoportable, debido a la falta de higiene, ya que sus habitantes no se preocupan de ella, y debido a la distancia de la capital, el Gobierno tropieza con mil dificultades para contribuir al saneamiento de ellas. Y si entre nosotros los capitalinos la Sanidad americana tropezó con una y mil dificultades en su afán de proporcionarnos tamaño bien, extirpando los mosquitos y toda clase de bichos que eran una eterna amenaza para nuestra [salud, ¿qué podría esperarse de aquellos pueblos, acostumbrados a una vida inferior. si se quiere, y para quienes esos remedios eran como atentados contra el derecho de vivir...? El mal, aunque no en proporciones tan alarmantes, continúa en no pocas poblaciones de nuestro país y pasará mucho tiempo para que desaparezca por completo. Se necesitaría un esfuerzo superior y éste es el que no vemos hoy por ninguna parte... La anemia, debida a la falta

de higiene, troncha en flcr millares de existencias, y los que llegan a subsistir al mal, caen bajo una depresión moral que los hace inhábiles para todo, indolentes, faltos de espíritu privado y público, para quienes la vida no tiene ningún atractivo.

Parece mentira, pero pueblo enfermo de cuerpo, es pueblo que va indefectiblemente a su completa ruina tanto moral como material. Como consecuencia viene el decaimiento del espíritu y nuestro brazo es impotente para levantarse en un gesto de protesta contra los que quieran avasallarnos... Los pueblos que hoy son la admiración del mundo entero, Estados Unidos, Inglaterra, etc., han sido siempre pueblos sanos y de allí su deslumbrante poderío. Nuestra raza necesita del esfuerzo propio para alejar de nuestro alrededor todo germen nocivo a la salud, y si ese esfuerzo no es suficiente, aceptar complacidos el que nos presten nuestros amigos de otra raza que han venido a convivir con nosotros, tal como lo han hecho los americanos, a quienes debemos hoy, siquiera en Panamá, Colón y otros pueblos vecinos, la mejora de nuestra salud y el adelanto que hemos alcanzado.

Para dar una idea de lo que eran nuestros pueblos en un tiempo no muy lejano, en que los excusados eran completamente desconocidos, voy a referir un episodio doloroso, que me hizo sonrojar de vergüenza y me obligó a pensar en un remedio para poner fin a tan lamentable estado de cosas.

Con motivo del nacimiento de mi hijo Rodrigo en el Hospital Ancón, hoy Gorgas, visitaba con frecuencia ese establecimiento, llegando a entablar amistad con algunas de sus principales empleadas (nurses), americanas todas y muy apreciables y a quienes llegué a considerar mucho. En 1912, estando yo en la Presidencia de la República, les hice una visita en el Hospital y algunas de ellas me dijeron, muy contentas, que estaban ideando un paseo a La Chorrera, en donde se pasarían dos o tres semanas de vacaciones para bañarse en el chorro y montar a caballo y comer frutas frescas, ya que iban dispuestas a pasar de lo más felices. Que habían escogido ese pueblo por las buenas referencias que de él tenían, por ser el más cercano de la capital y por sus baños que eran encantadores. Yo las animé mucho y les ofrecí ayudarles con algunas cartas para los amigos y las autoridades, con el fin de que en los días que pasaran en el pueblo no se les dificultara nada. Me

agradecieron mucho y el día de la partida fueron a despedirse de mí a la Presidencia muy contentas. Vamos dispuestas—me dijeron nuevamente—a vivir de lo más felices dos o tres semanas. Y se alejaron, llevando en las pupilas retratada la visión del pueblo en donde esperaban descansar de sus faenas diarias, bañándose en las aguas bullidoras del renombrado CHORRO, y luego, en briosos corceles, recorrer la llanura bajo el esplendoroso sol de nuestros trópicos...

Trascurrida una media semana tuve noticias de que las apreciables excursionistas habían regresado. Me sorprendió sobremanera aquel inesperado regreso y en una de mis salidas fui a visitarlas con el fin de saber a qué se debía aquel cambio en el programa que tan contentas se habían elaborado. Me recibieron como siempre, con la mayor atención, y al averiguar el motivo de su inesperado regreso, noté que se miraban unas a otras y en sus labios se dibujaron sonrisas extrañas y evadieron la respuesta muy gentilmente. Les manifesté mi profunda pena por la mala impresión que pudieran haber recibido en su paseo y convencido de que algo serio les había sucedido, traté de averiguar por todos los medios lo que fuera.

Pocos días después una amiga de ellas y mía me contó y fue entonces cuando sentí enrojecérseme el rostro de vergüenza.

Al día siguiente de haber llegado al pueblo y haberse hospedado en el único hotel que allí existía, una de ellas preguntó a una criada el lugar a propósito para cierta necesidad, y ésta, señalándole el patio, le dijo: «Vea, allá detrás de aquellos árboles...» Con pena se dirigió nuestra excursionista al lugar indicado, pero no podía hacer otra cosa en tan difícil trance. Pocos instantes después de haberse internado en el patio, se oyeron en el hotel los gritos de nuestra dama pidiendo auxilio. Corrieron sus compañeras y los dueños del hotel en dirección de donde salían los gritos y el cuadro que se presentó ante sus ojos fue de lo más extraño: la apreciable dama americana, con los vestidos desgarrados, trataba de librarse de una gran piara de cerdos que la acosaban por diferentes puntos, después de haberla echado a tierra dañándole los vestidos. No supo ella, como en otros pueblos se acostumbraba, ni se lo avisó la criada, amontonar piedras y ponerlas al alcance de la mano para defenderse, al ser acosada. De regreso al

hotel, llenas de indignación y renegando del pueblo, las enfermeras resolvieron regresarse en el acto, sin la satisfacción de bañarse en el CHORRO y sin la de correr por las llanuras a caballo, como lo habían soñado tantas veces.

NO
FUE
SANTA
LIBRADA...



DESDE niño he tenido la costumbre de levantarme muy temprano. Costumbre que hoy bendigo y que ojalá pudieran seguir todos los jóvenes. Pero en estos tiempos quizás es mucho pedir. La generación de hoy es muy distinta. La mayoría de nuestra juventud madruga, pero a acostarse.

¿Cómo llegué a adquirir esta costumbre? No he podido olvidarlo nunca. Mi abuelita, ligada tan íntimamente a todos mis actos infantiles, acostumbraba hacer pan. Todos los días, indefectiblemente, se levantaba a las cuatro de la mañana junto con mis tías, con el fin de encender el horno y comenzar sus labores. Muchas veces, todos los días, mejor dicho, me rogaba que me levantara yo a la misma hora para que les ayudara a encender el horno. Yo le prometía hacerlo; pero llegado el momento de abandonar la cama, mi cuerpo se resistía y no me quedaba otro camino que obedecerle y continuar entre mis sábanas hasta ya entrado el día. Mi abuelita se valía de todos los medios, además de sus consejos, para conseguir que abandonara el lecho a la misma hora que ella acostumbraba. Me hablaba de la belleza de la aurora, saludada por el armonioso canto de los pájaros. De cómo el espíritu se alegra, contem-

plando el majestuoso ascenso del sol y de mil cosas más que todos aquellos que madrugan pueden comprender fácilmente.

Por aquella época había llegado a Las Tablas un nuevo maestro, don Isauro Borrero, del interior de Colombia, precedido de gran fama, debido a sus múltiples conocimientos en el ramo de enseñar al que no sabe.

En el pueblo todos estaban muy contentos, sobre todo los padres de familia, que así tenían un buen maestro para sus hijos. En aquellos tiempos eran tan raros esta clase de educadores, que no era para menos aquel regocijo.

Y fuimos a la escuela. Todos los muchachos estábamos encantados con el nuevo maestro. Como todos saben, los métodos de aquellos tiempos eran muy distintos a los de hoy. Teníamos que aprendernos las lecciones al pie de la letra y cuidado con el que no lo hacía.

Yo estaba en las primeras nociones de la aritmética y con frecuencia confundía UNIDAD CON CANTIDAD. Don Isauro se impacientaba y un día me llamó ante todos los demás niños de la escuela y me dijo:

«Me habían dicho que usted era el más aprovechado y el más inteligente del pueblo; pero ahora veo que no es así, sino todo lo contrario, veo que Ud. es el más bruto».

Aquello me llegó como una puñalada. Mi espíritu sufrió una intensa conmoción y llegué a mi casa de lo más afligido. Las palabras de don Isauro repercutían en mis oídos como una campanada... «El más bruto!!...»

Mi abuelita y mis tías comprendieron que algo me había pasado y me acosaron a preguntas. Yo guardé el secreto. No quería por ningún motivo repetir las palabras del maestro.

Todo el día lo pasé dedicado a mis libros, y por la noche, después de haber rezado con mi abuelita la oración acostumbrada, le dije:

Oye, Mime, llámame por la madrugada y te encenderé el horno... Era de haberse visto la emoción de mi abuela. Alzó los brazos en alto hacia el cielo y dijo:

«¡Ay! Santa Librada de mi alma; has oído mis ruegos y oraciones y has inspirado a mi hijito».

Y yo que la había oído, pensé para mí: «No ha sido Santa Librada, sino don Isauro Borrero».

Fue así como pude adquirir la costumbre de levantarme

a las cuatro de la mañana y como pude aprender bien lo que era UNIDAD y CANTIDAD y saberme, ¡ah! de memoria, toda la aritmética, repitiendo las definiciones en la madrugada: Aritmética, la ciencia de los números.

—Número...

—Unidad...

—Cantidad...

—Número dígito...

—Número compuesto...

Pocos días después don Isauro cambiaba de opinión respecto de mí... En plena clase se cercioró de que yo no confundía ya la CANTIDAD con la UNIDAD y que mis adelantos habían sido tales que extraía la *raíz cuadrada* o la *raíz cúbica* de cualquier número y podía resolver la *regla de tres* o la *conjunta*, mejor que cualquiera otro de la clase:

«¡Ay! SANTA LIBRADA DE MI ALMA!

CON EL
POPULAR
SAN ANTONIO...



LA popularidad es algo que no se compra. Ella nace del corazón de los pueblos y alcanza solo a aquellos que, sin buscarla, han sabido hacerse dignos de esa manifestación espontánea de la muchedumbre. Algunos, no pocos de nuestros hombres, los que no la han alcanzado porque no la merecen, hacen gala de no ser amigos de la popularidad. No hay tal. La popularidad no tiene amigos ni enemigos. Es algo muy del espíritu, es como una inmensa ola que se levanta y luego va a besar la playa que parece esperarla con los brazos abiertos. Otros, no dicen ser enemigos de ella. Por el contrario. La cortejan, van en su busca, pero tampoco la consiguen. La popularidad es invisible. No todo el mundo tiene el don de mirarla de cerca. Pero eso sí, cuando llegamos a hacernos merecedores de ella, cuando penetramos hasta el propio corazón de esa que bien podemos llamar Deidad esquiva, no nos abandona jamás. Nos es fiel hasta la muerte, y hasta en la misma tumba, cuando ya nada somos, va a hacernos eterna compañía.

Yo estoy orgulloso de ella, la he mirado frente a frente. He sentido sus arrullos muy de cerca y tal como la ola que va a besar la playa, ha tocado las fibras de mi corazón que ha

sabido comprenderla y admirarla. ¿Cómo fui hacia su encuentro? ¡No lo sé! Pero quizás haciendo el bien, derramando bondad y dulzura en todo, aquilatando mi conciencia, que nada me reprocha, amando la libertad y el derecho, y, por último, perdonando a los que han tratado por todos los medios, de arrancarme del corazón de mi pueblo.

En 1904, cuando esos enemigos, llenos de dolor y de envidia ante la inmensa ola popular que fue a mi encuentro, al retornar a la Patria, llamados por mis amigos, consiguieron despojarme de mi nacionalidad y me retiré, como ya he referido en alguno de estos trozos de vida, a Las Tablas, mi pueblo natal, la popularidad, a cuyo corazón había penetrado y me había hecho digno de ella, no me abandonó un solo instante.

De todas partes recibía manifestaciones de aprecio y de inquebrantable adhesión, que eran a la vez protestas de desagravio ante la infamia de que había sido víctima. Invitado por los amigos a que visitara algunos pueblos, lo hice, aprovechando la oportunidad para organizar el partido, entonces en completa anarquía, presto a desaparecer para siempre.

En unas de mis jiras llegué a Parita, pueblo culto y simpático, en donde fui objeto de múltiples manifestaciones de cariño. Estando en casa de unos excelentes amigos, donde me había hospedado, y que quedada situada en la plaza, en frente de la iglesia, me sorprendió oír pisadas de varios caballos y el relinchar de uno de estos animales que se acercaban a la mencionada casa. Era un grupo de amigos que venían en busca mía. Los invité a que desmontaran y con permiso de los dueños, les hice entrar. «Venimos, doctor,—dijeron—a invitarlo a un almuerzo en PORTOBELILLO, debajo de los mangos... Aquí está su caballo, que hemos traído de cabestro.» Yo acepté complacido aquella invitación y nos preparamos para seguir al lugar indicado. El caballo que me habían traído, el mismo que yo había oído relinchar, era un hermosísimo animal. Según me dijeron, estaba en cuido hacía ya varios meses, de bríos y de pasos cómodos, y magníficos. Listos ya todos, monté, y el animal salió a todo andar, en paso picado hacia el camino de PORTOBELILLO, a donde íbamos a almorzar bajo los mangos. Materialmente me era imposible detenerlo. El animal quería llegar cuanto antes. Uno de los amigos que me acompañaban,

en vista de que yo no podía detener el caballo, corrió, a todo galope, detrás de mí, temeroso de que pudiera pasarme algo. Por fin, llegamos frente a una casa, ya muy cerca de Portobelillo, y haciendo un supremo esfuerzo, con ayuda del amigo que venía a mi lado detuve el animal. Creo que debemos esperar aquí a los demás amigos, dije a mi compañero, pues me da pena llegar solo al lugar donde he sido invitado. En esos momentos, la dueña de la casa salía frente de ella con una batea de ropa lavada con el objeto de tenderla en unos bejucos que había tendido expresamente para tal fin. La acompañaba una chica, que después supe era hija de ella.

—Señora,—le dije,—le ruego nos dé hospedaje por breves momentos, hasta tanto lleguen unos amigos a quienes nos hemos adelantado. Puso la batea en el suelo y se acercó a mí, pero sin mirarme. Con mucho gusto, señor, me contestó. Pueden ustedes entrar; va a dispensarme que no le brinde buenas sillas, pero aquí tiene estas tiras de hamaca, agregé, abriéndola y dejándome ver los huecos que tenía en el tejido, y ojalá pueda acomodarse en ellas... Le dí las gracias y como pude me senté en aquellas TIRAS, como ella decía, pues el rápido andar del brioso animal, me había estropeado bastante. Mi compañero se había quedado afuera, cuidando los caballos.

Ya solo en lo que hacía de sala, sentado en la hamaca miré, naturalmente en frente de mí, y cuál no sería mi sorpresa al ver sobre una especie de altar,—consistente en una tablilla, clavada a la pared,—dos cuadros iluminados ambos con velas y rodeados de flores. Uno era San Antonio y el otro, el de la izquierda, BELISARIO PORRAS... La impresión que me causó aquello fue inmensa. Yo, Belisario Porras, al lado del popular y milagroso San Antonio. Reflexionaba sobre todas estas cosas, cuando entró de nuevo la chiquita. Le hice muchas preguntas y supe por ella que aquella señora era su madre y que su padre y otro hermanito estaban trabajando en el monte. ¿Por qué me tenían allí, rodeado de flores y alumbrado con velas, como en espera de un milagro? No traté de averiguarlo. Quise respetar aquella muestra sincera y única de afecto, y pensé, sin quererlo, en la popularidad que es como una inmensa ola que va a besar la playa... El galopar de los caballos y los gritos de los que habían quedado atrás que llegaban, me sacaron de mis hondas meditaciones.

Aquí está, aquí está el Dr. Porras, decían todos. Entonces la mujer, que todavía estaba en el frente de la casa tendiendo su ropa, dejó su trabajo y corriendo hacia mí, toda tímida: «Perdone Dotol,—me dijo,—yo no lo había mirao y por eso no lo había reconocío», y se extendió en cariños que me llegaron a lo más profundo de mi corazón.

Me despedí de ella y seguimos a PORTOBELILLO, lugar hermoso, adornado de una larga alameda de árboles de mango, todos llenos del delicado fruto, que se alcanzaban con la mano... Y fue allí, bajo la sombra de los mangos, donde almorcé en compañía de aquella buena gente cuyo recuerdo no se ha podido borrar jamás de mi memoria. Hoy, después de tantos años, pienso en San Antonio y me veo allí, a su lado, procurando hacer el bien por el bien mismo.

BORRACHITO...
BORRACHITO...



DURANTE la campaña política de 1912 que culminó con el triunfo de mi candidatura para Presidente de la República, los enemigos políticos esgrimieron en mi contra todas las armas, aun aquellas prohibidas por la caballeridad, que hieren más a quien las usa que a aquel contra quien van dirigidas.

La calumnia, monstruo de siete cabezas y fauces devoradoras, la lanzaban diariamente en un afán de verme sucumbir bajo sus garras. Nada ni nadie contenía las lenguas envenenadas de aquellos para quienes la reputación de un hombre es el más insignificante de los juguetes. Sin embargo, salí incólume de las furiosas arremetidas de los insultadores de oficio, ya que ante mi coraza invulnerable se rompieron las armas de los que trataron de herirme...

Hoy, después de tantos años, durante los cuales el caso se ha repetido más de una vez, y por más que hemos luchado por depurar el ambiente, nada o casi nada se ha conseguido y en lugar de marchar con el siglo vamos retrocediendo ensimismados en las viejas prácticas de antaño, quiero relatar el siguiente caso como una muestra gráfica del mal apuntado y de cómo la calumnia alcanza hasta lo increíble.

Vivía yo en un departamento de la casa de doña Sara de Correoso, dignísima matrona de relevantes virtudes que bien pueden servir de eficiente ejemplo a esta generación despreocupada de todo, y que fue la compañera de aquel hombre todo corazón que se llamó Buenaventura Correoso, con quien supo compartir los triunfos y las derrotas y para quien yo tengo en lo más íntimo de mi alma un preferente lugar. Celebraba allí un día interesante conferencia política, con numerosos amigos entre los cuales se encontraban presentes los Doctores Carlos A. Mendoza, Eusebio A. Morales, Francisco Filós, Inocencio Galindo, Francisco A. Mata y muchísimos más. Se trataba de algo muy importante cuando llegó y solicitó por verme el amigo Aníbal Vernaza, quien venía del interior. Se le hizo entrar y tomar asiento, en tanto que nosotros terminábamos la discusión del asunto que teníamos entre manos. Pues bien, durante la conversación noté, no sin extrañeza, que Vernaza observaba mis movimientos muy atentamente, cuando yo tomaba la palabra, tratando como de escudriñar con sus miradas en lo más profundo de mi sér. Sus labios se movían con insistencia, tal como si hablase consigo mismo. Al fin, dejó escapar estas palabras que yo, que también lo observaba, pude oír: «Es verdá, si, es verdá» y siguió sus observaciones con más insistencia.

Solucionados los puntos, objetos de la reunión, los amigos se retiraron y Vernaza y yo quedamos solos.

—Cuéntame, le dije, como están las cosas por el interior; lo que se dice sobre la actual situación, cómo los trata el enemigo, etc.

—Pues, Doctor, me dijo. Por allá marchamos bien, apesar de que los enemigos atropellan, inventan mentiras y calumnian a todo el mundo. Imagínese usted, Doctor, que hace pocos días llegó a Santa Fe el Sr. Tomás Palma. Regresaba de esta capital a donde había venido por la primera vez. Ya de nuevo en San Francisco, de donde es, tuvo que hacer en Santa Fe y llegó a esa población. Como de costumbre muchos de sus habitantes se reúnen en la esquina de la Plaza los domingos y fue motivo para hacerlo de nuevo, la llegada de Tomás Palma.

—¿Qué hay? ¿Qué nuevas corren? ¿Qué se dice? ¿Qué ocurre? Y rodearon al recién llegado. Todos querían saber sus impresiones de la Capital. Yo, atraído por el grupo, me acerqué también. «Aquello es muy bonito—decía nuestro hombre.—Se

goza mucho. Por todas partes se encuentra donde poder entretenerse. Hay un edificio que le dicen EL PLATEADO, no, digo mal, EL DORADO. Pues bien, allí entra uno, paga quince centavos por ver en un lienzo grande a unos hombres y mujeres bailando y haciendo muecas que es un contento. También hay unos carros que llaman TRANVÍAS. Estos animales caminan por todas las calles y con cinco centésimos pasea uno de lo más sabroso. Pero lo que más me gustó fueron las capitalinas. ¡Qué mujeres tan bien vestidas y tan bonitas!

—¿Y qué hay de política? ¿Qué se dice del Doctor Porras? ¿Llegaste a verlo?

—Sí, contestó. Pero yo no quiero decirles nada. Me da mucha lástima. Un hombre tan inteligente como dicen que es ese señor, y que en un discurso que pronunció en la Plaza de Santa Ana, cuando le quitaron la nacionalidad, hizo llorar a todos y luego, según me dijeron, lo sacaron en hombros... Pobrecito!

—Pero ¿qué pasa? ¡Cuenta! ¡Cuenta!, gritaron en coro los presentes.

—Pues, bien. Yo no quería decir porque me da mucha lástima, como les he dicho, pero si ustedes se empeñan, no me queda otro camino que echar para afuera.

Imagínense ustedes. Lo encontré en la calle esa que le dicen Avenida Central, en un estado lastimoso. Andaba dando traspies y hablaba y accionaba solo, tal como si discutiera con otro. Luego rodó en una acera. Los amigos que estaban por allí cerca, corrieron a levantarlo, pues creían que le había dado un ataque... Pero, ¿qué creen ustedes? Pues, nada. El doctor lo que estaba era BORRACHITO, BORRACHITO... »

—Eso no puede ser, le repliqué, eso es falso; el doctor Porras no ha bebido nunca. Ni en los campamentos cuando la revolución.

—Pues hombre,—repitió Tomás,—ya bebe. Dicen que aprendió a beber Whisky en Nueva York.

Vernaza, todavía dudoso, me dijo al terminar: «Por eso he venido, doctor. Los amigos de usted, que son casi todos los del interior, me comisionaron para que viniera a esta capital a enterarme de si todo eso era cierto. Por eso me habrá visto usted cómo lo observaba hace un rato cuando discutía, y luego al verlo accionar, me dije a mi mismo: «Es verdá, parece que es verdá...»

Yo no pude más que sonreír y entristecido de lo que es el corazón humano, dije a aquel amigo:

CON QUE BORRACHITO, HOMBRE, BORRACHITO...

Y me acordé de TATA NACHO y de la canción BORRACHITA, que tanto furor hizo en México y fuera de él.

YA ÉL NO MIRA
PARA ABAJO,
SÓLO MIRA
PARA ARRIBA.



DURANTE los días que precedieron a las elecciones para Presidente de la República, para el período de 1912 a 1916, en las cuales el triunfo de mi candidatura fue arrollador, cultivé amistad con muchas familias de esta capital (Panamá), en su mayoría gente pobre y humilde. De esas amistades conservo todavía algunas. Otras se han extinguido, se han ido para siempre dejándonos ese vacío de las cosas que no se pueden recordar sin un tinte de hondísima tristeza...

Una de ellas, la que más frecuenté en aquellos días de intensa lucha, de vacilaciones y esperanzas, y de constantes agitaciones populares,—días, plenos unos de un vivo pesimismo y otros, por el contrario, optimistas y sonrientes,—fue la familia Mojica, de los que todavía viven algunos de sus miembros y para quienes guardo intenso cariño. Vivían en la planta baja de la casa del Sr. don Antonio de Alba, o cerca de ella, en la Avenida Central. Pobres y humildes, dedicaban sus actividades a las labores manuales. En aquella época tenían una colchonería y de allí derivaban el sustento diario. La fama de los colchones confeccionados por ellos traspasó los lindes de la ciudad y llegó a muchas partes de la República. Y allí eran mis visitas. Allí sen-

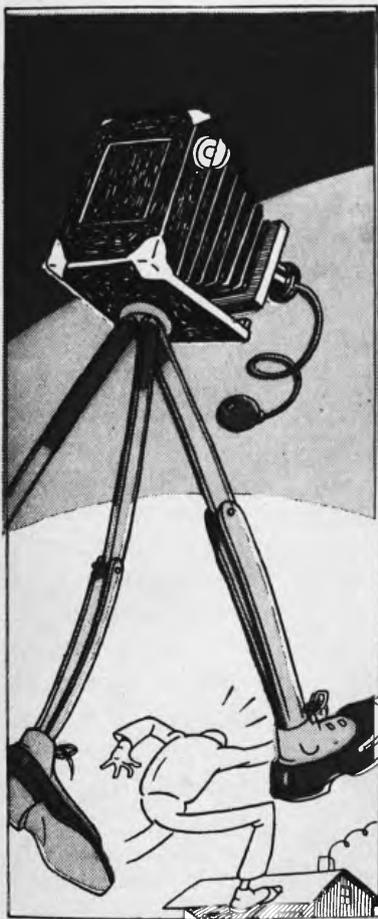
tado muchas veces sobre los blandos colchones que sabían del esfuerzo de las manos que se dedicaban al trabajo, pasaba muchas horas en animada charla con todos ellos, escuchando los cuentos de doña Nemecia, jefe de la familia, quien me animaba en la lucha emprendida por salvar al país de la desolación y de la ruina. Y allí iban los vecinos a saludarme y darme noticias acerca de los rumores que circulaban por la ciudad con motivo de la situación política. Y pasaron los días, el triunfo de mi candidatura fue ruidoso. La justicia se hizo y triunfaron la legalidad y el derecho. Subí las gradas del Palacio Presidencial en hombros de numerosos conciudadanos que se disputaban el honor de llevarme, en la misma forma como cuatro años más tarde bajaba de ese mismo Palacio, pero con algo más todavía: con la satisfacción de quien ha cumplido su deber y con el amor y la gratitud de un pueblo que no me ha abandonado jamás.

Al llegar en 1912 a la Presidencia me fue imposible salir por espacio de dos meses, ya que tuve que dedicarme por completo a la reorganización de los servicios de la República, pues todo estaba por hacer. Como no encontrara carruaje oficial ninguno al encargarme del Poder, conseguí traer de los Estados Unidos un lujoso LANDÓ y dos hermosos caballos ingleses de pura sangre.

Mi primera salida la hice en el carruaje mencionado y por el ruido que hacían los caballos con su andar, fue causa de la natural sorpresa en los sitios de la ciudad por donde pasaba. Salían a los balcones las familias; muchas de ellas, amigas mías, me saludaban arrojándome una verdadera lluvia de flores. Yo iba también impresionado y miraba para todas partes, sobre todo, para arriba, a los balcones, ya que de ellos salían mayores voces que me decían ¡Adiós! ¡Adiós!... Al cruzar la Avenida Central y pasar por frente a la casa de la familia Mojica, a quien no pude saludar en aquellos momentos, oí las voces de una vecina que gritaba: «¡Nemecia! ¡Nemecia! ¿Quieres Porras?... ¡Coje Porras!... Ya ves, el hombre no las quiere... » A lo que contestó doña Nemecia: «Verdad, hija, YA ÉL NO MIRA PARA ABAJO, SÓLO MIRA PARA ARRIBA.»

Aquello me impresionó hondamente y al regresar en el mismo LANDÓ me bajé frente a la colchonería y abrazando a Nemecia le dije: «Aquí está el hombre. Es el mismo...» Y como en otros tiempos, me senté sobre los mismos colchones que hacían los Mojicas, y me puse a charlar alegremente con ellos, pobres, pequeños y tristes Mojicas.

ERNESTO!
ERNESTO!
VEN Y PONLE
LA MÁQUINA
AL HOMBRE!



CORRÍA el año de gracia de 1912. Mi pueblo, convencido del gran amor que siempre me ha inspirado y de mis grandes sacrificios por encarrillarlos hacia el bien, había lanzado mi candidatura para Presidente de la República, (1912 a 1916), mediante una Convención del Partido que se reunió en Aguadulce, población de la Provincia de Coclé.

El Gobierno de aquel entonces presidido por un VIEJO LIBERAL y con motivos de VIEJAS RIVALIDADES, se había declarado abiertamente en contra de mi candidatura. Y fue así, bajo ese ambiente de hostilidad reconocida, ya que se habían dado las órdenes del caso para cometer toda clase de atropellos con todos los hijos del pueblo que simpatizaran con mi causa, como resolvimos llevar a cabo una jira por algunos pueblos del interior de la República, con el fin de pulsar personalmente la situación política, como también para estudiar las necesidades de esos mismos pueblos y por consiguiente remediarlas en cuanto nos fuera posible. De Panamá salí acompañado por un grupo numeroso de amigos. Todos contentos, todos llenos de grandes esperanzas, ya que la batalla que íbamos a librar era de vida o muerte para la República, próxima a agonizar bajo el ne-

potismo jamás visto entre nosotros. Nuestra jira se efectuó bajo una lluvia de flores, de sonrisas de mujeres hermosas, de pañuelos que nos decían adiós y de miradas llenas de ese mágico optimismo que los pueblos saben infundir en el corazón de los llamados a salvarlos. Como nunca, en aquellos supremos momentos, me sentí obligado a llevar a cabo la conquista de los más sanos ideales, e interiormente me hice la solemne promesa de vencer o morir en la contienda.

Recorrimos varios pueblos del interior y en todos ellos la ola de simpatía que despertaba nuestra presencia era incontenible. De allí que las autoridades, cumpliendo la consigna, se aprestasen a cometer abusos y desmanes de toda clase. Apesar de todo, nuestras huestes eran dominadoras y marchábamos precedidos por el Dios de la Victoria.

Al llegar a Río de Jesús, pueblo de la Provincia de Veraguas, el Alcalde, un Sr. Doblas, se encontraba hecho un demonio en nuestra contra. Nos acompañaba como fotógrafo el Sr. Ernesto Hernández, joven liberal, de grandes merecimientos y a quien en estos momentos recuerdo con gran cariño. Cuando hacíamos nuestra entrada triunfal al simpático pueblo ya mencionado, Doblas había reunido su escasa gente con el fin de contrarrestarnos en todo. Y así, cuando un Joe Lefevre gritaba con ímpetu: ¡VIVA EL CAUDILLO POPULAR!, respondía Doblas y los suyos: ¡ABAJO EL PRÍNCIPE DE CHARCO AZUL! —Joe replicaba y los amigos contestaban: ¡VIVA EL HIJO PREDILECTO DE LA REPÚBLICA! ¡VIVA EL CAUDILLO LIBERAL!... Doblas, energúmeno, trataba por todos los medios de obstaculizarnos, y ya corrido ante la arrogancia de los nuestros, quiso lucirse, quitándonos las TAJONAS, única arma que teníamos y las cuales, según él, eran CONTUNDENTES, así como las ESPUELAS que eran PUNZANTES. Entonces yo, en vista de la humillación que nos quería infligir, grité: ¡ERNESTO! ¡ERNESTO! VEN Y PONLE LA MÁQUINA AL HOMBRE, para exhibirlo en Panamá, en Londres, en Copenague y en Berlin! Se alistó el fotógrafo, colocó el trípode y sobre éste la máquina fotográfica, y al asomarse por ella, como quien *apunta*, Doblas salió en precipitada fuga. Había tomado esos aparatos por una ametralladora.

LA DIVINA PROVIDENCIA



APESAR de que nuestro pueblo ha sido siempre creyente y ha bebido en las fuentes claras del más puro cristianismo, en los últimos tiempos, en estos de la civilización y del progreso, de los deportes y de los cabarets, hablar de la DIVINA PROVIDENCIA, es algo que pone en los labios de nuestra juventud una sonrisa de escepticismo, ya que todo eso pasó de moda (dicen ellos) y no es posible esperar nada que tenga rasgos de divinidad.

Cuando escribí mi discurso de posesión de la Presidencia de la República en mi carácter de Primer Designado, en el año de 1918, lo comencé así:

«Nunca tendremos que reconocer tanto como ahora cuán inescrutables son los decretos de la DIVINA PROVIDENCIA». El día anterior a la ceremonia fueron a visitarme el Dr. Federico Calvo y don Guillermo Andreve, ambos amigos míos en aquel entonces, y no tuve inconveniente en leerles el discurso, suplicándoles me dijeran con toda franqueza que tal les parecía. «El discurso es bellissimo—me dijo el primero—pero tiene un defecto, el cual yo le quitaría y es eso de la DIVINA PROVIDENCIA». Andreve no estuvo de acuerdo con Calvo. «No le quite nada—replicó—déjelo tal como está. Eso que usted dice es muy cierto».

Lo pronuncié tal como lo había escrito y todos saben, los de aquella época, el efecto que tuvieron mis palabras.

Pero no paró todo allí. Algunos de mis amigos, entre ellos Ricardito Morales tenían por costumbre aprenderse mis discursos de memoria y recitármelos cuando iban a visitarme. Pasó mucho tiempo, yo había pronunciado varios discursos y Morales me seguía visitando, pero sin recitarme ninguno de ellos. Yo noté esto y un día le pregunté: «Hombre, ¿qué te pasa, perdiste la memoria que ya no te aprendes mis discursos?»

Vea, Doctor, yo quiero serle franco—me contestó—a mí me gustan muchísimo sus discursos y por eso me los aprendía de memoria, pero no me gustó aquello de la DIVINA PROVIDENCIA y desde entonces resolví no aprenderme uno más».

Y fué así, como desde que comenzaron mis amigos a encontrar en mis discursos las palabras, JESUCRISTO, DULCE JESÚS, DIVINA PROVIDENCIA ¡y otras por el estilo, dejaron de aprenderse los de memoria, ya que eso no estaba bien en este hermoso siglo de los deportes, cabarets, muy lejano de todo aquello de las cosas DIVINAS.

EL ORIGEN DE NUESTRO TELÉGRAFO Y TELÉFONO



CUANDO en 1912 llegué por primera vez al Poder, la mayor parte de los servicios públicos dejaban mucho que desear. En nueve años de ser Nación libre y vanagloriándonos de ser el puente del Universo, nada, absolutamente nada se había hecho en el sentido de presentarnos ante las miradas de los extraños con mejor ropaje del que usáramos durante todo el tiempo que vivimos aliados a Colombia. Los que existían desde los tiempos coloniales, queremos creerlo así, eran deficientes y no respondían a nuestras necesidades, ni estaban acordes con los progresos alcanzados en el mundo civilizado. Sin embargo, habíamos progresado notablemente en el arte de la política. Nadie podía darnos lecciones en asuntos electorales. EN ESO SÍ QUE HABÍAMOS ALCANZADO EL GRADO SUMO DE LA PERFECCIÓN!

Como todos saben, el Telégrafo nuestro era de alambre de hierro y de postes, en su mayoría, de jobo y de ciruelo, cuando no era que estaba el aislador clavado en la débil rama de un árbol del camino. Aquellos postes tenían el inconveniente de que se pudrían, si no renacían muy pronto y se venían abajo, y si por el contrario, el árbol comenzaba de nuevo a reverdecir, las ramas, que iban cre-

ciendo se ponían en contacto con el alambre, interrumpiéndose como era natural, la comunicación. Además, el alambre de hierro tenía, así mismo, el inconveniente de que, tendido por las vertientes del Pacífico, los aires salinos, lo oxidaban rápidamente. Las comunicaciones nominalmente se extendían hasta David, por una parte y hasta Las Tablas, por otra; pero eran muy pocas las líneas colaterales. Todas estas cosas las sabía yo muy bien por experiencia propia, y aunque, al llegar al Poder, pensé en todo esto, la idea no vine a madurarla sino después del siguiente hecho que paso a referir.

Yo tenía una familia, aparte de otras, especialmente amiga y muy adicta en Monagrillo, Provincia de Herrera. Sobresalían en ella por su afecto para mí Miguel Rodríguez y otro a quien llamaban Zungue, quien pocos días después de haber ascendido yo a la Presidencia de la República, se vino de Chitré a verme. Lo recibí con la mayor cordialidad, y después del saludo, él, que era muy chancero, presentándome un regular paquete de forma larga que mantenía en su mano izquierda, me dijo:

—Aquí le traigo, Doctor, nuestro telégrafo para que lo vea usted,— y, diciendo y haciendo, me entregó el paquete.

—No te entiendo, Zungue, le repuse. ¿Cómo dices? ¿Nuestro telégrafo?

—Abralo—me dijo—y lo verá...

Me acerqué a una mesa cuadrada que había en el salón de recibo, solté las hilos que amarraban el paquete y lo desenvolví, y cuál no sería mi sorpresa al ver unos seis pedazos de alambre de hierro del Telégrafo, oxidados en sus extremidades hasta su completa ruptura.

Yo iba—me dijo Zungue—de Monagrillo para Chitré el día antes de embarcarme para Panamá, porque quería verlo *sentado en la silla*, y andaba en mi bayo a paso de trote, cuando vi que del camino se alzaba volando un *guaraguau* (gavilán) que se paró en el alambre del telégrafo, en donde estaría a lo sumo unos tres segundos. Como esto sucedía más adelante de mí, pude verlo bien, así como cuando el alambre se rompió en seis pedazos los recogí y envolviéndolos en un papel formé el paquete que le acabo de entregar.

—Bueno Zungue, y ahora ¿qué quieres?

—Yo no, todos queremos que usted haga un Telégrafo que sirva, no en postes de ciruelo, ni de jobo que tumban hasta

los guaraguaus, sino de *guayacán* y que le unten a los alambres algo que no los deje podrir...

El nuevo telégrafo nació así, y lo mismo el teléfono a larga distancia, con alambre de cobre y postes de hierro, sobre bases de concreto. Si mal no recuerdo, las numerosas líneas que comunican casi todos los Distritos de la República, le costaron al país medio millón de dólares.

PARA
"VERLO
SENTAO"
EN LA SILLA



TENGO en Las Tablas se-
tecientos cincuenta y
siete compadres casi to-
dos de los campos, y
otras tantas comadres, y, natu-
ralmente, otros tantos ahijados.
Todos me aman vivamente. To-
dos me regalan de sus pequeñas
cosas cuando voy a Las Tablas:
leche agria, quesos, raspaduras,
chicheme, bienmesabe, ciruelas,
guayabas, aguacates, gallinas,
huevos, una tajona labrada, una
tula, una cincha de crines y me
dan otras muestras de cariño.
Ya no tengo trabajos en mi finca
EL PAUSILIPO; pero cuando los
tenía iban, hasta sin invitación,
a hacerme los trabajos en ella.
Cuando pasaba temporadas en
esa finca iban en las noches
secas, estrelladas y de luna, a
verme, a conversar conmigo y a
obtener mis consejos o a echar-
me sus cuentos campestres, los
del MICO COLORADO y de las CHU-
RUCAS, de BRUJAS y de APARECIDOS,
de GIGANTES y MOLINOS. Cuando
se les oyen sus relatos se con-
vence uno de que son de la
raza o de la familia del gran
Cervantes.

Los recuerdo a todos con
afecto y reconocimiento, pero
cuando pienso en ellos me asalta
el recuerdo, el primero, de mi
compadre GERARDO DOMÍNGUEZ, tan
noble, tan abnegado y generoso.
Vivía con su dulce compañera
y sus hijos, en una loma que

dormía en la cubierta y quedó deslumbrado con las luminarias de la ciudad por toda la bahía, como si lo rodearan a él.

Sacando de la tula que le servía de baúl, su ropa, comenzó a vestirse de limpio, con camisa de listado colorado. Uno de los compadres le gritó: «Compa Gerardo, cámbiese también el CALZÓN CHINGO por uno largo. Si va con CHINGO no lo dejan entrar en la Presidencia. El se cambió los CHINGOS por largos, un pantalón de dril ordinario, gris, y, todavía oscurito, pidió que lo echaran a tierra, que él quería ver a su COMPADRE «SENTAO EN LA SILLA». El capitán del buque le dijo: No se imagine eso, su compadre estará todavía en su cama dormido, o por lo menos, levantado, bañándose. Aguarde un poco más.

Aclaró del todo y comenzó a salir el sol. Ya se veían claramente las casas del Taller y el Palacio Presidencial que está allí muy cerca. El COMPADRE GERARDO no quitaba la vista de este Palacio, y cuando vió que un criado abrió las puertas del frente y comenzó a asear el balcón, pidió de nuevo que lo echaran a tierra... Al fin, a las ocho consiguió que lo hicieran, y al llegar al Taller se le vió subir por los escalones de éste con la mayor agilidad. Llevaba una TAJONA DE HUESITO en la mano. Llegó a la puerta del Palacio y el centinela no lo dejó entrar, lo echó a la espalda. El compadre le dijo:

—¡HOMBRE, NO SEA MALCRIAO! YO VENGO A VER A MI COMPADRE BELISARIO SENTAO EN LA SILLA.

—A la espalda, le he dicho,—replicó el centinela y con el fusil de lado, en amenaza de darle un culatazo, le repitió:

—¡A la ESPALDA!

—Así es,—dijo el COMPADRE GERARDO,— así es como el compadre Belisario recibe cuando *está arriba*, «sentao en la silla?...»

El centinela no le hizo más caso y comprendiendo que el compadre era un campesino que no entendía de formalidades, se contentó con empujarlo a la calle a donde fué a dar, trastavillando y a punto de caer.

En ese momento iba por la acera el Dr. Joaquín Pablo Franco quien había vivido en Guararé, y conocía al compadre Gerardo, así como el amor que me tenía y se interpuso entre él y el centinela.

—¡Perdónelo!,—le dijo a éste, y déjelo entrar conmigo. El es amigo muy querido del señor Presidente y lo recibirá con piacer.

El centinela les dió paso. Entraron al patio y subieron la escalera y atravesaron el corredor hasta la Secretaria donde trabajaba yo, solito, hacía un par de horas. Detrás entraron el Secretario General y el Privado, las archiveras y algún otro empleado más. Todos ellos presenciaron el diálogo que inició el COMPADRE GERARDO.

—¡Compadre! me vine a verlo «SENTAO EN LA SILLA». Me imaginé que usted no había cambiao, de cuando vivía en EL PAUSILIPO y me recibiría de día y de noche, a toda hora, y sería afable conmigo y me sentaría a la mesa, a su lado, y conversaría conmigo, y de noche, yo le echaría el cuento del MICO COLORAO y el de las CHURUCAS, como en EL PAUSILIPO y me vine feliz a verlo, y me encuentro con que ya usted de Presidente no es el mesmo de antes y me manda a la ESPALDA y me hace amenazar por sus centinelas. ¡Ah, compadre! Me vuelvo, ya lo vi SENTAO EN LA SILLA; ya sé lo que es un Presidente! En el campo, bueno, compañero, afable... En la ciudad, en la Presidencia, no conoce a sus pobres compadres... Allá yo entraba a su casa sin permiso, a toda hora; aquí, ¡A LA ESPALDA!... ¡Adiós, compadre!...

DOCTOR,
GUÍÑEME
UN OJO,
Y SI QUIERE,
GUÍÑEME
LOS DOS.



AL ocupar en 1912 por primera vez la Presidencia de la República, animado como estaba de servir en todo a mi país, abriendo nuevas fuentes de progreso y dejando por doquiera obras imperecederas para orgullo de todos, como, en efecto, lo son las que he dejado a mi paso en mis distintas administraciones y a despecho de los eternos émulo de toda idea que no sea concebida por ellos, dediqué todos mis pensamientos, todas mis energías y mi experiencia al desarrollo del inmenso plan de progreso que llevaba en mentes, sin detenerme ante las primeras acometidas de mis enemigos que no cesaban un instante de derramar sobre mí toda clase de insultos y en criticar todo paso que diera en el camino que me había trazado.

Los sitios donde hoy se encuentra nuestro hermoso barrio de la Exposición, cuarenta y cinco hectáreas poco más o menos, eran entonces lugares pantanosos; bosques vírgenes podemos llamarlos, que la planta del hombre rara vez transitaba y en donde los pocos que vivían a sus alrededores llevaban una existencia alejada de toda regla de higiene, expuestos al mosquito y a las enfermedades consiguientes. Pues bien, mi idea de hacer de esos terrenos lo que hoy son, fue motivo para que

por la mañana, al medio día y por la tarde, mis enemigos, desde las columnas de periódicos fundados para tal fin, me insultaran de la manera más despiadada. Yo, que tal cosa había concebido, era para ellos un loco, un despilfarrador de los dineros del estado, un nuevo Quijote que no sabía qué hacer para llegar a merecer la gratitud de mis conciudadanos... Oh, cuántas cosas me dijeron, y como yo, sin detenerme un momento *llegué, ví y vencí*, y aquí tenemos hoy a muchos de esos que tanto gritaron, viviendo en el hermoso barrio, donde han levantado ricos palacios y en donde gozan de la vida de manera tranquila y espléndida.

Pues bien, para aquella época yo tenía un amigo, un viejo compañero de armas, valiente y abnegado, que había hecho a mi lado la campaña en la revolución pasada y que tenía por mí un entrañable cariño. Teodoro Sáenz, así se llamaba este amigo, se había ido a residir a Chepo, en donde se dedicaba a la agricultura. Era un hombre íntegro, un valiente, como ya dejo dicho. Al llegar yo a la Presidencia, nada me pidió, a pesar de que había sido uno de los que más habían luchado por el triunfo de mi candidatura. «No deseo nada, me dijo una vez, sólo quiero trabajar mi monte, listo para defender a usted, Doctor, cuando lo crea conveniente». Ya de Presidente, pasé mucho tiempo sin verle. Un día me anunciaron que estaba en el corredor y quería verme. Lo hice entrar inmediatamente. ¿Qué deseas? le pregunté. Dímelo para complacerte. «No deseo nada, Doctor, me contestó. Sólo vengo a decirle que ya se hace imposible que usted soporte tantos insultos. Yo leo diariamente esos papeles, llenos de calumnias y de infamias y no he podido aguantar más. Los amigos todos me han pedido que venga a verlo, pues ellos, como yo, creen que ya esto traspasa los límites de la paciencia y del sufrimiento. Sólo he venido, pues, a decirle: Doctor, ya no más: GUÍÑEME UN OJO, Y SI QUIERE, DOCTOR, GUÍÑEME LOS DOS y ya verá cómo todo esto se acaba...»

LA FISCALIZACION MUNICIPAL



DESDE la primera vez que ocupé la Presidencia de la República, concebí la idea de establecer la FISCALIZACIÓN MUNICIPAL en las rentas, no sólo en lo tocante a su inversión sino también a su recaudación, ya que desde niño estoy convencido de que la una y la otra marchan malísimamente en nuestro país. Mejor dicho, esa idea la concebí desde que pude raciocinar, pues a diario oía a uno de mis tíos, en Las Tablas, decir: «YA SE ROBARON LA CONTRIBUCIÓN DE POSTE Y CORRAL! ¡ESTO ES VERDADERAMENTE INSOPORTABLE!»

Aquellas palabras de mi tío se fueron grabando en mi memoria, a pesar de que mi mente no podía abarcar la íntegra significación de ellas. Pasaron los años y aún repercutían en mis oídos aquellas palabras: YA SE ROBARON LA CONTRIBUCIÓN DE POSTE Y CORRAL!... Siendo Presidente de la República, tuve ocasión de convencerme más de las grandes irregularidades que se cometían en la administración de las rentas municipales. Aquello era verdaderamente desastroso. Municipios había que jamás rindieron cuentas. Los Tesoreros se sucedían unos a otros pero las rentas no aparecían por ninguna parte. ¿Qué se hacían? Sólo Dios lo sabe. Daba lástima visitar nuestras poblacio-

nes del interior. En ninguna de ellas había siquiera una obra municipal que llamara nuestra atención. Y sin embargo, las cajas de las Tesorerías estaban escuetas. No se encontraba en ellas la huella de un solo centavo. Y era entonces cuando resonaba con más ímpetu el eco de las palabras de mi tío que escuché siendo yo niño: YA SE ROBARON LA CONTRIBUCIÓN DE POSTE Y CORRAL!...

¡Nada! Ante aquel eco que me perseguía constantemente, no pude sino buscar el remedio que cortara el mal de raíz, ya que de seguir así las cosas, marcharíamos directamente hacia el desastre, hacia el abismo. El mal era crónico. Había que luchar, no perder un minuto y si era necesario el bisturí, dispuesto estaba a hacer la incisión necesaria para salvar al enfermo. No faltaron voces de protesta. Ese es—decían esas voces,— dar muerte a la libertad de que gozan los municipios. Es violar la Constitución, decían otras, y algunas invocaron el dulce nombre del liberalismo, del cual se echa siempre manos en estos casos, para impedir la Fiscalización, como si el liberalismo significara libertinaje y abuso en todos los órdenes de la vida. No, liberalismo no es eso. Liberalismo es el acatamiento y respeto de los derechos y de las libertades de los demás, dentro de los límites precisos para que esos derechos y esas libertades no coarten las de los otros ciudadanos. La doctrina liberal es el respeto y la práctica de la libertad; es la tolerancia y la libre expansión. «Vivir y dejar vivir», tal podría ser su divisa con la condición de no adherir ninguna idea de escepticismo, ni de indiferencia, pues el liberalismo tiene una fe, la fe del progreso, la convicción de que la libertad es buena y tiende al bien, que la verdad se desprende de la discusión y que un perfeccionamiento indefinido es el movimiento natural de la humanidad.

No era que yo deseara—como creían algunos—concentrar poderes, sino que me interesaba para que los fondos municipales fueran bien recaudados e invertidos debidamente; mi anhelo era que mi país progresara siempre y que hasta los rincones más remotos llegaran los beneficios de las innovaciones administrativas que había implantado. Mi preocupación era por que los Municipios fueran lo que deben ser, que cuenten con rentas para atender al pago de sus empleados y para realizar obras públicas demostrativas de nuestro interés en favor

